SAN JUAN CRISOSTOMO

HOMILIAS SOBRE LA CARTA DE SAN PABLO A LOS ROMANOS

VOLUMEN II

Traducción, prólogo y notas empezada por el
Rvdo. P. Bartolomé M.ª Bejarano S. J.
y acabadas por el
Rvdo. P. Anselmo López S. J.

Serie
Los Santos Padres
N.º 22

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-538-1990
I.S.B.N.: 84-7770-168-7
I.S.B.N. de la obra completa: 84-7770-167-9
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN
Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Nave 7 y 9, 41007 Sevilla

PROLOGO

Entre las varias obras que dejó sin terminar el benemérito P. Bartolomé Bejarano, S. I., se encontraba la traducción de las Homilías de San Juan Crisóstomo sobre la "Carta de San Pablo a los romanos". Poco después de su santa muerte, ocurrida el 24 de enero de 1945, salió a luz el tomo primero, que abarca las siete primeras homilías.

Hoy sale a luz el tomo segundo, que dejó empezado y que nosotros hemos acabado. El P. Bejarano era un gran admirador de San Juan Crisóstomo, y por eso empezó con gran entusiasmo la traducción de sus obras.

Descanse en paz el operario infatigable, que estuvo con la máquina de escribir delante hasta ocho días antes de su edificante muerte, y desde el cielo, donde hoy goza de sus trabajos por Cristo, bendiga los nuestros en la tierra y a todos los lectores que busquen en estas páginas el pan de sus almas.

Esperamos que Dios nos ha de dar salud y tiempo para completar la obra magna que dejó empezada el P. Bejarano y podremos terminar la traducción de las treinta y dos homilías de San Juan Crisóstomo sobre la "Carta de San Pablo a los romanos", que publicaremos en tomos sucesivos.

Granada, 31 de julio de 1946.

ANSELMO LÓPEZ, S. J.

HOMILIA VIII (4, 1-22)

¿Qué ventaja tuvo, pues, Abraham, padre nuestro según la carne? Es una objeción que San Pablo pone en boca de los judíos, que se gloriaban de tener por padre a Abraham, que fue el primero que recibió el sello de la circuncisión; y en su respuesta hace ver que, aun el mismo Abraham, no alcanzó la justicia sino por la fe; porque si este Patriarca –dice– se hubiera justificado por sus obras, hubiera tenido de qué gloriarse, mas no delante de Dios. Hay dos motivos de qué gloriarse: uno, de las obras, y otro, de la fe. Los que se glorían de las obras, no pueden ostentar más que algunas acciones, de las cuales se glorían; los otros, encuentran en su fe un motivo mucho más grande y sublime.

La generalidad de los hombres puede abstenerse de matar y robar, mas no todos tienen el espíritu bastante elevado sobre los sentidos, para creer que Dios puede hacer cosas que a nosotros nos parecen enteramente imposibles. Por esto, si nosotros honramos a Dios haciendo lo que nos manda hacer, le honramos mucho más creyendo lo que nos manda creer. En lo primero, le obedecemos; en lo segundo, atestiguamos que tenemos un concepto elevadísimo de su grandeza. Mas esta fe que, según San Pablo, se nos computa por justicia, no es una fe lánguida, sino viva, es una firme persuasión de que Dios, con sólo echar sobre un pecador una misericordiosa mirada, puede, en un momento, no sólo librarlo de sus culpas y de las penas merecidas por ellas, sino también justificarlo y colmarlo de gracia y de gloria.

A continuación, prueba San Pablo que Abraham había recibido la justicia antes de ser circuncidado. Y como era obvio el objetarle: Pues entonces, ¿para qué le dio Dios la circuncisión?, responde que la circuncisión fue como el sello de la justicia recibida por la fe; y añade al punto que recibió el sello de la circuncisión para ser padre de todos los circuncisos, pero con circuncisión espiritual, la cual comprende lo mismo a los gentiles que a los judíos, todos los cuales vienen a ser herederos de las promesas hechas a Abraham para todos sus hijos; porque así como nosotros nos hacemos hijos de Dios, no por un parentesco carnal, sino por la fe, así también por la fe, y no por la carne, venimos a ser hijos de Abraham, como su fe y obediencia le hicieron a él padre de todos los creyentes.

San Juan Crisóstomo amplifica mucho lo que San Pablo dice de la grandeza de la fe de Abraham, y quiere que, tomándole nosotros por padre y dechado nuestro, nos esforcemos por dar a Dios, por nuestra viva y ardiente fe, la misma gloria que él le dio, atestiguándole nuestra fe por medio de obras.

Exhortación.

Quéjase de ciertas discordias que reinaban entre los cristianos, y para inducirlos a acabar con ellas, les dice: "Respetad, hermanos míos, esta santa mesa, de que todos participamos, y este Cordero sacrificado, cuya carne nos sirven en ella, después de haberla ofrecido en sacrificio."

Los mismos forajidos que comen juntos, cesan de serlo unos con otros desde el punto en que comienzan a participar de la misma mesa. Esta unión los cambia y transforma, de tal modo, que de crueles tigres que antes eran, los hace corderos entre sí; ¿y nosotros, que nos sentamos todos a una misma mesa y comemos un pan y una carne tan santa y venerada, no vamos a cesar nunca de armarnos unos contra otros, cuando deberíamos unirnos todos en apretado haz contra el enemigo común, contra el demonio? Eso es lo que cada día nos debilita y enflaquece más, y da al demonio tanta fuerza y osadía. Mas ¿cómo acabar de una y para siempre con esta fatal lucha fratricida? Recordando que cada vez que diriges a algún hermano una palabra molesta y ofensiva, desgarras tu propia carne y deshonras a un miembro de Cristo y a Jesucristo mismo; pues él nos dirá el día del juicio: "Lo que hicisteis o dejasteis de hacer a uno de estos pequeñuelos, hermanos míos, a mí me lo hicisteis o dejasteis de hacer."

Pero es que él me ha ofendido. –Gime por él. –El me ha injuriado. –Llora, no por la injuria que a ti te ha hecho, sino por el daño que a sí se ha causado. Jesucristo lloró a Judas, no porque le vendía, sino porque se perdía. ¿Te ha ultrajado tu hermano? –Ruega al punto al Señor que le perdone. Es uno de tus miembros, que ha nacido a la gracia, como tú, y en el seno de la misma madre, la Santa Iglesia Católica.

¿Qué ventaja diremos, pues, haber logrado Abraham, padre nuestro según la carne? Porque si Abraham consiguió la justificación por sus obras, tendrá motivos de gloriarse, mas no ante Dios (4, 1, 2).

1. Después de haber dicho que todos en el mundo son reos ante Dios, que nadie puede gloriarse, que todos han pecado y que la salvación no puede obtenerse sino por la fe, trata ahora de probar qué esa salvación no es causa de deshonra, sino de honra y mayor que la que se adquiere por las obras. Pues como el conseguir la salvación con alguna deshonra trae consigo tristeza, excluye al punto esa sospecha, aunque esto ya lo había indicado al llamarla no sólo salvación, sino justicia: *Porque en él* (en el Evangelio) *se manifiesta la justicia de Dios* (1, 17). Porque el que de este modo y con tal salvación se salva, rebosa de gozo y confianza. Y no dice sólo justicia, sino alarde y ostentación de Dios. Y ¿en dónde hace Dios alarde y ostentación de Sí, sino en las cosas magníficas, gloriosas, espléndidas y grandes?

Mas también prueba lo mismo que las palabras propuestas continuando su demostración a modo de pregunta, como suele hacerlo, ya para mayor claridad, ya ostentando, de este modo, gran confianza y seguridad en sus afirmaciones. Así lo hizo ya antes, diciendo: *¿Qué ventaja tiene el judío?* (3, 1); *¿en qué les aventajamos?* (3, 9); *¿dónde está pues la jactancia? Excluida queda* (3, 27). Así procede también aquí interrogando: *¿Qué diremos, pues, de nuestro padre Abraham?* Porque como los judíos encomiaban tanto a Abraham, trayéndole sin cesar en sus labios para todo, y ponderando que fue un gran patriarca, estimadísimo de Dios y el primero que recibió la justicia por la fe, lo cual era una derrota de los judíos en toda la línea y una exuberante victoria suya. Porque que un hombre cualquiera, sin obras ni mérito alguno, necesite de la fe para justificarse, no es cosa inverosímil; mas que un hombre eminente en méritos y buenas obras no alcance la justificación por medio de ellas, sino sólo por la fe, esto era maravi-

lloso en gran manera y tal, que prueba de un modo admirable la virtud y eficacia de la fe. Por lo cual, dando de mano a todo lo demás, se enfrenta desde luego con el patriarca, llamándole padre según la carne; con lo cual excluye a los judíos del parentesco trascendental y genuino, y abre camino a los gentiles por donde puedan llegar a ser hijos de Abraham.

Y luego añade: *Porque si Abraham se justificó por las obras, podrá gloriarse, mas no ante Dios.* Antes (3, 30) dijo que Dios justifica a los incircuncisos en virtud de la fe, y a los circuncisos por medio de la fe; y no obstante que lo primero lo dejaba ya suficientemente probado en lo que precede, a mayor abundamiento, lo demuestra aquí de nuevo más claramente por el mismo Abraham, dando más de lo que había prometido y propuesto. Establece una como lucha entre la fe y la obras, y concreta, con gran perspicacia, todo este certamen en un justo tan eminente. Y entre tanto da gran peso a su razonamiento haciendo de él magníficos encomios; llámale nuestro padre, obligando, con esto, enteramente a los judíos a que le obedezcan e imiten en todo.

No me traigas a ningún judío, no saques a plaza a éste o al otro, pues yo me lanzo desde luego a la cumbre misma, de donde la circuncisión tuvo principio. *Porque si Abraham se justificó en virtud de las obras, gloria tiene, pero no ante Dios.* Aserto oscuro, que es preciso esclarecer. Porque dos son los motivos para gloriarse: las obras y la fe. Al decir, pues: *Si se justificó por virtud de las obras, tiene gloria o motivo de qué gloriarse, mas no ante Dios,* muestra que también de la fe puede sacar motivo de qué gloriarse, y mucho mayor. Porque en esto se ve magníficamente la maravilloso fuerza y perspicacia de Pablo para persuadir, en que retuerce contra la parte contraria la cosa propuesta, y aquello de que blasonaba y arrogantemente se jactaba, la salvación por las obras, eso mismo demuestra que lo posee la fe, y con mucho mayor excelencia. Pues el que se gloría en sus obras, ¿qué riquezas, qué tesoros puede presentar? Unicamente sus trabajos; mientras que el que se complace y se ufana de creer en Dios, ostenta un título más alto y digno para gloriarse; porque con eso muestra tener de Dios un concepto grande y magnífico sobre manera confesándole por infinitamente sabio, recto y veraz; de tal manera, que lo que no alcanzó a inculcarle la universidad de las cosas visibles, lo recibe con gran seguridad de la fe de Dios, amándole con verdadera y sincera

caridad, proclamando altamente y encomiando sumamente su infinito poder. Lo cual es propio de ánimos generosos y nobles, de prudentísima sabiduría y de almas grandes y sublimes.

Porque el no ser ladrón y parricida cualquiera lo logra, es cosa de hombres adocenados y vulgares; mas el creer que Dios puede hasta lo imposible, requiere un ánimo excelso, que aprecia sumamente a Dios y tiene de El elevadísimo concepto, pues es señal evidente de la más acendrada caridad. A Dios le adora ciertamente el que cumple sus mandamientos, pero mucho más el que le honra con la fe. Aquél le obedece, sí; mas éste tiene de El concepto elevadísimo, admirándole y glorificándole más que por los obsequios y demostraciones de sus obras exteriores. Aquel ensalzamiento, aquella gloria, es del que obra rectamente; este otro glorifica a Dios y es todo de Dios. Porque se gloría de sentir muy altamente de El, lo cual redunda en su gloria. Por eso dice que se gloría en Dios y tiene en El toda su gloria y alabanza; no sólo por esta gloria que a Dios tributa, sino también por otra razón. Porque el creyente puede gloriarse y se gloría no sólo de amar él sinceramente a Dios, sino además de ser él muy amado y honrado. Pues así como él lo amó y formó de El un elevadísimo concepto (lo cual es prueba de insigne amor), así también Dios le amó a él, reo de infinitos crímenes, no sólo librándolo del suplicio, sino justificándolo además. Tiene, pues, bien de qué gloriarse, viéndose objeto de tan insigne caridad por parte de Dios.

¿Qué dice en efecto la Escritura? *Creyó Abraham a Dios, y le fue reputado por justicia. Ahora bien: al que trabaja no se le cuenta el salario como favor, sino como deuda* (4, 3,4). ¿Luego esto último, dirás, es más excelente? –De ningún modo: pues también se le computa al que cree; y no se le computaría, si él no contribuyera de su parte también algo.

2. Así es que también éste tiene por deudor a Dios, y deudor no de cosas pequeñas y vulgares, sino grandes y sublimes. Pues así que demostró la excelsitud de su espíritu y la gran virtud de su alma, añadió y dijo no solamente *al que cree*, sino *al que cree en aquel que justifica al impío, se le toma en cuenta de justicia* (3). Porque atiende y considera cuán excelente cosa es creer y estar firmemente persuadido que a un hombre encenagado largo tiempo en sus vicios puede Dios no sólo librarle repentinamente de ellos, sino concederle la justicia y admitirle a los sempiternos honores de la gloria. No creas, pues,

que es éste de menos mérito porque no se le cuenta como favor y gracia; porque esto mismo hace que el creyente sea rico y opulento, que disfrute de tan abundante gracia y de una fe y virtud tan excelsa. Y mira también un premio y retribución mayor. Pues a aquél se le da un salario, a éste la justicia, la cual es mucho mayor y más excelente que el salario.

Demostrado esto ya por Abraham, aduce también a David que abona lo dicho ¿Qué dice, pues, David y a quién llama bienaventurado y dichoso? ¿Al que se gloría de sus obras, o al que ha recibido la gracia, el perdón de los pecados y el don de los dones? Al decir bienaventuranza digo un conjunto de todos los bienes. Pues así como la justicia excede al salario, así la bienaventuranza a la justicia.

Habiendo demostrado, pues, que la justicia era más excelente que las obras, no sólo por haberla recibido Abraham, sino también por otras razones (pues de las obras puede gloriarse, mas no ante Dios), la presenta como más veneranda y augusta, aduciendo a David que también la encomia. Pues él asimismo proclama feliz y dichoso al que ha sido justificado con estas palabras: *Bienaventurado aquel a quien se ha perdonado su iniquidad* (Ps. 31, 1). Y este testimonio que aduce no parece congruente, pues no dijo: Dichoso aquel a quien su fe se le ha contado por justicia; y sin embargo, no obró así por ignorancia, sino muy a sabiendas de lo que decía, para exagerar más la fuerza del argumento. Pues si es feliz este a quien han perdonado de gracia, mucho más el que ha sido justificado en virtud de su fe. Y en donde hay bienaventuranza, toda ignominia, toda deshonra desaparece, y hay grande gloria. Por eso aquello en que aquél sobresale y excede a los otros no lo expresa así, sino que escribe: *Al que trabaja no se le cuenta el jornal como gracia;* mas aquello en que el creyente supera al que trabaja, lo prueba con el testimonio aducido, diciendo: *Bienaventurado aquel a quien se le ha perdonado su pecado, a quien se le ha remitido su iniquidad.* Pero dirás: ¿Dice acaso más el recibir el perdón no como deuda, sino como gracia? Pues he ahí que a ése precisamente llama dichoso; y no lo proclamaría tal si no viera que goza de grande gloria.

Y no dice: Este perdón se da a la circuncisión, sino ¿qué? *Este pregón de bienaventuranza, ¿recae sólo sobre la circuncisión, o también sobre el prepucio?* (9). Pues pregunta luego si este bien tan grande se hermana y florece con la circuncisión sola, o también con el

prepucio. Y mira la hipérbole con que contesta; pues demuestra que no sólo no riñe con el prepucio, sino que se hermana y vive muy gustoso con él antes de la circuncisión. Puesto que el que proclama bienaventurado a cualquiera que ha recibido el perdón de sus iniquidades y pecados, era un circuncidado, era David, que discurría como circuncidado, y hablando mira a circuncidados; mira el sumo empeño e interés con que Pablo ha procurado llevar el agua a su molino, atribuyendo el dicho davídico al prepuciado o incircunciso. Pues habiendo juntado la bienaventuranza con la justicia, y demostrado que eran una misma cosa, pregunta cómo fue justificado Abraham. Porque si la bienaventuranza es propia del justo y Abraham fue justificado, veamos cuándo fue justificado, veamos cómo fue justificado, cuándo tenía aún el prepucio o cuándo estaba ya circuncidado. Cuando tenía aún el prepucio, responde (10). *¿Cómo se le computó, pues, la justicia? ¿Circunciso o prepuciado? No circunciso, sino prepuciado;* pues decimos que a Abraham se le imputó su fe a justicia. Antes (4, 3), hablando con la Escritura, dijo: *Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios y se le tuvo en cuenta para la justicia;* así, echando mano del juicio y parecer de los mismos objetantes, demuestra que ya en tiempos de los incircuncisos, antes que hubiese circuncisión, hubo justicia.

Resuelve luego una objeción que de lo dicho se deduce; porque si el que era prepuciado o incircunciso obtuvo la justificación, ¿asunto a qué se introdujo ésta? –Y responde: *Y recibió la circuncisión por señal, como sello de la justicia que tenía antes de ser circuncidado* (11). ¿Has visto cómo demuestra que los judíos fueron como una colonia de parásitos que vino a invadir el árbol de los prepuciados o incircuncisos? Porque si Abraham fue justificado y coronado siendo aún prepuciado o incircunciso, y después recibió la circuncisión, los judíos entraron ciertamente después. Luego Abraham es primeramente padre de los prepuciados o incircuncisos; es decir, de los que, por la fe, fueren parientes o consanguíneos suyos; y luego después de los circuncisos que con él tuvieren ese mismo parentesco de la fe. Porque dos paternidades ostenta el patriarca. ¿Ves cómo brilla y resplandece la fe? Porque hasta que vino ella no recibió Abraham la justicia. Mira cómo el prepucio no causa impedimento alguno; porque prepuciado era Abraham y nada le impidió esto para ser justificado; luego la circuncisión es posterior a la fe.

3. Y ¿por qué te extrañas de que sea posterior a la fe, cuando es también posterior al prepucio? Mas no solamente es posterior a la fe, sino muy inferior a ella, tanto cuanto lo es el signo a lo significado, verbigracia, como lo es al soldado la insignia militar que ostenta.

Pero dirás: ¿Qué necesidad tenía de esa señal? –Ninguna. Pues entonces, ¿por qué la recibió? *–Para que fuese padre común de todos los creyentes no circuncidados y de los circuncidados;* mas no de los meramente circuncidados, que por eso añadió: *De aquellos que no solamente traen origen de la circuncisión* (11, 12). Porque si es padre de los incircuncisos, no por ser él uno de ellos, aunque siéndolo aún fue él justificado, sino por su gran fe, que ellos emularon, mucho menos será padre de los circuncisos, si la fe les faltare. Recibió, dice, la circuncisión para que le tengamos por padre unos y otros, y los prepuciados no desechen a los circuncisos. ¿No ves cómo los primeros que le tuvieron por padre fueron los incircuncisos? Y si tan digna es de respeto la circuncisión como señal de la justicia, no es pequeña la prerrogativa del prepucio por haber recibido antes que la circuncisión esa justicia. Sólo podrás blasonar de tenerle por padre cuando sigas las huellas de la fe y te dejes de contiendas y alborotos, pretendiendo introducir la ley.

Mas ¿de qué fe me hablas? *De la que hubo en la incircuncisión.* De nuevo humilla el fausto y arrogancia del judío, recordándole la época de la justicia; y dijo muy bien *las huellas*, para que como él creas tú también en la resurrección de los muertos, pues él creyó firmemente este artículo. Si rechazas, pues, el prepucio, sábete que la circuncisión nada te aprovecha. Pues si no sigues las huellas de la fe, aunque mil veces te circuncides, no serás hijo de Abraham; pues él recibió la circuncisión a fin de que los incircuncisos no te desdeñaran y rechazaran. Y no intentes fiscalizarle en este punto, porque este hecho (de la circuncisión) en auxilio tuyo fue, no de él. *Mas aquello,* dice, *fue una señal de la justicia.* También esto fue en favor suyo, que ahora ya ni eso es, porque tú entonces necesitabas de señales corporales, que hoy son ya innecesarias.

Pero dirás: ¿No podía acaso conocerse la virtud de su alma por la fe? Sí podía; pero también necesitabas tú de este adminículo. Porque como no emulaste la virtud de su alma, ni pudiste verla, se te dio la circuncisión sensible, para que, después de haberte amaestrado en este ejercicio corporal, fueses poco a poco guiado a la sabiduría y perfec-

ción del alma, y, una vez recibida aquélla, como una dignidad excelsa, aprendieses a venerar e imitar a tu progenitor. Y esto lo ordenó y dispuso Dios así no sólo en la circuncisión, sino en todos los demás institutos, como en los sacrificios, en los sábados y en las fiestas.

Pues que él recibió la circuncisión por causa tuya, óyelo en lo que sigue. Porque habiendo dicho que recibió la circuncisión como señal y sello, añade la razón diciendo: *A fin de que fuese padre de la circuncisión* para los que abrazaran la espiritual; pues si sólo tuvieres la corporal, nada consigues más que esa herida del cuerpo. Porque sólo entonces es signo, cuando se halla en ti la cosa significada por ella, que es la fe; de tal modo, que si ésta te falta, no podrá hacer su oficio de signo, no será signo en modo alguno. Pues ¿de qué sería entonces signo, de qué sería sello, no habiendo qué señalar ni sellar? Sería como si te dieran una bolsa vacía bien cerrada y sellada: por tanto si en el corazón no hay fe, la circuncisión es cosa vana, ridícula y despreciable. Porque siendo señal de la justicia, si no hay justicia, ¿qué señal puede haber de ella? Para eso recibiste el signo, para que procurases adquirir la cosa por él significada; pues ¿qué necesidad tenías de buscar signo y sello, si no tienes nada que sellar con él?

La circuncisión, pues, nos está predicando la justicia; pero ¿cuál? –Una justicia que puede hallarse y se halla en los incircuncisos. Por tanto, en último término, ¿qué viene a predicarnos la circuncisión, sino que no tenemos necesidad alguna de ella?

Porque si los hijos de la ley son los herederos, anulada queda la fe y abolida la promesa (14). Demuestra que la fe es necesaria, anterior a la circuncisión y más fuerte que la ley, hasta el punto que de aquélla recibe ésta su estabilidad y firmeza. Porque si todos han pecado, es necesaria; si el que era incircunciso alcanzó la justicia, es más antigua que la circuncisión; si de la ley viene el conocimiento del pecado, y sin la ley tuvo la fe y la justicia brillantísima manifestación, es más fuerte que la ley; y si el testimonio mismo de la ley la abona, y ella robustece a la ley, no es enemiga de ella, sino compañera y amiga.

Declara además, por otra parte, que por la ley era imposible conseguir la herencia: comparóla primero con la circuncisión, y se llevó la palma; opónela ahora a la ley, y dice: *Si los hijos de la ley son los herederos, resulta vana la fe*. Pues para que nadie instase diciendo que pueden muy bien hermanarse la fe y la ley, observando ésta y

teniendo aquélla, demuestra que eso es imposible. Porque el que se aferra a la ley como salvadora, ése hace injuria a la fuerza y virtud de la fe. Por eso dice: *Aniquilada queda la fe;* esto es, no tenemos necesidad de salvarnos por la gracia, y queda abrogada la promesa. Pues podría decir el judío: ¿Qué necesidad tengo yo de la fe? Y si esto es verdad, junto con la fe desaparece todo lo concerniente a la promesa.

4. Mira cómo lucha sin cesar con ellos, comenzando desde el primer principio del asunto, desde el patriarca mismo. Pues habiendo demostrado ya desde allí que la justicia es compañera inseparable de la fe, demuestra lo mismo de la promesa, de la cual quedó instituida única heredera. Y para que no diga el judío: ¿Qué me importa a mí que Abraham haya sido justificado por la fe?, dice Pablo: Ni lo que a ti más te interesa, que es la promesa, puede llegar a efecto sin la fe. Lo cual los turba y aterroriza sobre manera. ¿Qué promesa?, dirás. –El ser heredero del mundo entero, y que en él sean benditas todas las generaciones. Y ¿cómo, dirás, quedó anulada esta promesa? –Y responde: *Porque la ley produce ira; pues donde no hay ley, tampoco hay transgresión* (15). Si, pues, la ley trae consigo la transgresión y la ira, es evidente que también la maldición; y los que gimen bajo el peso de la maldición, de la transgresión y del suplicio, no son, por cierto, dignos de recibir la herencia, sino de ser arrojados y castigados.

Y ¿qué remedio? –Viene la fe, granjea y trae la gracia, y así se realiza la promesa. Porque donde hay gracia hay perdón; donde hay perdón no hay suplicio; y echado éste e introducida por la fe la justicia, nada impide que seamos herederos de la promesa que se nos da por la fe. *La promesa, por tanto, viene de la fe, para que, en virtud de la gracia, sea firme la promesa hecha a toda la descendencia, y no sólo a los que han recibido la ley, sino también a todos aquellos que siguen la fe de Abraham, padre de todos nosotros* (16). ¿Ves cómo la fe no sólo fortalece a la ley, sino que no deja perecer la promesa de Dios; y, al contrario, la ley, observada fuera de tiempo, anula la fe e impide la promesa?

Necesidad de la fe. Con esto prueba que la fe, lejos de ser cosa inútil y superflua, es absolutamente necesaria para salvarse. Pues la ley engendra la ira, porque todos la han quebrantado, mientras que la

fe ni siquiera permite que se suscite la ira. *Porque de lo que no hay ley, tampoco hay transgresión.* ¿Ves como no sólo borra y destruye el pecado cometido, sino que impide que se cometa? Por eso dice: *En virtud de la gracia.* ¿Por qué causa? –No solamente para evitarnos el sonrojo, sino *para que sea firme la promesa hechas a toda la prosapia.* Dos cosas pone aquí: que los bienes que se dan son firmes y estables, y que son universales, es decir, para toda la descendencia; recogiendo a los venidos de la gentilidad y demostrando que quedan excluidos los judíos si, al oír el nombre de fe, mueven altercados y contiendas. Porque más firme es esto que aquello; déjate de altercados, que la fe no te trae perjuicio alguno, sino que viene a librarte del peligro en que la ley te puso.

Luego, después de decir *A toda la prosapia*, determina y precisa a cuál: *A todos los que siguen la fe;* asociando y uniendo el parentesco de los gentiles (con Abraham) y demostrando que no pueden ufanarse de ser linaje de Abraham los que en la fe no le imiten. Y he aquí una tercera prerrogativa de la fe, que, declarado ya y puntualizado más y más quiénes son los genuinos parientes del justo Abraham, lo hace padre de más numerosa descendencia. Por eso no dijo de Abraham, sino del *padre de nosotros los creyentes.*

Luego, sellando su afirmación con un testimonio, añadió: *Según está escrito: "Te he puesto por padre de muchas naciones"* (Gen., 17, 4). ¿Ves cómo todo esto estaba ya dispuesto y ordenado desde el principio? Pero dirá alguno: ¿Y si eso hay que entenderlo de los Ismaelitas, Amalecitas o Agarenos? –Más adelante demuestra que no puede entenderse de ellos; pero entre tanto pasa veloz a otra cosa, por la cual, al mismo tiempo, declara también esto, determinando el modo y naturaleza de este parentesco y designándolo con gran exactitud y perspicacia. Porque ¿qué es lo que dice? –(Que es padre de muchas naciones.) *Ante el acatamiento* y a ejemplo *de Aquel en quien creyó.* Lo que dice es esto: Así como Dios no es Dios de uno u otro, de uno u otro país, sino padre común de todos, así también él; y también: Así como Dios es padre no según el parentesco natural, sino por unión de fe, así también él; porque la obediencia le hizo padre y progenitor de todos nosotros. Pues como ellos menospreciaban este parentesco, y se aferraban a aquel otro más bajo y grosero, les demuestra que éste es más excelente, llevando el discurso al mismo Dios y declarando, de paso, que consiguió de Dios esta recompensa por su fe. Que si no

fuera por esto, aunque hubiera sido progenitor de todos los habitantes del globo, no habría tenido lugar aquella palabra: *Ante el acatamiento de Dios* y a ejemplo suyo, sino que sería manco y menguado el don de Dios. Porque aquel *ante Dios* significa "de un modo semejante al parentesco de Dios". Porque ¿qué hubiera tenido de singular y extraño que le llamaran padre de los hijos que engendró? Esto es cosa vulgar y de todos; lo maravilloso y estupendo es que recibiera de Dios por hijos los que no lo eran por naturaleza.

5. Si quieres, pues, creer que honró Dios al Patriarca, cree que le hizo padre de todos. Después de decir: *Ante el acatamiento de Dios, a quien creyó*, no se paró ahí, sino que añadió *que da vida a los muertos, y llama lo que es, lo mismo que lo no que no es*, como echando ya aquí los cimientos y preparando el terreno para tratar de la resurrección, cosa que hacía mucho a su intento. Pues si puede resucitar los muertos y producir lo que no existe, como conservar lo existente, también puede hacer hijos suyos a los que no han nacido de él; por lo cual no dijo: el que produce lo que no existe, sino *el que llama*, dando a entender su gran facilidad. Pues así como a nosotros nos es fácil llamar a los que existen, así, y mucho más, le es a él fácil traer a la existencia lo que no existe.

Después de haber dicho que el don de Dios era inmenso e inefable, y haber tratado de su infinito poder, demuestra que la fe de Abraham fue digna de tan gran don, no fueran a creer que le honró sin motivo. Luego llama la atención del oyente para que no se turbe; y por si objeta el judío: ¿Cómo es posible que se hagan hijos suyos los que no lo son?, traslada el discurso al Patriarca, y dice: *El cual creyó contra toda esperanza, estribando en la esperanza de que sería padre de numerosas naciones, según se le había dicho: "Así será tu posteridad"* (18) (Gen., 15, 5).

Cómo creyó Abraham en la esperanza contra toda esperanza. ¿Cómo creyó en la esperanza contra la esperanza?– En la esperanza divina contra la esperanza humana. En lo cual nos manifiesta la maravillosa grandeza y dificultad del negocio, y se resiste valeroso a negar su fe a la palabra divina, concordando con su firme fe cosas entre sí tan contrarias.

Si se tratara de los Ismaelitas, serían superfluas estas palabras, pues ellos no fueron hijos según la fe, sino según la naturaleza. Pero

además, trae al mismo Isaac, pues no prestó a Dios su asentimiento y su fe por aquéllos, sino por este que le había de nacer de la estéril. Si pues el hacerle Dios padre de tan numerosas naciones es premio y galardón, debe entenderse de aquellos que fueron hijos suyos según la fe.

Y para que veas que habla de ellos, oye lo que sigue: *Y no flaqueó en la fe al considerar su cuerpo sin vigor, pues era casi centenario y estaba amortiguado el seno de Sara* (19). ¿Ves cómo amontona impedimentos y los vence y supera todo el excelso ánimo del justo? Fuera de toda esperanza, dice, era lo prometido. Este es el primer impedimento; pues no había tenido él otro Abraham a quien viera tener hijos en semejantes circunstancias, porque sus descendientes pudieran mirarse en su ejemplo; mas él no pudo mirar a nadie, sino a sólo Dios; y por eso dijo: *Fuera de toda esperanza.* Luego: *Su cuerpo amortecido;* éste es el segundo; *y el seno amortiguado de Sara;* éste es el tercero y el cuarto...

Empero ante la promesa de Dios no vaciló con incredulidad (20). A pesar de que no le dio Dios demostración alguna, ni hizo ningún milagro, sino que no hubo más que sencillas palabras, que prometían cosas que la Naturaleza no podía dar. Sin embargo, *no titubeó*, dice. No dice no rehusó creer, sino *no vaciló*: esto es, no dudó, a pesar de estar viendo tantos y tan insuperables impedimentos. Esto nos enseña que cuando Dios promete cosas imposibles, y el que oye no cree en las promesas, esa flaqueza, ese desconfiar de la promesa divina, no nace de la naturaleza de las cosas, sino de la insensatez del incrédulo y desconfiado.

Sino que cobró vigor con la fe. Admira aquí la sabiduría de Pablo; pues como estaba comparando las obras con la fe, hace ver que el que cree hace en esto a Dios mayor obsequio que el otro, pues necesita de mayor valor y fortaleza y tiene que soportar un trabajo de ningún modo vulgar y despreciable. Porque como los judíos menospreciaban y rebajaban la fe, como cosa que no cuesta trabajo, opónese él a esto como fuerte muro, demostrando que no tiene sólo mérito el que guarda templanza u otras virtudes semejantes, sino que también el que da oídos a Dios y presta fe a sus palabras necesita muy grande virtud y fortaleza. Pues así como aquél necesita valor para resistir a los asaltos de la intemperancia y la lascivia, así también éste necesita de un ánimo valiente y generoso para resistir y rechazar los pensamientos de incredulidad y de infidencia.

¿Cómo se hizo, pues, robusto y vigoroso? –Encomendando su resolución a la fe, y no a las ideas y razonamientos asaltantes; pues si tal hiciera, hubiera caído y desmayado. Y ¿cómo creyó? *–Dando gloria a Dios*, dice, *y firmemente persuadido de que Dios era poderoso para cumplir lo que había prometido* (21). Esto mismo, pues, de no indagar curiosamente es glorificar a Dios, así como el indagar curiosos es ofenderle y pecar. Y si siempre que inquirimos e indagamos demasiado estas cosas pequeñas dejamos de glorificar a Dios y faltamos, con mucha mayor razón seremos gravísimamente castigados, si osamos escudriñar curiosamente la generación del Verbo, como injuriadores de su majestad. Porque si no es lícito indagar curiosos el modo y manera de la resurrección, mucho menos aquellos altísimos y venerandos misterios.

Y es muy de notar que no dijo *creyendo*, sino *sabiendo plenísimamente*, pues esta fe es más evidente y persuasiva que una demostración por silogismos, y no hay razón ni argumento alguno que pueda hacerla vacilar en los más mínimo. Porque aquel a quien convencieron con discursos y argumentos, puede mudar su sentir; mas aquel a quien afianzó la fe, cercó su oído de fuertes muros e inexpugnables fortificaciones contra esos pestíferos raciocinios y argumentos.

Con decir, pues, que fue justificado dio a entender que glorificó a Dios grandemente, cosa que suele hacer la buena y santa vida; pues dijo el Señor: *Brille vuestra luz de tal manera ante los hombres, que viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos* (Mt., 5, 16). Queda, pues, claro y manifiesto que así se cumple y verifica en la fe. Además, como las obras exigen virtud robusta, así también la fe. Pues allí ayuda también el cuerpo con sus trabajos y sudores; esto otro, por el contrario, es obra exclusiva del alma; de tal manera que se acrecienta el trabajo, pues no se cuenta con el auxilio del cuerpo.

6. Maravilloso poder de la fe. ¿Ves cómo prueba evidentemente que todo el mérito y ventajas de las obras se hallan con más exuberancia en la fe; verbigracia: el complacerse y gloriarse en Dios, el exigir gran trabajo, valor y fortaleza, y el dar también a Dios grandísima gloria?

Con aquellas palabras: *El que prometió es poderoso para cumplir lo prometido*, me parece a mí que predice también algo futuro; porque

no prometió sólo las cosas presentes, sino también las venideras, pues aquéllas eran tipo y figura de éstas.

El no creer, pues, es de entendimientos débiles, apocados y enclenques. Si hay pues hombres que osen echarnos en cara nuestra fe y nuestras creencias, reprochémosles nosotros a ellos su incredulidad como a gente apocada y miserable, necia y flaca, y que en nada excede a los despreciables y torpes jumentos. Pues así como el creer es de almas grandes y sublimes, así el no creer es de almas irracionales y vilísimas, rebajadas y reducidas a la insensatez de los jumentos.

Por tanto, dejando a esos hombres despreciables, imitemos al glorioso Patriarca, glorificando a Dios como él lo hizo. Y ¿qué quiere decir que dio gloria a Dios? Que pensó y consideró su justicia, su inmenso poder; y formándose de El elevadísimo concepto, alcanzó inconmovible convicción y seguridad de sus promesas.

EXHORTACION

Glorifiquémosle, pues, también nosotros por la fe y por las obras, para que seamos también glorificados por El con el galardón de la eterna gloria; porque El dijo: *A todo el que me glorificare, glorificarélo Yo también* (1 Reg., 2, 30). Aunque, dado que no hubiera Dios ofrecido galardón alguno, todavía, el sólo dignarse El admitir nuestros obsequios y permitirnos glorificarle, sería ya grande gloria. Porque si los panegiristas y encomiadores de los príncipes por el mero hecho de serlo, reciben grande honra, aunque no logren otras distinciones y premios, considera cuán grande gloria será que sea el Señor glorificado por causa nuestra; y al contrario, cuán grandes suplicios merecemos si, por nuestra causa, es El deshonrado y blasfemado. Y advierte que, aunque El desea que le glorifiquemos, no pretende con eso el provecho y dicha propia, sino la nuestra, que El ninguna necesidad tiene de nuestras glorificaciones.

Porque ¿cuánta crees que es la diferencia que va de Dios a los hombres? ¿Acaso la que va del hombre al gusano? Eso es nada; es absolutamente incomprensible e inefable. ¿Desearías acaso tú ser muy alabado de un gusano? Sin duda que no. Pues si tú, que tan amante eres y tan ambicioso de gloria, no desearas tales alabanzas, El, que está libre y exento de semejantes pasiones y tan por encima de todas

esas debilidades, ¿cómo va a necesitar de tu glorificación y alabanza? Sin embargo, aunque ninguna necesidad tiene de ella, dice que la desea por tu bien. Porque si por amor de ti se dignó hacerse siervo, ¿por qué te maravillas de que por la misma causa tome tus miserias y se abrace con toda clase de sufrimientos y trabajo? Nada juzga indigno de Sí con tal que conduzca a nuestra salvación y perfección.

Sabiendo, pues, esto, huyamos de todo pecado, pues lo injuria y deshonra. Ya dijo el sabio: *Como de la serpiente huye del pecado; porque si te acercas, te morderá* (Eccli., 21, 2); pues no viene él en busca nuestra, sino que somos nosotros los que voluntariamente vamos a él. Que así lo dispuso Dios nuestro Señor, a fin de que no nos redujese el diablo a su tiránico imperio; de otro modo, nadie hubiera podido resistirle. Por eso lo lanzó del mundo y lo relegó a sus horribles antros, como a ladrón, salteador y tirano; y no se atreve a asaltarnos si no nos ve en sus cavernas y escondrijos, desnudos e inermes; si no nos ve errantes por el desierto, no osa acercarse; y ese desierto morada del diablo, es el pecado. Necesario es, pues, embrazar el broquel de la fe, y la espada del espíritu, y protegernos con el yelmo de la salud (Ef., 6, 16), no sólo para no ser heridos de él, sino para aplastar la cabeza de esa infernal serpiente, que no cesa en sus asechanzas. También nos son muy necesarias las frecuentes plegarias para hollar su cabeza, pues es muy desvergonzado e impuro, y, aunque pelea con desventaja y desde la parte inferior del campo, no obstante, aun así, sale vencedor muchas veces. Y el motivo es que tenemos poco empeño en tomar posiciones altas e inaccesibles a sus golpes, pues él no es capaz de empinarse y subir a lo alto, sino que se arrastra por lo bajo, como la serpiente (Gen., 3), que es su figura. Y si así lo ordenó Dios desde el principio, mucho más ahora.

Mas por si no sabes qué cosa es luchar desde un sitio inferior y desventajoso, procuraré explicarte la táctica de esta guerra. ¿Qué cosa es, pues, luchar desde un sitio desventajoso e inferior? Desde las cosas de aquí abajo: desde las riquezas, desde las delicias, desde todas las vanidades y pompas del siglo. Por eso, en cuanto ve a uno que levanta el vuelo hacia el cielo, abandona su persecución, porque no puede dirigir allá sus asaltos; y si lo intentare, pronto caerá, pues no tiene pies ni piernas; no temas, carece de alas; fuera miedos: sobre la tierra se arrastra, y sobre las cosas terrenales.

No tengas, pues, cosa común con la tierra, y ahorrarás luchas y

trabajos. El ignora la guerra ofensiva, y, como serpiente, se esconde entre las espinas, y se oculta frecuentemente entre los engaños y falacias de las riquezas. Si destruyes las espinas, huirá al punto, cobarde y medroso. Y si sabes usar contra él los divinos talismanes, al instante cae herido. Porque tenemos unos espirituales encantamientos, que son el nombre de Nuestro Señor Jesucristo y el poder de la Cruz. Encantación es ésta que no sólo arroja al dragón de su escondrijo y lo lanza al fuego, sino que cura, además, nuestras heridas.

7. Y si muchos, invocando esos nombres, no sanan, eso es por su poca fe, no por falta de poder en tan augustos nombres. Pues también a Jesús mismo le empujaban y apretaban (Mc., 5, 31), sin provecho ni ganancia alguna; y, sin embargo, la hemorroisa que llevaba doce años padeciendo flujo de sangre, sin tocarle siquiera el cuerpo, con sólo tocar la orla de su vestidura, vio restañados los viejos manantiales (Mc., 5, 29). Terrible es este nombre a los demonios, a las pasiones y a las enfermedades. Armémonos, pues, y fortifiquémonos con él. Así se agigantó Pablo, aunque cortado de la misma cantera (Is., 51, 1) que nosotros, porque la fe lo cambió y le hizo otro hombre; y era tan grande su poder, que hasta sus vestidos y sus prendas gozaban de insigne virtud (Act., 19, 12). ¿Qué perdón merecemos, pues, nosotros si, mientras sus vestidos y su misma sombra (Act., 5, 15, 16) fugaban las enfermedades y la muerte, ni a refrenar las pasiones alcanzan nuestras oraciones y plegarias? Y ¿cuál es la causa de esta diferencia? La gran diferencia de las almas, aunque en cuanto a las dotes naturales, iguales y comunes son, pues del mismo modo que nosotros nació él y creció, y la misma tierra habitó y el mismo aire respiró; mas en él había otras sobrenaturales dotes, mejores y mucho más excelentes que las nuestras, de fe, caridad y ardiente celo. Imitémosle, pues; procuremos que por nosotros, por nuestra boca y nuestra conducta hable Cristo; sobre manera lo desea El de nosotros, y para eso ordenó El, dispuso y preparó este instrumento, que no quiere que permanezca ocioso, sino manejarlo sin cesar. ¿Por qué, pues, no procuras tenerlo siempre preparado, bien templado y dispuesto para ser manejado por el supremo artífice, sino que le dejas flojas las cuerdas, reblandeciéndolas con los placeres y deleites, e inutilizando así la cítara entera, cuando era preciso herir sus cuerdas y acompañar el canto con espirituales melodías? Porque si la viere Cristo bien templada y preparada, la manejará y tocará por medio de nuestra alma, y

entonces verás danzar a los ángeles, a los arcángeles y a los querubines. Hagámonos, pues, dignos de ser manejados por aquellas puras y divinas manos, y roguémosle que toque también nuestro corazón, aunque no necesita que se lo supliquemos; hazlo tú digno de ser tocado por sus manos, y El sólo se vendrá a ti antes que se lo supliques. Pues si sale al encuentro de los perezosos, tardíos e indispuestos (pues de Pablo ya antes que lo fuera cantó el encomio), con el que encuentre preparado, ¿qué no hará? Y si resuena la voz de Cristo, pronto acudirá también su Santo Espíritu, y seremos mejores y más excelentes y venturosos que el mismo cielo; no por tener impreso en nuestro cuerpo el sol, la luna y las estrellas, sino por tener al Señor de los ángeles por morador de nuestra alma.

La caridad es preferible a todas las señales y portentos. Digo esto, no para induciros a que os dediquéis a resucitar muertos y curar leprosos, sino para que hagáis otros mayores portentos, practicando la caridad de unos con otros. A dondequiera que se realizare este gran bien, esta unión santa de corazones, viene luego al punto el Hijo con el Padre y el Espíritu Santo. Porque dice: *En dondequiera que haya dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos* (Mt., 18, 20). Lo cual es señal de grande afecto, pues el amor tiende a la unión de los amantes.

Pero dirás: ¿Quién hay tan descuidado y desaconsejado que no quiera tener consigo a Cristo? –Pues nosotros, con nuestras mutuas desavenencias y rencillas. Tal vez habrá alguno que se ría de mí, diciendo: ¡Qué necedades nos predicas! Estás viéndonos reunidos dentro de unos mismos muros, cobijados por el mismo techo, dentro de las paredes de un mismo templo, todos en el mismo redil y bajo un mismo pastor, con suma concordia, sin pugnas, sin guerras ni facciones algunas; escuchando, cantando y orando todos juntos, y ¿te pones a hablarnos de pugnas y sediciones? –Sí, pugnas digo, y no he perdido el juicio. Estoy viendo todo eso que dices; estoy viéndoos a todos reunidos en la misma iglesia, juntamente con nuestro pastor, y ésta es precisamente la principal causa de mis llantos y lamentos; y ¿por qué? Porque habiendo tantos motivos que nos fuerzan a guardar la unión de corazones y el mutuo amor y caridad de unos con otros, no hay entre nosotros más que sediciones y guerras intestinas. Mas ¿qué sediciones estás viendo aquí?, dirá alguno–. Aquí, ninguna. Pero que acabe el

sermón, y veréis a unos acriminar a otros, desgarrando abiertamente su fama; uno es envidioso; otro, avaro y rapaz; otro, iracundo y violento; otro, lascivo e injuriador de ajeno lecho, y otro, urdidor de cien y cien engaños. ¡Ah, si pudieran descubrirse nuestras almas! Entonces veríais bien claro todo esto, y confesaríais que no estoy loco cuando afirmo tales cosas.

8. ¿No habéis visto lo que sucede en los ejércitos en tiempo de tregua y armisticio? ¿cómo deponen todos las armas, y así desarmados, van al campamento contrario? Mas luego que vuelven a tomar las armas y se ponen centinelas y vigías, se pasan las noches en vela, y se encienden hogueras indicadoras, todas éstas son ya señales, no de paz, sino de guerra. Pues esto mismo sucede entre nosotros; también nosotros nos guardamos y precavemos unos de otros; hablamos a uno al oído, y al ver venir a otro, luego callamos, luego suprimimos y quitamos de en medio todo indicio; no es esto de personas que se fían unas de otras, sino de quienes mutuamente desconfían y guardan entre sí mil precauciones.

Bien, dirás; pero eso lo hacemos, no por injuriar a nadie, sino para que no nos injurien a nosotros–. Eso precisamente es lo que yo lamento, que, viviendo entre hermanos, tengamos necesidad de guardarnos unos de otros para no recibir daño, y encender tantos fuegos y poner tantos vigías y atalayas.

Y la causa de esto es la continua insinceridad y mentira, los dolos y fraudes, la caridad del todo desterrada de entre los cristianos y la implacable mutua guerra; de tal manera que hay muchos que se fían más de los infieles que de los cristianos.

¿No es esto una gran vergüenza? ¿No es cosa digna de lamentarse y llorarse con lágrimas de sangre? – Y ¿qué he de hacer?, me dirás; fulano es un hombre ineducado y áspero; es un mal hombre–. Y ¿qué se ha hecho de tu sabiduría y cristiandad? ¿Qué de los preceptos apostólicos, que mandan nos ayudemos mutuamente a llevar las cargas? (Gal., 6, 2). Pues si con tu hermano no sabes entenderte, ¿cómo podrás atraerte y ganarte al extraño?

¿Qué hacer, pues? Lágrimas me arrancan el sentimiento y la amargura; arroyos corren de mis ojos, como decía el profeta, al ver este campo de mil fratricidas guerras, cien veces más graves que las que nos hacen los extraños. *¡Ay mis entrañas, ay mis entrañas! Desfallezco, el corazón se me rompe, transido de dolor, y no puedo callar. Ya*

oigo los clarines guerreros, el estrépito de la batalla; ya anuncian desastre sobre desastre. Toda la tierra devastada (Is., 6, 19, 20); mas esta desgracia nuestra es más grave y lamentable; yo los veo en las mismas filas, bajo la conducta del mismo caudillo; y luego se levantan unos contra otros, se muerden, se despedazan mutuamente sus miembros: unos, por vil interés; otros, por la honra vana, y otros, sin causa ni motivo alguno. Se mofan, se zahieren y se causan unos a otros mil mortales heridas; muertos caen y más destrozados que los que fenecen en la guerra. Y ¿qué se ha hecho del nombre de "hermano"? Vano es ya y completamente vacío de sentido. Nadie hay capaz de llorar dignamente tal tragedia.

Respetad, respetad por Dios esta mesa, de que somos todos partícipes. Mirad ahí a Cristo muerto por nosotros, víctima sacrosanta ofrecida al Padre por nuestra salud. Los piratas y forajidos dejan de ser salteadores y ladrones para con los compañeros que se sientan con ellos a una mesa; ésta los hace, de tigres, corderos. ¿Y nosotros, que de tal mesa participamos, tomamos las armas unos contra otros, cuando deberíamos alzarnos como un solo hombre contra el demonio, enemigo jurado de nuestra naturaleza? De aquí es que su fuerza y osadía crece, y mengua y flaquea más y más la nuestra. No guerreamos juntos contra él, sino con él y por él contra nuestros hermanos; bajo las banderas de ese perversísimo caudillo luchamos, en vez de atacarle todos juntos a él.

Mas ahora, dejadas ya esas filas, ¿contra quién volvemos nuestros dardos?– contra nuestros propios hermanos. –Mas ¿de qué dardos hablas? –De los que parten de la boca y de la lengua. No son sólo los dardos y saetas las que causan mortales heridas, sino que también traspasan el corazón las palabras acerbas y punzantes.

Y ¿cómo podremos poner fin a esta cruel y fratricida guerra? –Pensando bien y considerando que cuando hablas contra tu hermano arrojas lodo de tu boca; pensando que ultrajas y ofendes a un miembro de Cristo, que roes y desgarras tus propias carnes, que haces para ti más acerbo aquel tribunal incorruptible y horrendo; que el dardo que tú lanzas no hiere y mata a aquel contra quien lo asestas, sino a ti mismo.

Pero él me ha injuriado y deshonrado–. Gime, pues; pero no hables mal; llora, no por la injuria recibida, sino por la perdición de aquella alma, como tu Señor lloró a Judas, no por la terrible cruz que

padeció, sino por el crimen y perdición del traidor. ¿Que te ha ultrajado y deshonrado?– Pide a Dios que cuanto antes le perdone. Hermano tuyo es, nacido de un mismo parto, miembro tuyo y comensal contigo. –Mas él me insulta más y más–. Mayor y más espléndida corona alcanzarás. Por eso principalmente es preciso deponer la ira, porque tu hermano ha recibido del demonio mortal llaga.

9. No le hieras, pues, también tú, traspasándote a ti más que a él. Mientras estás en pie puedes salvarle a él; mas si, volviendo mal por mal e injuria por injuria te arruinas tú a ti mismo también y te destruyes, ¿quién os levantará luego a los dos? ¿El, que está herido? –Mas no podrá, postrado como está por tierra. ¿Tú, que has caído juntamente con él?– Y ¿cómo? Si no puedes valerte a ti, ¿cómo podrás alzarle a él?– Lucha pues generoso y, embrazando el escudo de la paciencia, retira del campo el cadáver de tu hermano. ¿Le traspasó el dardo de la ira?– No añadas llagas a llegas, sino sácale el dardo que le aflige. Si así nos curamos mutuamente, pronto estaremos todos sanos; mas si nos armamos unos contra otros, ya no habrá necesidad de diablos para nuestra ruina. Porque toda guerra es perniciosa; mas sobre todo la intestina. Y esta guerra es peor aún que las guerras intestinas, cuanto son más altos y nobles los intereses y derechos que aquí se juegan.

Mató en otro tiempo Caín a Abel, su hermano, derramando la fraterna sangre. Pero esta guerra es aún más inicua, cuanto es más alto el parentesco y la muerte más grave y terrible. Pues aquél traspasó su cuerpo, tú afilas tu espada contra el alma. ¿Que has sido tú el primero en padecer la injuria?– No el que la padece, sino el que la hace es el que recibe el verdadero daño. Atiende bien y considera. ¿Quién fue el degollado? –Abel. –¿Quién el fratricida? –Caín. Y ¿cuál de los dos resultó muerto? ¿El que seguía clamando después de muerto, pues dice: *La voz de la sangre de tu hermano clama a mí* (Gen., 4, 10), o el que, vivo, temía y temblaba?– Este, cierto, éste era más desgraciado que todos los muertos. ¿No ves cómo vale más recibir la injuria que inferirla, aunque sea la misma muerte? Aprende cómo es peor el injuriar, aunque logres postrar y matar a tu adversario. Hirió y mató aquél a su hermano; mas éste recibió las coronas, y aquél el castigo. Contra todo derecho fue degollado y muerto Abel; mas él muriendo acusaba, castigaba y mataba; mientras que el que quedó vivo enmudecía, andaba avergonzado y era conducido al suplicio como reo, saliéndole las cuentas muy al revés de lo que pretendía. Pues él le mataba

por verle preferido de Dios, esperando así desbancarlo del divino afecto, y sólo consiguió aumentar el amor de Dios al difunto; más aún lo quería y buscaba Dios, diciendo: *Caín, ¿dónde está tu hermano Abel?* (Gen., 4, 9). No lograste extinguir el amor con la envidia, sino que más bien lo atizaste y encendiste; no le amenguaste el honor con la muerte, sino que se lo aumentaste. Pues antes lo había Dios sujetado a ti; mas después que le mataste, aun muerto, se vengará de ti. ¡Tanto es el amor que Yo le tengo! ¿Quién es pues condenado como reo, el que impone el suplicio, o el que lo sufre? ¿El que consiguió de Dios tan alto honor, o el que fue condenado y entregado a un nuevo e insospechado suplicio?– Vivo, dice, no le temiste; témele, pues, muerto. ¿No tuviste horror a traspasarle con tu arma fratricida? Horror perpetuo y temblor continuo te afligirá siempre por haber derramado su sangre. Mientras vivió era siervo tuyo; ya es y será siempre para ti un señor tremendo.

Pensada, pues y consideradas estas cosas, amadísimos hermanos, huyamos de la envidia, luchemos contra todos los vicios y pasiones y ejercitemos solícitos siempre la fraterna caridad, a fin de cosechar sus óptimos frutos, así en la presente vida como en la futura, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA IX (4, 23-5, 11)

Análisis.

Hubiera podido alguien objetar a San Pablo: ¿Qué tiene que ver Abraham con nosotros, y qué nos va en que se le haya tomado en cuenta la fe para la justificación? –A estas objeciones se anticipa él a contestar, demostrando por la autoridad de la Escritura, que no tenemos nosotros otra vía para llegar a la justicia que la que tuvo Abraham, pues tenemos el mismo motivo para creer que es Dios, y el mismo objeto, las cosas reveladas por Dios.

Ni es obstáculo insuperable para nuestra justificación la muchedumbre de nuestros pecados, pues Jesucristo, con su muerte, nos ha librado de todos nuestros crímenes. El fruto de esta justificación es nuestra paz con Dios; no volvamos, pues, a nuestros pecados y a nuestra mala vida pasada. Esto es posible; porque si estando cargados de crímenes nos libró Jesucristo, ¿cuánto más nos mantendrá ahora en el estado de gracia en que nos ha colocado?

Advierte San Juan Crisóstomo que la gracia para la cual nos abre camino Cristo, por la fe, consiste en la gran dignación que nos ha dispensado de dársenos a conocer; en habernos librado de nuestros yerros, en habernos instruido en la verdad y en habernos lavado en el bautismo.

Esta gracia es en nosotros estable, y sus influencias continuas e incesantes; porque no son los dones de Dios como los de los hombres. Hoy da uno a otro una colocación o un cargo, y mañana se lo quita; y aunque no se lo quite, se lo arrebata muy pronto la muerte. No así los dones de Dios, que son estables y sólidos; ni los hombres, ni los demonios, ni la adversidad, ni la violencia, ni la muerte, ni el infierno, nos los podrán arrebatar nunca jamás.

De las palabras siguientes de San Pablo saca luego el santo doctor varias lecciones morales ya sobre la grandeza de los bienes de la vida futura y sobre los provechos que podemos sacar de los trabajos y aflicciones de la presente, ya sobre las amenazas que hace Dios a los pecadores para reprimir la impetuosidad de sus desarregladas pasiones. En nuestras cruces y aflicciones nos aconseja recordar el gran gozo de los apóstoles de haber sido hallados dignos de ser azotados por el nombre de Jesús, y el ejemplo de los tres niños del

horno de Babilonia y de otros muchos que, estando encadenados en las cárceles, no cesan de dar gracias a Dios por ello.

Encomia grandemente en esta homilía las tres virtudes teologales: La fe como única vía para la justificación; la esperanza, que dice ser firmísima como fundada en el amor de Dios, que no puede fallar, y, sobre todo, la caridad que dice ser más fuerte y sublime que todas las cosas.

Y no se escribió por él solamente que "se le tomó a cuenta", sino también por nosotros, que creemos en aquél que resucitó a Jesús, Señor nuestro, de entre los muertos (4, 23, 24).

1. Muchas y magníficas cosas había dicho de Abraham, de su fe, de su justicia y del honor que Dios le concedió; ahora, para que los oyentes no dijeran: ¿Qué nos importa eso a nosotros? pues el justificado fue él, nos coloca al pie del Patriarca. ¡Tal es la fuerza y significación de sus palabras, preñadas de espíritu! Viene un hombre del corazón de la gentilidad; ayer mismo llegó, y, de repente, sin haberse distinguido por servicio alguno, nos dice que al punto alcanza tanta gracia, no sólo como cualquier judío creyente, sino como el mismo Patriarca, y (cosa sobre toda ponderación maravillosa) mucho más aún que ellos. Pues es tan sublime nuestra nobleza, que su fe fue tipo de la nuestra.

Y no dijo: Si a él se lo tomaron en cuenta para la justicia, verosímil es que también a nosotros; para que no pareciera que apoyaba su razonamiento en meras consecuencias silogísticas, sino que se funda desde luego en la autoridad de la divina ley, y resulta su aserto una sentencia de la escritura divina.

¿Por qué, dice, por qué está escrito, sino para que sepamos que también nosotros hemos alcanzado la justicia por la misma vía, pues que creemos al mismo Dios, y sobre las mismas cosas, aunque no en las mismas personas? Mas al mencionar nuestra fe, al mismo tiempo, encomia la inefable benignidad de Dios, que no deja nunca de los labios, aduciendo la cruz; así lo declaró aquí con aquellas palabras: *El cual fue entregado* a la muerte *por nuestros delitos, y fue resucitado para nuestra justificación* (25).

Pruébase la resurrección de Cristo. Mira cómo, asignada la causa de la muerte, señala la misma para la resurrección. Pues dice:

¿Por qué fue crucificado? –No por delitos propios, como consta por la resurrección; porque si era pecador, ¿cómo resucitó? Por tanto, si resucitó, es evidentemente que no fue pecador. –Ahora bien, si no era pecador, ¿cómo fue crucificado? –Por causa de otros. Mas si fue por causa de otros, luego indudablemente resucitó. Pues para que no dijeras: ¿Cómo podemos alcanzar la justicia siendo tan criminales, siendo reos condenados por tantos y tan graves delitos?, contesta él, poniéndote delante al que todos los expió y borró; y confirma su aserto por la fe de Abraham, por la cual alcanzó él la justicia, y por la salutífera pasión.

Mas en nombrando la muerte, luego al punto habla también de la resurrección. Puesto que no fue su muerte para condenarnos y entregarnos a los eternos suplicios, como reos que éramos de lesa majestad suya y destinados a tan tremendas penas, sino para colmarnos de soberanos dones, pues para eso murió y resucitó, para justificarnos: *Justificados, pues, en virtud de la fe, mantengámonos en paz con Dios por mediación de Nuestro Señor Jesucristo* (5, 1).

¿Qué quiere decir aquello: *Mantengámonos en paz*? Hay quien dice que Pablo inculca aquí que no prosigamos agitándonos en intestinas luchas y sediciones, pretendiendo introducir la ley. Mas a mí me parece que trata ya de enseñarnos cómo hemos de vivir en adelante. Pues como había hablado tan largamente de la fe, encomiándola y anteponiéndola a la misma justicia proveniente de las obras; para que estos encomios no fuesen a nadie ocasión de contentarse con la fe sola, y así se diesen a la pereza e indolencia, dijo: *Mantengámonos en paz con Dios*, esto es, no le ofendamos de nuevo con nuestros pecados, no volvamos a las andadas, que esto sería romper las paces y emprender una nueva guerra contra su divina majestad.

Pero dirás: ¿Cómo es posible que no volvamos ya nunca más a pecar?– Pues yo, al contrario, digo: ¿Cómo fue posible nuestra justificación primera? Porque si, estando abrumados y caídos bajo el enorme peso de tan innumerables y tan graves pecados, nos libró Cristo de todos ellos, ¿cuánto más fácil será perseverar, con su ayuda, en el estado a que su benignidad nos elevó? Porque no es lo mismo recibir, de buenas a primeras, la paz de que carecíamos, que conservarla una vez adquirida, pues que más difícil es conquistar una ciudad, que mantener su posesión contra el ataque enemigo. Y, no obstante, lo que tan difícil era lo hemos alcanzado por nuestro Mediador, Jesucris-

to, con una facilidad envidiable; luego también podremos conseguir, sin dificultad ninguna, lo que es mucho más fácil, con tal que nos unamos al que nos favoreció con tan sublime don.

Mas en este punto me parece a mí que quiere significar no sólo cuán fácil, sino también cuán justo y razonable es, de nuestra parte, el que nos esforcemos por conservar la paz y justicia adquiridas. Porque si El, estando nosotros bajo el rayo de la indignación divina, nos reconcilió con el Padre, justísimo es que permanezcamos en su paz y amistad, volviéndole este retorno, a fin de que no parezca que ha reconciliado con el Padre un hato de gente grosera y mal criada, ingrata y perversa. *Puesto que por El,* dice, *hemos sido sublimados, por medio de la fe, a esta gracia* (2). Si pues, estando tan lejos, nos dio entrada, mucho más, siendo ya vecinos y parientes suyos, nos ha de conservar sin duda alguna.

2. Mas yo te ruego y suplico encarecidamente que consideres y ponderes despacio cómo junta siempre estas dos cosas: lo que Cristo, por su parte hace, y lo que nosotros hacemos. Sus beneficios son muchos, diversos e incomparables. Pues por nuestras almas dio su vida, sufriendo muerte acerbísima por reconciliarnos con Dios, dándonos acceso a esta amistad y prodigándonos una gracia inmensa; mientras que nosotros, por nuestra parte, no aportamos más que la fe; por lo cual dice: *Por medio de la fe a esta gracia, en la cual nos mantenemos.*

Mas ¿qué gracia es ésa?– La que nos comunica el conocimiento de Dios, nos libra de errores, nos enseña la verdad y nos colma de todo bien por el bautismo; a esto nos dio acceso, para recibir todos estos dones. Pues no se concreta a concedernos perdón de nuestros pecados, sino que nos eleva a los más sublimes honores y dignidades.

Y más aún, porque tampoco paró en esto, sino que nos prometió otros más altos y perfectos dones, completamente inefables y superiores a toda comprensión humana. Por eso distinguió bien y puntualizó estas dos clases de bienes. Pues al decir: *Gracia,* significó los presentes; y cuando añade: *Y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios,* nos reveló todos los futuros.

Y con razón dijo: *En la cual permanecemos.* Porque ésta es la naturaleza de la gracia divina; no reconoce término ni límite, sino que progresa siempre, y sube sin cesar a más y más altos grados, cosa que no acaece en las cosas humanas. Verbigracia: ha logrado uno escalar

una alta magistratura, ha alcanzado gran poderío y muy grande gloria. ¿Cuánto le durará? ¿Será perpetua? –No, sino que hoy es y mañana no parece (Cf., Ps. 36, 35); y aunque nadie se lo quitara, pronto se lo arrebataría todo la muerte. No así los dones de Dios, que no podrán arrebatarnos ni hombres, ni tiempos, ni adversidades, ni demonios, ni la misma muerte; antes, después de muertos los poseeremos con más seguridad; y durante la vida, mientras más avancemos, mayores son, y más y más los disfrutamos. Por tanto, si hallas dificultad en creer en los bienes futuros, sírvante de argumento para creerlos los presentes que ya has logrado y alcanzado. Pues por eso dijo: *Y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios*. Para que aprendas cuáles deben ser los ánimos de quien ha hecho a Dios el obsequio de su fe. Pues debe estar tan certificado y tan firme de lo que le han de dar en la gloria como de lo que ya tiene recibido; porque el gozarse y gloriarse es de cosas que se tienen ya en la mano y se poseen. Así es que como la esperanza de los bienes futuros es tan firme, es tan cierta y evidente como la posesión de los que ya tenemos, por eso nos gloriamos de ellos lo mismo que de los presentes; y por eso los llamó gloria. Porque si hacen mucho y contribuyen para la divina gloria, sobrevendrán sin duda alguna; si no por nosotros, al menos por el mismo Dios.

Mas ¿qué digo de cuán dignos son los bienes futuros de que nos gloriemos en ellos? –Hasta los males mismos presentes son tales, que debemos alegrarnos y congratularnos de ellos; y por eso añadió: *Y no es esto solo, sino que nos gloriamos en las tribulaciones* (3). Considera, pues, cuán grandes serán los bienes que esperamos, cuando los males mismos que acá sufrimos y tan tristes nos parecen, nos esfuerzan y animan con la esperanza de aquéllos. ¡Tal es el don divino, que no hay en él parte alguna, ni la más mínima, que sea desapacible y áspera!

Los combates por Cristo traen consigo gran gozo. En las cosas exteriores las luchas y combates nos traen trabajo, pesadumbre y fatiga, el gusto y el placer se queda para el galardón, el premio y la corona; aquí es otra cosa: aquí las luchas mismas nos proporcionan ya un gusto y un deleite no menor que los mismos premios y coronas.

Como aquellos cristianos pasaban entonces por muy grandes pruebas, sufrimientos y tentaciones, y del reino no tenían posesión, sino sólo esperanza, y mientras que las cosas graves, pesadas y molestas

las tenían presentes, los bienes no más que en esperanzas lejanas, lo cual afligía y descorazonaba a los débiles y flacos; por eso, aun antes de las eternas coronas, les reparte aquí recompensas y premios diciéndoles que conviene gloriarse en las tribulaciones. Y no dijo: Debéis gloriaros, sino, *Nos gloriamos*, dirigiéndoles la exhortación en su misma persona.

Luego, como parecía cosa inaudita y nunca imaginada su aserto de que debía alegrarse y gozarse luchando con el hambre, los tormentos, las cárceles y cadenas, los oprobios y afrentas, luego al punto lo prueba y, lo que más es, dice que no sólo hemos de gloriarnos en todas esas cruces por los eternos premios que les están reservados, sino también por los presentes; pues las mismas tribulaciones, por sí, son deseables.–¿Por qué? Porque nos avezan y ejercitan en la paciencia. Por esto, habiendo dicho, *Nos gloriamos en las tribulaciones*, añade: *Sabedores de que la tribulación engendra paciencia*. Repara, de nuevo, la enérgica y vehemente elocuencia de Pablo, y cómo convierte la dificultad en prueba y argumento; pues, como las tribulaciones les causaban desesperación y desánimo de los bienes futuros, dice que, precisamente por ellas hay que tener muy gran confianza y no descaecer jamás de la esperanza de los premios eternos. *Porque la tribulación*, dice, *labra paciencia, la paciencia, virtud aquilatada, la virtud, probada esperanza, y la esperanza no nos deja corridos* (4, 5). Pues nuestras tribulaciones y aflicciones no sólo no quitan, en modo alguno, la esperanza, sino que la fundan y afirman. Pues ya antes de llegar a la posesión de los bienes futuros, tiene la tribulación muy grande fruto, es a saber, la paciencia, que prueba al que sufre y es tentado como al oro el crisol, y contribuye también grandemente para los premios venideros, porque robustece y hace florecer nuestra esperanza, pues no hay cosa que tanto nos anime a esperar como la buena conciencia.

3. Nunca desesperó quién bien vivió; y, al contrario, hallarás a millares gentes que viven malas o negligentemente, y se encuentran tan atormentados por los remordimientos, que desearían que no hubiera juicio ni retribución eterna. Pues ¿qué? ¿en esperanza son nuestros bienes? En esperanza, sí, mas no humana, que fenece y deja corrido al que esperaba, o por muerte de su padrino y protector, o porque mudó de bisiesto.

No son así nuestras esperanzas, sino que permanecen siempre

firmes e inmobles. Porque el que hizo las promesas vive eternamente; y nosotros, que hemos de gozar de aquellos bienes, aunque morimos, resucitaremos, y no hay cosa que pueda confundirnos, como si loca y temeraria hubiéramos puesto nuestra esperanza en cosa deleznable y frágil.

Confirmados así sus ánimos y quitada toda vacilación y toda duda, no hace aquí pausa, sino que trae de nuevo los bienes futuros, porque sabía muy bien que los flacos e imperfectos, aunque buscan las cosas presentes, tampoco se contentan con ellas solas. Y así los asegura de las futuras con las prendas que tienen ya recibidas en bienes presentes. Pues podría alguno decir: ¿Y si no quiere seguir favoreciéndonos? Porque bien sabemos todos que puede, que permanece, que vive; mas que querrá favorecernos, ¿por dónde consta? Por lo que ha hecho ya por nosotros. ¿Qué? La más insigne prueba de amor que nos ha dado.

El mayor don de los dones es el Espíritu Santo. Y ¿qué ha hecho, dirás, para demostrarnos su amor?–Al Espíritu Santo nos ha dado. Y así después de decir: *La esperanza no nos deja corridos*, aduce la prueba diciendo: *Porque el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones, por el Espíritu Santo que se nos ha dado.*– Y no dijo, Se ha dado, sino, *Se ha derramado en nuestros corazones*, dando a entender con cuánta abundancia y largueza se nos ha comunicado.– Mas ¿qué cosa nos ha dado? Lo mayor y más excelente que hay en los cielos y tierra, eso nos dio. Porque no fue el cielo, no el mar, no la tierra, sino cosa mucho mayor y más preciosa, pues de hombres nos hizo ángeles, hijos de Dios y hermanos de Cristo.

Todo esto nos dio al darnos al Espíritu Santo. Por aquí verás claramente que si no tuviese determinado, después de nuestros trabajos, ceñir nuestras sienes con valiosísimas coronas, no nos hubiera enriquecido, aun antes de los trabajos, con tan soberanos dones. Mas ahora muestra su ferviente amor honrándonos, no paso a paso, sino regalándonos de golpe la fuente misma y el manantial de todos los bienes, y esto antes aún de los combates.

Por tanto, aunque no seas muy santo y muy digno, no desconfíes, teniendo ante el Juez padrino tan *poderoso*, la caridad misma. Por esto después de decir: *La esperanza no confunde*, atribuye tan feliz suceso, no a nuestras obras, sino todo a la dilección santa.

Mas, nombrado el Espíritu Santo, luego al punto vuelve a la cruz,

diciendo: *Porque ¿de dónde nace que Cristo, estando nosotros todavía enfermos* del pecado, *al tiempo señalado murió por los impíos? A la verdad, apenas se hallará quien quiera morir por un justo; por un bienhechor tal vez habría quien se animara a dar su vida. Pero lo que más hace brillar la caridad de Dios hacia nosotros es que, siendo aún pecadores, murió Cristo por nosotros* (6, 8). Pues si por un hombre virtuoso y santo no hay quien quiera dar su vida, pondera la caridad de tu Señor a quien vio el mundo universo crucificado, no por hombres justos y santos, sino por pecadores y enemigos suyos; como lo dijo luego: *Que si siendo pecadores, murió Cristo por nosotros, con mucha más razón, justificados ya, seremos por El salvados de la ira divina. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, con mucha más razón, una vez reconciliados, nos salvará por El mismo, resucitado y vivo* (9, 10).

Aunque en estas frases tal vez te parezca que se repite varias veces una misma cosa, si bien lo consideras, no es así. Atiende, pues, y lo verás. Lo que intenta es confirmarlos en su esperanza de los bienes futuros, probándoles cuán sólida e indefectibles son las promesas divinas; y primeramente los avergüenza con el sentir y persuasión del justo (Abraham), cuando dijo: *Se robusteció en su fe y confianza, plenamente persuadido de que todo cuanto Dios tiene prometido, es poderoso para cumplirlo* (4, 20, 21); después, por la gracia concedida; luego, por las tribulaciones capaces de fundar y afirmar nuestra esperanza, y por el Espíritu Santo que hemos recibido, y, finalmente, por la muerte de Cristo por nosotros, pecadores y enemigos suyos.

Y aunque parece, como antes dije, que no hace más que repetir una misma cosa, sin embargo, míralo bien y verás que no es una sola cosa, sino que afirma dos, tres y más cosas: primero, que murió; segundo, que por hombres impíos; tercero, que nos reconcilió, nos salvó, nos justificó, nos hizo inmortales, hijos y herederos de Dios.

Enséñanos aquí el Apóstol que no hemos de corroborar nuestra esperanza únicamente por haber muerto Cristo por nosotros, sino además por los dones que, mediante su muerte se nos dieron; aunque el sólo morir por nosotros, pecadores y enemigos suyos, sería ya máximo argumento de amor; más constándonos, como nos consta, que con su muerte nos prodigó sus dones y tan grandes dones, y a tales sujetos; sobrepujan toda hipérbole los portentos de caridad con que nos ha obligado hasta tal punto, que son capaces de traer a la fe y a la

esperanza al más torpe y estúpido de los hombres. Pues no es otro el que nos va a dar la salvación que el que, siendo pecadores, nos amó hasta el extremo de entregarse a la muerte por nosotros.

¿No ves cuán sublime prueba nos proporciona este pasaje para fundar nuestra esperanza de los bienes futuros? Porque dos eran los obstáculos que dificultaban nuestra salvación: que éramos pecadores y que habíamos de salvarnos por la muerte del Señor, la cual parecía increíble antes que sucediera, y requería para llevarse a cabo una indecible e incomprensible caridad. Mas ya, una vez realizada, lo demás es, como suele decirse, coser y cantar; porque *ella es la solución de todas las dificultades*. Porque siendo ya amigos suyos, no hace falta que muera. Pues quien de tal modo amó y perdonó a sus enemigos, que no perdonó a su Hijo, sino que lo entregó a la muerte por ellos, ¿va a desampararnos ahora, cuando no hay ya necesidad de que su Hijo sea entregado?

Porque dos cosas pueden impedir que uno te dé la saludí o que no quiera, o que aunque quiera, muchas veces no puede; mas con Dios nada de eso sucede, pues de que quiere, la prueba al canto: nos dio a su Hijo; y que puede, bien lo mostró justificando a los pecadores. ¿Qué impide, pues, la consecución de los bienes futuros? Nada, absolutamente nada.

Luego, además, para que no te sonrojes y afrentes al oír pecadores, enemigos, flacos y cobardes, impíos oye lo que dice: *Y no sólo eso, sino que también nos gloriamos en Dios por Nuestro Señor Jesucristo, por cuyo medio hemos obtenido ahora la reconciliacion* (11). ¿Qué quiere decir aquella palabra: *Mas no sólo eso?*– Que no solamente hemos alcanzado la salvación, dice, sino que nos gloriamos de lo mismo que a alguno pudiera parecer motivo de abochornarnos y avergonzarnos. Porque el que, abrumados bajo el peso de tanta malicia y culpas tantas, haya querido, no obstante, salvarnos, prueba es evidente del amor que nos tuvo el que nos salvó. Porque no por medio de ángeles, no de arcángeles, sino por su Unigénito Hijo nos dio la salvación. De forma que no sólo el haber dado la salvación, sino el haberla dado a tales sujetos, y por medio de su Unigénito, y no sólo por su Unigénito, sino a costa de su sangre y de su vida, todo esto nos labra mil coronas de honor y de gloria. Pues no hay cosa que así contribuya a excitar en nuestros ánimos la esperanza, el gozo y la gloria, como el estar ciertos de que Dios nos ama y de que nosotros le

amamos. Esto es lo que hace refulgentes y gloriosos a los ángeles, esto a los principados y potestades, esto es cosa mayor que el reino. Por eso Pablo lo prefería al reino; por eso también llamo yo bienaventuradas a las incorpóreas Potestades, porque lo aman y obedecen en todo. Por esto las alababa y admiraba el Profeta diciendo: *Poderosos en fortalecer, que cumplís sus órdenes, pronto a la voz de su palabra* (Ps. 192, 20). Por esto celebra y encomia Isaías (6, 2) a los serafines y su gran virtud, poder y gloria, porque estaban ante aquel solio elevado y sublime de inmensa gloria, evidente señal de dilección eximia.

PARENESIS

4. Imitemos, pues, también nosotros a aquellas soberanas Potestades, y procuremos no sólo estar cerca de aquel solio, sino también que habite en nuestras almas el que en él se sienta. Porque El amó a los que le odiaban y continúa amándolos: pues *hace salir el sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos* (Mt., 5, 45). Ama, pues, tú al que te ama; porque te ama, sí.– Pues ¿cómo dirás, el que nos ama nos amenaza con penas y suplicios y con el mismo infierno?– Por eso precisamente, porque nos ama; pues contando así y atajando la malicia, y reprimiendo con el terror, con poderoso freno, los malos y perversos ímpetus, no deja piedra por mover, ya con promesas, ya con amenazas, para detener a los mortales que, cual caballos desbocados, se lanzan impetuosos a las profundas simas de los vicios, atrayéndolos a Sí y apartándolos de la perversidad y malicia, cien veces peor que el mismo infierno.

Mas si te ríes de todo lo dicho y prefieres continuar encenagado en el vicio, a sufrir un trabajo y aflicción brevísima, no lo extraño, ésa es tu alma, aviesa, desarreglada y torcida; señal es de embriaguez crónica, de enfermedad endémica e incurable.

Símil.– Pues también los niños, cuando ven quemar y sajar al cirujano, rehúyen, cejan y recalcitran, gimiendo y llorando a lágrima viva, arañándose y mesándose los cabellos, y prefieren sufrir perpetuamente sus llagas, tumores y postemas, a soportar el dolor de un momento y recobrar la salud. Mas las personas juiciosas saben que es más grave y pesado estar enfermo, que sufrir una momentánea opera-

ción quirúrgica; así también el ser malo es peor que el ser castigado; porque esto es curarse y gozar luego de perfecta salud, y aquello eternizarse es la enfermedad.

Ahora bien, que la buena salud es preferible a la enfermedad, nadie lo ignora; así como los ladrones son más dignos de lástima cuando horadan y allanan la casa ajena, y roban y matan, que cuando son traspasados por el hierro del verdugo. Porque si es mejor el alma que el cuerpo, en lo cual no hay duda ninguna, muerta ella por la culpa, hay mayor razón para llorar y gemir; y si ella no lo siente así, tanto es más digna de lástima. Por lo mismo los enredados en amores impuros son más dignos de compasión que los que son presa de fiebre; y asimismo los borrachos, más que los puestos a cuestión de tormento.

Mas dirás: Si aquellas cosas son más graves y molestas, ¿por qué las preferimos a éstas?– Porque tal es la enfermedad humana: la mayor parte, conforme al proverbio, prefieren lo peor, dejando a un lado lo que saben ser mejor. Y es cosa que acaece también en los manjares, en el género de vida, en las rivalidades y envidias, en los placeres, en las mujeres, en las casas, en los esclavos, en los campos y en todas las demás cosas. Porque dime, ¿no es más gustoso juntarse con hembras que con varones, o con mujeres que con animales? Y, no obstante, hay muchos que se juntan con brutos, o afean los cuerpos de los varones, a pesar de que las cosas que son según naturaleza son más gustosas que las que son contra ella.

Mas tal vez dirás: Hay muchos que tienen por apetecibles cosas ridículas, ásperas, execrables y dignas de castigo.– Pues por eso mismo son más miserables y desgraciados, porque perdido y transtornado el juicio, tienen por bueno y deseable lo que, en realidad es detestable y malo. Mas no es como ellos juzgan, sino muy al contrario. Porque si el suplicio impuesto por los delitos fuera malo, seguramente que Dios no habría añadido males a males, haciendo así a los hombres cada vez peores. Pues haciendo, como hace, todo lo posible para acabar con la malicia y con el vicio, no iba él mismo a fomentarlo y aumentarlo. Luego el castigo no es un mal para el delicuente, sino que lo que es malo para él es el no ser castigado, del mismo modo que para el enfermo el no curarlo.

No hay cosa tan mala y perniciosa como los apetitos absurdos y desordenados; y cuando digo absurdo entiendo el apetito desordenado

de delicias y placeres, de vana e inmerecida gloria, de triunfar y mandar y de todas las demás cosas innecesarias. Pues el que lleva una vida desenfrenada y muelle parece el hombre más dichoso y feliz del mundo; pero, en realidad, es infelicísimo y sumamente miserable y digno de lástima, pues entrega el dominio y señorío de su alma a unas tremendas amazonas de una crueldad y tiranía indecibles (= las pasiones).

Esta fue la razón por que Dios quiso que esta vida fuera un tejido de trabajos y miserias, para librarnos de esta ominosa esclavitud de las pasiones y trasladarnos al reino de la libertad pura y sincera; para esto amenazó al pecado de muerte eterna y otros castigos, y sembró de trabajo nuestra vida, enfrentando la molicie.

Repara lo que acaeció a los judíos: cuando estaban condenados a manejar el barro y fabricar ladrillos en Egipto, eran: buenos, religiosos y mansos, y recurrían suplicantes a Dios con mucha frecuencia; mas luego que se vieron libres del cautiverio, se hicieron murmuradores y rebeldes, irritaron mucho a Dios y atrajeron sobre sí los rayos de la ira divina.

Pero ¿qué me dice usted de los que tantas veces ha extraviado y perdido la tribulación?– Que no fue eso obra de la tribulación, sino de ellos. Es como si uno toma una muy activa medicina que tiene virtud y eficacia de sobra para limpiarlo y curarlo, mas su estómago no la admite, sino que se estraga y se arruina con ella; nadie atribuirá el mal efecto al específico, sino a la mala disposición del estómago flaco y enfermo. Pues a quien los trabajos arruinan, mucho más lo estragaría la desidia: porque si, estando amarrado (que esto es la tribulación y la aflicción), tiene aún muchos tropiezos y caídas, andando, a su talante, suelto y libre, ¿qué no hiciera? ¿No diera mil traspiés y mil caídas mucho más graves.

Pero dirás: ¿Cómo me las compondré para no dar al través en las tentaciones, adversidades, miserias, calamidades y desdichas?– Pensado que, quieras o no, las tienes que sufrir; mas que si las llevas en paciencia y dando a Dios gracias, alcanzarás muy grandes premios; mientras que si, por el contrario, te consumes de tristeza y dejas escapar maldiciones y blasfemias, lejos de aligerar la cruz, la haces mucho más grave y más molesta.

Teniendo presentes estas advertencias, hagamos de la necesidad virtud. Hoy, por ejemplo, pierdes un hijo generoso y noble, mañana,

la hacienda entera; si consideras que eso es cosa inevitable, pero que de talas calamidades, a las que es imposible sustraerse, se pueden coger frutos magníficos, sufriéndolas generosamente y, en lugar de blasfemar, das a Dios muy rendidas gracias, así, todos esos males y desgracias; acaecidas sin culpa ni voluntad tuya, se te convierten en magníficos obsequios que, ofrecidos a Dios de lo íntimo del corazón, son una riquísima mina de merecimientos para el cielo. ¿Has visto a la muerte arrebatarte un hijo en la flor de la edad_ Di: *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó* (Job., 1, 21). ¿Has visto venirse a tierra tu hacienda?–Di: *Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré a él.* ¿Has visto a los malos gozar de prosperidad, y a los buenos afligidos de mil males, y no alcanzas la causa?–Di: *Como un jumento era yo para ti, pero estaré siempre contigo* (Ps., 72, 23).

Mas si porfías en indagar la causa, piensa que tiene Dios decretado el día en que ha de juzgar al orbe, y así desaparecerán todas las dudas y dificultades: pues entonces recibirá cada cual su merecido, como Lázaro y el rico avariento. Acuérdate de los apóstoles. Pues ellos, azotados, expulsados y atormentados de mil maneras, se alegraban de haber tenido la suerte de padecer que el nombre de Jesús. Así también tú, si padeces alguna enfermedad o agotamiento, súfrelo con valor y dando gracias a Dios, y recibirás el mismo premio.

Pero, ¿cómo podré, aquejado de la enfermedad y los dolores y hecho una pura llaga, darle gracias a Dios?–Amándole sinceramente y con toda tu alma. Pues si los tres niños, en medio de las llamas del horno babilónico, y otros muchos encadenados en tétricas y tenebrosas cárceles, no cesaron, sin embargo, de dar gracias a Dios; mucho más podrán hacerlo los aquejados de alguna molesta enfermedad.

Porque no hay cosa, no, que el amor no venza, y si ese amor es el amor de Dios, entonces es más levantado y sublime que todas las cosas: ni el hierro, ni el fuego, ni la pobreza, ni la enfermedad, ni la muerte, ni cosa alguna parecerá pesada y grave al que está abrasado de este amor, sino que se reirá de todo eso y volará al cielo, encendido en el mismo fuego en que se abrasan los serafines.

No mirará otra cosa; no el cielo, no la tierra, no el mar, sino únicamente la soberana hermosura de aquella inmensa gloria. Y así ni podrán abatirle los trabajos y aflicciones de la presente vida, ni engreírle sus delicias y prosperidades. Amenos, pues, este amor, que no tiene par, tanto a causa de lo presente como de lo futuro; y más aún

por la naturaleza misma del amor. Pues así nos libraremos de los suplicios de esta y de la otra vida, y alcanzaremos y gozaremos el reino eterno.

Por lo demás, ni el librarnos del infierno, ni el conseguir el reino es cosa grande, si se la compara con lo que vamos a decir: tener a Cristo por nuestro amante y nuestro amado. Porque si entre los hombres este amor mutuo, esta amistad sobrepuja y es preferible y superior a todo deleite, cuando la amistad y el amor mutuo es con Dios, ¿qué ingenio, qué lengua podrá explicar la dicha y felicidad de un alma así?– No hay entendimiento que tal pueda; sólo la experiencia nos lo hará comprender.

Para aprender, pues, por experiencia, esta espiritual alegría, esta dichosísima vida, este tesoro de infinitos bienes, dejadas todas las otras cosas, abracemos este amor, para alegría nuestra y gloria de nuestro amado Dios; porque a El es la gloria y el imperio junto con su Unigénito y su Espíritu Santo ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA X (5, 12-6, 4)

Análisis

San Pablo, después de habernos dicho que hemos sido justificados por la muerte del Hijo de Dios, nos enseña cómo entró la muerte en el mundo. Todos han pecado en uno solo, y su desobediencia ha sujetado a la muerte, aun a los que no comieron el fruto prohibido. Este es el objeto del raciocinio del Apóstol. Pónenos delante el mal que un solo hombre nos causó, y el bien que hemos recibido, también de un solo hombre; para que si los judíos nos preguntan cómo ha podido salvar a todo el mundo la justicia de Cristo, nosotros, a nuestra vez, le preguntemos cómo ha podido la injusticia de Adán condenar a todo el mundo.

Lo cual no quiere decir que haya proporción entre el pecado y la gracia; al contrario, hay una diferencia infinita. Por tanto, si el pecado de un hombre ha sido de tanta consecuencia, ¿ por qué no la ha de tener la gracia mayor aún?

La muerte fue consecuencia del pecado y es para nosotros una necesidad ineludible; pero si somos prudentes y avisados, lejos de causarnos perjuicios; será fuente de muchos bienes; porque el que se reconoce mortal, evita el pecado, reprime sus pasiones y guarda en todo moderación y templanza. Además, ¿no fue la muerte la que consagró la memoria de Abel?; ¿la que probó la virtud de Abraham en el sacrificio de su hijo?; ¿la que coronó la vida de San Juan Bautista?; ¿la que eternizó la gloria de los tres niños del horno, y la de Daniel? :¿la que ciñó las sienes de los Mártires de diademas de radiante gloria?; ¿la que sublimó a los Apóstoles a los más altos tronos del Cielo?

Si el pecado nos arrebató la vida temporal, la gracia nos comunica la eterna, cuyo autor es Jesucristo.–Pues si eso es así, decían algunos, pequemos más y más, para que brille y resplandezca más la gracia–. Mas Pablo refuta esta falsa consecuencia demostrando que, una vez muertos al pecado por la gracia, debemos vivir, de tal suerte que, por más fuerza que contra nosotros haga el pecado, perseveremos firmes, resistiendo a todos sus ataques y prosi-

guiendo, sin descaecer en la vida nueva en que hemos entrado por medio del bautismo.

¡Volver de nuevo apenas recibido éste a los antiguos vicios, y pasar, por decirlo así, de la florida juventud de la gracia a la vejez del pecado! Sería abatir más al alma con la culpa, que abate y encorva la vejez el cuerpo de un anciano.

De esa manera cae la pobre alma en una relajación y disolución tan triste, que no hay en ella un vigoroso arranque ni un pensamiento levantado; todos sus discursos y razonamientos, toda su vida, todas sus delicias quedan reducidas a bagatelas y niñerías; mientras que el alma del justo, por el contrario, está siempre dispuesta a combatir al enemigo.

San Crisóstomo propone a los que se convierten la inefable bondad de Dios retratada en el padre del hijo pródigo. Emprended –les dice– el retorno a vuestro Padre. Poneos en marcha y desaparecerán todas las dificultades. Cesad de pecar y de alejaros más y más, y progresaréis mucho en vuestro retorno. Si os vencéis los dos primeros días, el tercero será mucho más fácil absteneros de pecar, y cada día tendréis menos dificultad en vencer al enemigo y la mala costumbre inveterada. Mientras más se avanza en este camino, más fácil es; y al fin de él se encuentra un gozo inexplicable, representado por el regocijo de la casa del pródigo y la sinfonía y el festín que se celebró a causa de su vuelta.

Por eso, así como a causa de un solo hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte: así la muerte pasó a todos los hombres, porque todos los hombres pecaron (5, 12).

1. Así como los buenos médicos indagan con sumo cuidado y diligencia la causa y raíz de las enfermedades, a fin de llegar, en cuanto sea posible, hasta la fuente y origen del mal; así lo hace también aquí el bienaventurado Pablo. Porque, habiendo dicho que nosotros habíamos sido justificados y probándolo por el Patriarca Abraham, por el Espíritu Santo y por la muerte de Cristo (porque si no fuera por justificarnos no hubiera muerto), prueba también su aserto por otro capítulo, es a saber, por los contrarios; por qué causa penetró en el mundo la muerte, y cómo extendió su señorío por todo el orbe. Y ¿cómo fue ello? Por el pecado de uno. Y ¿qué quiere decir *porque todos pecaron?* Qué, caído aquel, todos los hombres, aun los que no comieron de aquel fruto, quedaron sujetos a la muerte. *Porque anteriormente a la ley había pecado en el mundo; mas el pecado no se imputa donde no hay ley* (13). Aquello, *hasta la ley*, hay quien lo entiende "desde Adán hasta Moisés"; esto es, en vida de Abel, de Noé y de Abraham.

–Y ¿qué pecado había entonces?– Algunos responden que el que se cometió en el paraíso; pues todavía no se había extinguido, sino que seguía floreciente su fatal fruto; esto es, la muerte, que nos trajo y seguía ejerciendo su tiránico señorío.– Entonces ¿por qué añade: *El pecado no se imputa donde no hay ley?*– Por la objeción que ponían los judíos añadió, esto, dicen los que opinan y hablan como nosotros; pues, no habiendo pecado donde no hay ley, ¿cómo arrebató la muerte a los que vivieron antes de la ley (Mosaica)?

Mas a mí me parece más conforme con la razón y con la mente del Apóstol lo que voy a decir.– Y ¿qué es ello? Que cuando dijo que el pecado estuvo en el mundo hasta la ley, me parece que quiso decir que el pecado originado de la transgresión dominó en el mudo después de dada la ley, y todo el tiempo que ésta duró; porque dice: No puede existir el pecado cuando no hay ley.

Pero dirás: Si este pecado produjo la muerte por la transgresión de la ley, ¿cómo es que los que vivieron antes de la ley murieron todos? Porque si la muerte trae origen del pecado, y no habiendo ley el pecado no se imputa, ¿cómo es que dominaba entonces la muerte?–

Es, pues, evidente que no es el pecado (personal) que consiste en la transgresión de la ley, sino el pecado de desobediencia de Adán el que lo echó todo a perder. Y ¿cuál es la prueba de esto?– Que antes de la ley morían todos. *Reinó*, dice, *la muerte, desde Adán hasta Moisés, aun sobre los que no habían pecado*. Y ¿cómo reinó?– *A semejanza de la prevaricación de Adán, que es* (tipo) *figura del que había de venir* (14). Pues por eso es Adán tipo de Cristo.– ¿Cómo tipo?– Porque como aquél, a los nacidos de él, aunque no haya comido el fruto, les fue causa de la muerte incurrida por el manjar, así también Cristo a los suyos, aunque no hayan obrado justicia, les granjeó la justificación que nos dio por la cruz. Por eso siempre y en todas partes insiste en esto mismo y lo repite con frecuencia diciendo: Así como por un hombre entró la muerte en el mundo (v. 12), por el pecado de uno murieron muchos (15); y no como por un pecador, así fue el don (16); pues si por el delito de uno (17); y otra vez: Como por la desobediencia de un hombre fueron constituidos pecadores los que eran muchos (19); y no cesa de repetir este *uno:* para que cuando diga el judío: ¿Cómo por las santas obras de solo Cristo alcanzó salvación el mundo?, puedas contestarle: "¿Cómo por la desobediencia de solo Adán se condenó el orbe?"; aunque no hay parecido ni semejanza entre el pecado y la gracia, entre la muerte y la vida, entre el diablo y Dios, sino diferencia inmensa.

Siendo, pues, evidente la sobreabundancia de la redención de Cristo, por la naturaleza misma de la cosa, ya por el poder del que la tomó a su cargo y le dio cima, ya por el decoro y gloria divina, pues es más propio y más honroso a Dios el perdonar que el castigar *(Deus cui propium est miserei semper et parcere.* Orac. de la Iglesia), ¿qué razón puedes alegar para no creer?

Pues que lo hecho esté fundado en muy buena razón lo demuestra diciendo: *Mas no es el don cual fue el delito; pues si por el delito de uno mueren todos, mucho más copiosamente se ha derramado sobre todos la misericordia y el don de Dios por la gracia de un solo hombre, Jesucristo* (15). Esto es, si fue tanto el poder y eficacia del pecado, y pecado de un solo hombre, ¿cómo no ha de sobrepujarlo, y con mil tantos, la gracia, y gracia de Dios, y no sólo de Dios Padre, sino también de Dios Hijo, pues es cosa tan razonable y justa? Porque sufrir uno penas y castigos por otro no parece justo y equitativo; mientras que ser uno dado por libre y salvo por cara de otro es cosa

más decorosa y conveniente. Luego si se hizo aquello, mucho más esto.

2. Mas ya, que esto sea decoroso y congruente, con lo dicho lo dejó ya probado; pues, demostrado aquello, fácilmente se admitía esto; mas, que sea también necesario, lo prueba por lo que a continuación dice.– Pues ¿qué es lo que dice?– *Y no fue la dádiva como el pecado de un solo culpado; pues la condenación nos vino de un solo pecado; mientras que la dádiva* (de Cristo), *después de destruir muchos delitos, culmina en justificación* (16). ¿Qué nos enseña aquí?– Que un pecado tuvo la triste eficacia de traernos la muerte y la condenación; mas la gracia borró y destruyó no sólo aquel, sino todos los que después se cometieron. Pues para que no creas que las partículas *así y como* denotan igualdad entre males y bienes, y al oír el nombre de Adán, fueras a figurarte que sólo destruyó el pecado por él cometido, dice que Cristo los borró y canceló todos.– Y por eso, ¿cómo se prueba?– Porque, después de los infinitos pecados que a aquél han seguido, ha venido a rematar todo el negocio en la justificación. Y en donde reina y florece la justicia, allí está la vida, allí el cortejo de incontables bienes; y en donde está el pecado, allí está la condenación y la muerte.

La justicia raíz de la vida.– Porque la justicia es más que la vida, pues es su raíz. Ahora bien, que hayan sobrevenido innumerables bienes, y haya sido destruido no sólo aquel pecado, sino todos los demás, lo declara diciendo: *La gracia, partiendo de muchos delitos, acaba en justificación.* De donde también se deduce que la muerte queda arrancada de raíz.

Resta probar lo segundo que dijo ser mayor que lo primero, pues lo primero que dijo fue que, si el pecado de uno entregó a muchos a la muerte, con mucha mayor razón podrá salvarlos la gracia de uno: luego mostró que la justicia no sólo destruyó aquel pecado; sino todos los demás; y que no sólo limpió las manchas de las culpas, sino que, además, nos dio la justicia; y que no nos aprovechó Cristo solamente tanto cuando Adán nos había perjudicado, sino incomparablemente más. Habiendo, pues, afirmado tantas cosas, se necesitaban también mayores prueba. Y, ¿cómo las da? *Porque si por el delito de uno reinó la muerte por causa de él solo, mucho más los que reciben la sobreabundancia de la gracia y el don de la justicia, reinarán en la*

vida por un solo, Jesucristo (17). Esto es, ¿qué es lo que armó a la muerte contra todo el mundo?– El haber comido un solo hombre del fruto velado. Si, pues, la muerte recibió tanta fuerza de un solo delito, habiendo habido muchos que recibieron una gracia y una justicia mucho mayor que aquel pecado, ¿cómo podían permanecer todavía bajo el poder y señorío de la muerte? Por eso aquí no dijo gracia, sino *sobreabundancia de gracia*. Pues de aquella gracia hemos recibido no solamente lo necesario para borrar el pecado, sino mucho, muchísimo más.

Enumeración.– Porque por ella nos libró el Señor del suplicio, nos desnudó y limpió de toda malicia y, sepultado el hombre viejo, nos regeneró y resucitó a nueva vida; nos redimió y santificó, nos hizo hijos adoptivos, nos justificó y nos hizo hermanos y coherederos suyos; más, su cuerpo y su carne, uniéndonos a Sí como el cuerpo a su cabeza.

A todas estas cosas llamó Pablo *abundancia de gracia*; mostrando que no sólo recibimos una medicina eficaz y acomodada a nuestra enfermedad, sino salud completa, hermosura, honor, gloria y dignidades que superan con mucho nuestra naturaleza. Cosas tales, que cada una de por sí bastaba para matar y destruir la muerte, y juntas, la arrancan tan de raíz, que no dejan ni rastro de ella.

Símil.– Es como si un acreedor lanzara a la cárcel a un deudor, porque no le pagaba la exigua cantidad de veinte pesetas; y no sólo a él, sino también a su mujer, hijos y criados por causa suya, y llegase uno y le diera, para librarlo de su angustiosa situación, la enorme suma de diez mil talentos de oro (= unos 670 millones de pesetas), instalándolo además en regios alcázares, y elevándolo a un excelso solio, le hiciera partícipe del supremo esplendor del imperio; a la vista de tanta riqueza y magnificencia, ¿se acordaría, por ventura, el acreedor de su préstamo de veinte pesetas? Así ha sucedido con nosotros.

Porque Nuestro Señor Jesucristo pagó muchísimo más de lo que nosotros debíamos, y tanto más cuanto el inmenso piélago excede a unas gotas de agua. Al ver, pues, tan inmensa riqueza, rechaza, ¡oh hombre, toda duda, y no preguntes cómo se ha apagado aquella chispita de muerte y de pecado al caer sobre ella la inundación de tan inmenso mar de dones y carismas! Lo cual indicó Pablo diciendo: *Los*

que recibieren la sobreabundancia del don y de la justicia, reinarán en la vida: y una vez claramente demostrado esto, vuelve al primer silogismo y lo confirma repitiendo: Si por el delito de aquel fueron castigados, ¿cómo no han de ser justiciados por Cristo? *Por consiguiente, así como por el delito de uno solo recae sobre todos los hombres la condenación, así también por la obra de justicia de uno solo vino a todos los hombres las justiciación de su vida* (18).

Y sobre esto vuelve otra vez a la carga diciendo: *Pues así como por la desobediencia, de un solo hombre fueron todos constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo serán hechos todos justos.* Palabras son éstas que parecen engendrar una muy gran dificultad. Mas, si bien se considera, quedará fácilmente resuelto.– Pero ¿cuál es la dificultad?– Que dice que, por la desobediencia de uno, quedan hechos pecadores muchos. Porque, al pecar aquel y quedar hecho mortal, queden también hechos tales los que de él nacen, no es cosa inverosímil; mas, que por la desobediencia de aquel, se hagan otros pecadores, ¿qué razón hay para tal cosa?; pues parece que no debe pagar uno la pena si no toma por sí mismo parte en la culpa.

3. ¿Qué significa pues, aquí aquello: *Pecadores*? Según mi parecer, sujetos al suplicio y condenados a muerte. Por eso que, muerto Adán, hayamos quedado todos hechos mortales, lo demuestra clara y abundantemente; mas lo que se pregunta es por qué se hizo tal cosa. Y eso no lo dice, porque no era *ad rem*: puesto que la disputa era contra el judío que duda de la justicia derivada a todos los hombres de uno solo, burlándose de ella. Por eso, después de demostrar que el suplicio se derivó de uno a todos los hombre, no añade por qué se hizo así, pues no le gusta decir cosas superfluas, sino insistir en las necesarias. Pues a tratar de esto no le obligaba más que al judío la ley de la disputa. Por eso dejó sin revolver la cosa.

Mas si alguno de vosotros pregunta la causa, contestaremos que a nosotros, si somos juiciosos, y sabemos aprovecharnos de ella, no nos ha traído perjuicio alguno esta condenación, sino antes grandes provechos el estar sujetos a la muerte. Y primeramente para que, viviendo en un cuerpo mortal (y que pronto morirá por tanto) no pequemos. Segundo, para que de aquí saquemos innumerables enseñanzas saludables. Porque la muerte nos enseña a guardar moderación en todo, a vivir con gran templanza, a refrenar nuestras pasiones y abstenernos de toda maldad.

Además de ésto, y aun antes que ésto, nos trajo muchos bienes. Porque ¿de dónde nacieron las coronas de los mártires, de dónde los galardones de los Apóstoles? Así se santificó Abel, así Abraham con el sacrificio de su hijo, así Juan, matado pro su amor a Cristo, así los tres niños y así Daniel. Y es así que, si nosotros queremos, ni la muerte ni el mismo diablo podrán causarnos daño alguno.

A lo cual puede añadirse que la inmortalidad nos está aguardando y, después de una breve corrección, entraremos en la posesión y goce de los eternos bienes, después que en esta vida, como en un aprendizaje, hayamos sido enseñados, impuestos y preparados para la consecución de aquella inefable felicidad, por medio de enfermedades, pruebas, tentaciones, pobrezas y otros semejantes ejercicios.

La ley aumentó la enfermedad y las caídas.– Pues y la ley ¿no puso remedio a tanta miseria? Después de mostrarnos al orbe condenado por culpa de Adán y librado del suplicio por Cristo, indaga oportunamente acerca de la ley, deprimiendo y rebajando la opinión que de ella tenían. Pues no sólo no aprovechó ni ayudó nada, sino que, al entrar ella en funciones, se aumentó y agravó la enfermedad. Aquel *ina* (=ut) no denota aquí la causa o fin, sino el evento. Porque no se dio la ley para que abundara el pecado, sino para disminuirlo y acabarlo; y si acaeció lo contrario, no fue por la naturaleza de la ley, sino por la malicia de los que la recibieron.

Mas ¿por que no dijo, se dio la ley, sino (sobrevino, se introdujo a hurtadillas, se atravesó) se metió de por medio la ley? Para dar a entender que su vigencia era cosa provisional y peculiar de aquel pueblo y que no era la maestra principal. Lo cual enseña también, aunque de otra manera, en la *carta a los Gálatas: Antes de venir la fe estábamos como encerrados bajo la guarda o custodia de la ley hasta recibir la fe que había de revelarse* (Gal., 3, 23). Así es que la ley guardaba el rebaño, mas no para sí, sino para otro. Pues como los judíos eran un pueblo grosero, disoluto, arrogante y engreído con los mismos dones que, con preferencia a otros muchos, había recibido de Dios, por eso se les dio la ley, para que los metiese en cintura y corrigiese más fuertemente, enseñándoles con toda claridad el lamentable estado en que se encontraban y aumentando la acusación, los constriñese más.

Pero no temas, pues no se hizo eso para que creciese el suplicio,

sino para que brillase más la misericordia y la gracia. Por eso añade: *Mas donde creció el pecado sobreabundó la gracia*. Y no dice: Abundó, sino: *sobreabundó la gracia*. Porque no sólo nos libró de los suplicios, sino que nos perdonó los pecados, nos dio la vida y otros muchos beneficios, que ya otras veces hemos señalado; como si a un calenturiento no sólo le librase de la fiebre, como libró a la suegra de Simón Pedro (Lc., 4, 39), sino que le diese completa salud y hermosura, haciéndole al mismo tiempo fuerte, honrado y estimado de todos; o a un hambriento no sólo lo alimenta, sino que lo enriqueciera y elevara a un alto puesto.

Pero dirás: ¿Cómo creció y abundó el delito?– Porque eran muchas las prescripciones de la ley, y todas ellas las traspasaron. ¿Ves ya la gran diferencia entre la gracia y la ley? La ley vino a ser aumento de condenación; la gracia fue redundancia de beneficios y dones.

4. Después de encarecer el inmenso amor de Dios hacia nosotros, busca de nuevo el origen y raíz de la muerte y de la vida. ¿Cuál es, pues, la raíz de la muerte?– El pecado. Por eso dijo: *a fin de que así como reinó el pecado por la muerte, así reine también la gracia por la justicia para la vida eterna por Jesucristo Nuestro Señor* (21). Con lo cual nos enseña que el pecado es como el rey, y la muerte como el soldado armado por él y a su mandar. Luego si el que armó la muerte fue el pecado, es evidente que la justicia, que lo borra y destruye, y se nos da por la gracia, no sólo desarme a la muerte, sino que la mata y aniquila, acabando en un punto con su reino; porque su imperio es más poderoso que aquel, como que no es cosa de hombres ni de demonios, sino cosa puesta y establecida por Dios mediante la gracia, y que levanta nuestra vida a un fin mejor, más alto y excelente, a un bien infinito, pues nunca tendrá fin; para que por aquí vengas en conocimiento de una cosa mayor. Pues el pecado nos arrojó y echó de la vida (temporal) presente; mas vino la gracia y nos dio, no la presente, sino la futura, inmortal y eterna.

Todo esto nos lo ganó Cristo. No dudes, pues, de la vida, teniendo la justicia, que es mayor que la vida, pues es madre de ella.

¿Qué diremos, entonces? ¿Permaneceremos en el pecado para que la gracia (se acreciente) *abunde? De ninguna manera* (61). De nuevo pasa a la exhortación moral, no introduciéndola ex profeso y a cosa hecha como asunto principal, pues así parecería a muchos cargante y molesta, sino como enseñanza nacida de los mismos dogmas

que va explicando. Pues si en sólo variar de materia cuidaba mucho de que éstos no se molestasen (y a esta causa decía: *Con algún atrevimiento os escribí parte de lo dicho)* (Rom., 15, 15), a no hacerlo así, les hubiera causado fastidio y enfado.

Habiéndole, pues, mostrado el grandísimo beneficio que les hizo Cristo curándoles sus graves y enconadas llagas, y viendo que algunos necios tomaban el rábano por las hojas diciendo: Continuemos, pues, pecando, para que brille más y más la misericordia y la gracia; a fin de que no repitieran ni pensaran semejantes locuras, mira cómo hace trizas su objeción: primero detestando y abominando cosa tan sin juicio y diciendo: *Líbrenos Dios*, frase que suele usar en los casos y cosas que todos reconocen por absurdas; y en segundo lugar aduciendo un argumento irrefragable.– ¿Cuál?– *Los que hemos muerto al pecado ¿cómo vamos a seguir aún viviendo en él?*– Y ¿qué es eso de *hemos muerto* (6, 2).– ¿Que por causa de él hemos recibido sentencia de condenación?– o más bien que, recibida la fe y la iluminación (= el bautismo), ¿hemos quedado completamente muertos a él?; y esto segundo es sin duda lo que hemos de entender, como se ve por lo que sigue.

Y ¿qué cosa es *estar muertos al pecado?*– No hacer ya caso de él en nada. Porque esto hizo ya una vez para siempre el bautismo: dejarnos del todo muertos al pecado. Es, pues, preciso poner sumo empeño en permanecer perpetuamente y con toda asiduidad en esta vida divina, en tal manera que, aunque mil veces te solicite el pecado y te mande que lo obedezcas volviendo a las andanzas, le resistas siempre inmoble, a la manera que un muerto no vuelve más a su antigua vida.

El mismo Pablo dice en otra parque que el pecado está muerto (Cf., 7, 6); más allí dice esto, para inculcarnos que es fácil triunfar en las luchas por mantener la virtud; aquí, en cambio, como su intento es guiar al oyente, traspasa la muerte a él mismo.

Luego, como aquella frase era oscura, la explica empleando un lenguaje más vehemente y enérgico diciendo: *¿O es que ignoráis, hermanos, que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús, en su muerte hemos sido bautizados? Con El hemos sido sepultados por el bautismo, para participar de su muerte*. ¿Qué significa aquello: *En su muerte hemos sido bautizados?* (3, 4).– Que hemos de morir como el. Porque la Cruz es un bautismo. Lo que a Cristo fue la Cruz y el sepulcro, eso es para nosotros el bautismo, aunque no en las mismas

cosas, porque el murió y fue sepultado en su carne, y nosotros morimos y fuimos sepultados al pecado. Por lo cual no dijo: *Injertados en El* por la muerte, sino: *Por la semejanza de la muerte*. Puesto que muertes, ambas lo son: mas no del mismo sujeto: que la que en Cristo se realiza es la de la carne; en nosotros, la del pecado. Verdaderas muertes ambas lo son; mas, aunque también la nuestra es verdadera, es preciso que pongamos de nuestra parte lo que nos toca; y por eso añade: *Para que como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en una nueva vida.* Aquí en el empeño que hemos de poner en esta nueva vida recta y santa, indica nuestra espiritual resurrección.– ¿Cómo?– ¿Has creído que Cristo murió y resucitó? Pues cree también lo mismo en cuanto a ti toca, ya que esto es semejante a aquello, porque también a ti pertenece la cruz y el sepulcro. Pues si has participado con El en la muerte y en la sepultura, mucho más en la resurrección y en la vida. Destruido ha quedado ya el enemigo mayor que es el pecado; no hay pues duda alguna de la destrucción del menor, que es la muerte.

Parte parenética o exhortaria.– Mas Pablo entre tanto deja esto a la consideración de los oyentes y propuesta la resurrección futura, nos exige otra resurrección.– ¿Cuál?– Una nueva norma de vida, una gran mudanza de costumbres en la vida presente. ¿No es, por ventura, una verdadera resurrección que el fornicario se haga casto, limosnero el avaro y suave y manso el hombre áspero e intratable?– ¿No es esta resurrección un preludio de la futura?– Y esa resurrección, ¿cómo la haremos?– Que muera el pecado y viva la justicia, borrón y cuenta aparte; fuera la vida vieja, y florezca vigorosa la nueva y angélica. Mas al oír nueva prepárate a realizar un cambio radical y magnífico.

5. El pecado trae consigo la vejez y la decrepitud. Mas en amarguísimas lágrimas y en profundos gemidos me deshago al contemplar la alteza de perfección que Pablo nos exige, y la inmensa cobardía e indolencia nuestra, con que después de la renovación del bautismo, volvemos a la senectud antigua, y después de haber gustado el celestial maná, hambreamos de nuevo los ajos y las ollas de Egipto. Diez o doce días ha pasado, no más, de nuestro bautismo, y ya tornamos otra vez al vómito. Mas no son diez días los que Pablo nos pide para ejercitarnos en esta divina vida, sino todos los que el Señor nos

diera para habitar en este triste valle de lágrimas y miserias. Y nosotros ¿qué hacemos?– Volver a las andadas, después de haber recibido de la gracia juventud tan bella y florida, y crearnos una triste y desventurada decrepitud con nuestros vicios y pecados. Porque el amor del dinero, la esclavitud de las desenfrenadas pasiones y, en una palabra, todo pecado enerva y envejece al pecador; *y lo que va ya perdiendo el vigor y envejeciéndose, cerca está de su destrucción y ruina* (Hebr., 8, 13). Porque no deshace y consume tanto al cuerpo el tiempo, como enerva, marchita y enflaquece al alma el pecado, derribándola en un punto de su antigua dignidad y haciéndole perder su esplendor y hermosura. ¿Cuál es entonces su vida? ¿Cuáles sus sueños y aspiraciones? ¿A qué viene a quedar reducida?– A una insulsez y frivolidad extrema, entretenida en necedades y tonterías, en conversaciones y cuentos sin sustancia: no otra cosa hablan los viejos decrépitos, que, consumidos por los años, a todas horas chochean y deliran. ¡Qué horror es ver a esos pobres viejos atacados de crónicos catarros, despidiendo continuamente mucosidades y flemas, desmemoriados y estúpidos, legañosos, huidos y aborrecidos de todos, y fácil presa del común enemigo! Pues cosa parecida pasa a las almas de los pecadores.

En cambio, las de los justos viven en perpetuo vigor, juventud y frescura: robustos, valientes, y siempre prontos a luchar a brazo partido con el enemigo; mientras que las almas pecadoras débiles, flacas y sin fuerzas, al más pequeño soplo se van a tierra derribadas y maltrechas. Lo cual declaró el Profeta diciendo: *Los impíos son como el tamo que arrebata el viento* (Ps., 1, 4). ¡Hasta tal punto son mudables, y versátiles como veletas, y fácil conquista para el enemigo los que pasan sus días encenagados en el vicio! Porque, como viejos decrépitos, ni tienen vista clara, ni oído fino, ni habla articulada y perfecta; además se quejan y sollozan sin cesar y escupen a troche y moche. Y ojalá que fuera siempre saliva, que todavía sería cosa aguantable; pero no, sino que muchas veces vomitan palabras más podridas y hediondas que el cieno; y, lo que es aún más asqueroso, ni siquiera son capaces de despedir los esputos y las flemas de esas feas y asquerosas palabras, sino que, recibiéndolas en la mano, desmenuzan aquellos densos y espesos gargajos. Tal vez habréis oído esta narración con náusea y asco; pues ¿cuánto más asco os hubiera causado si vierais y oyerais tal horrura? Porque si al cuerpo lo hacen esos vicios tan

abominable y asqueroso, ¿cuánto más no afearán al alma?

Tal era aquel adolescente que, después de disipar toda su hacienda viviendo disolutamente, vino a dar en tanta necesidad y miseria, que quedó más flaco y macilento que un mendigo. Pero míralo luego; tan pronto como quiso se hizo otro hombre completamente nuevo: bástole mudar su voluntad, su propósito y disposición mala y perversa. Con sólo decir: *Volveré a mi Padre* (Lc., 15, 18), esta sola palabra le granjeó en un punto todos los bienes. Mas no, no fue sola palabra, sino ejecución pronta y perfecta. Porque decir *volveré* y comenzar su vuelta fue todo uno, y, haldas en cinta, emprende luego y acaba su viaje de regreso.

Hagamos nosotros eso mismo; y aunque hayamos sido deportados fuera de los confines de la patria y a muy lejanas tierras, volvamos a la casa paterna diligentes, y no nos arredren largos y costosos viajes. Pues si nosotros quisiéremos de veras, será fácil y rápido nuestro retorno, con tal que abandonemos la extranjera tierra, que ésa es el pecado que nos arrancó de la casa y el hogar paterno. Abandonémosla, pues, y retornemos a nuestros patrios lares. Porque nuestro padre es amante de su prole, y aunque nos vea desgarrados, flacos y macilentos, no nos depreciará ni nos amará menos, sino más que a los que florecen por su buena y santa vida; como se vio también allí, que dispensó mayor honor el padre al pródigo, y experimentó mayor gozo y alegría por haberlo recobrado.

Mas ¿cómo verificaré yo mi regreso?– Comienza y está hecho todo: cesa de pecar, no prosigas, no pases adelante en ese mal camino, y lo tendrás todo en las manos. Pues así como acaece en las enfermedades, que el no ir adelante y agravarse es hacer crisis y comenzar la mejoría, así sucede también en los vicios y pecados; no pases adelante, y la perversidad y la malicia tendrán fin. Si así lo hicieres por espacio de dos días, al tercero te será más fácil abstenerte, y luego añadirás otros diez días, y veinte y ciento y la vida toda. Pues cuanto más anduvieres, hallarás más fácil el camino, y llegado, por fin, a la meta y a la cumbre, cogerás el fruto de riquísimos bienes.

Que también a la vuelta del pródigo hubo grande fiesta y regocijo, y músicas, y cítaras, y flautas, y danzas, y festines y grandes liberalidades, y muy numerosa concurrencia. Y aquel hombre, que parecía iba a pedir cuentas a su hijo del criminal derroche de su hacienda y de una tan precipitada y prolongada fuga, no hizo nada de esto, sino que

le recibió con los brazos abiertos, como si su conducta hubiera sido intachable y excelente; y no sólo no le dijo ni una palabra de reproche, ni le mentó para nada su pasada vida, sino que, rebosando de gozo, *se arrojó a su cuello, le abrazó y le besó, y dijo a sus criados: Traed pronto la túnica más rica y vestídsela; poned un anillo en su mano y unas ricas sandalias en sus pies, y traed un novillo bien cebado y matadlo, y comamos y alegrémonos, porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida; se había perdido, y ha sido hallado* (Lc., 15, 22, 24).

Con ése y otros ejemplos semejantes, animémonos y cobremos grande aliento y confianza: pues se alegra más al oírse llamar Padre que cuando le llaman Señor, y se goza más de tener hijos que esclavos.

Por esta razón hizo cuanto ha hecho, y no perdonó ni a su unigénito Hijo, para que recibiéramos por la adopción la dignidad de hijos de Dios y le amásemos, no sólo como a Señor, sino también como a Padre; y cuando logra de nosotros esto, se alegra tanto de ello, que lo alaba y preconiza, como si recibiera de ello gran gloria; y, radiante de alegría, va publicándolo por todo el mundo, como si necesitara de nuestras glorificaciones y obsequios el que de nada necesita. Esto hizo con Abraham diciendo repetidas veces: *Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob* (Ex., 3, 6). Pues ¿no son estos siervos suyos los que tenían grandísima razón para gloriarse de tener tal Dios?– Y, sin embargo, es el Señor el que de esto se gloría. Por esto dijo a Pedro: *¿Me amas más que éstos?* (Jn., 21, 15); dando a entender que nada desea ni pide de nosotros tanto como que le amemos. Por esto mandó a Abraham que le inmolara a su hijo, para dar este pregón al mundo entero, como si dijera: Mirad cómo me ama Abraham. Más por otra parte, eso mismo de desear que le amemos mucho, está proclamando altamente al mismo tiempo su eximio amor hacia nosotros. Por eso decía a los Apóstoles: *El que ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí* (Mt., 10, 37).

6. Cuán grande amor exige Cristo de nosotros. El padecer por El es gran ganancia.– Por esta razón, lo que para nosotros es lo más amado y querido de todo, que es el alma y la vida, manda que, en cuanto al amor, la pongamos en segundo lugar; porque El quiere ser amado de nosotros sobre todas y más que todas las cosas. Nosotros mismos, cuando el amor que profesamos a una persona no es muy

grande, no nos curamos mucho de vernos correspondido de ella, por muy alta e ilustre que sea; mas cuando amamos a uno con amor sincero, aunque sea persona insignificante y de poco fuste, ansiamos mucho un retorno de amor. Por eso El llamaba gloria suya, no sólo al ser amado de nosotros, sino también al aguantar y tolerar por nosotros tantas infamias y oprobios. Mas aquellos sufrimientos sólo a causa del amor eran gloria; mientras que los que nosotros soportaremos por El, serán verdadera gloria y llevarán con razón este nombre, no sólo por el amor, sino también por la dignidad, excelsitud y gloria del amado.

Corramos, pues, como a glorísimas coronas, a todos los riesgos y peligros por su amor, y no tengamos por cosa grave y molesta ni la pobreza, ni la enfermedad, ni el trabajo, molestia y cansancio, ni los levantes y calumnias, ni la misma muerte, con tal que todo eso lo suframos por atestiguarle nuestro amor. Porque si somos buenos negociantes y apreciadores de las cosas en su justo valor, estimaremos esto más que las perlas y los diamantes; mas si somos torpes, necios e ignorantes, ni de los más altos honores, ni de la abundancia de riquezas y placeres sacaremos nada.

A ver si caes, por fin, en la cuenta de lo que te conviene: ¿Hay uno que te tiene ojeriza, que te desacredita y molesta, y se te muestra enemigo y adversario de todo?– Ese te está diciendo: Cae en la cuenta de tu gran feria y ganancia; aseméjate a Dios. Amando a ese enemigo serás hijo amadísimo, que llevará en sí la semejanza de su celestial Padre, *que hace salir el sol sobre buenos y malos* (Mt., 5, 45). ¿Hay otro que te arrebata el dinero y la hacienda?– Llévalo con ánimo valiente y generoso, y no sacarás menos fruto que quien lo dé todo al los pobres. *Pues recibiréis* –dice– *con alegría el despojo de vuestros bienes, sabiendo que teníais otra hacienda mejor y perdurable.* (Hebr. 10, 34).

–¿Te ha colmado otro de dicterios, improperios y afrentas?– Sean verdaderas o falsas, valiosísimas coronas te ha tejido si lo sufres de grado. Pues son magníficos los galardones que el calumniador nos proporciona. *Alegraos* –dice– *y regocijaos, cuando os insulten y digan contra vosotros todo género de mal mintiendo, porque grande será en los cielos vuestra recompensa* (Mt., 5, 12, 11); y aun en el caso de ser verdad lo que contra nosotros se dice, es también muy grande el provecho que de ahí sacamos si lo llevamos en paciencia. Porque aquel Fariseo verdades fueron las que contra el publicano dijo (Lc., 18, 11); y de publicano lo hizo justo.

Y ¿a qué proseguir enumerando una por una todas las cosas? Pues cualquiera que quiera recorrer las luchas y combates de Job, puede muy bien en ellos aprenderlo todo.

Por eso decía Pablo: *Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?* (Rom., 8, 13). Por tanto, así como si somos ciudadanos y diligentes, sacamos ganancia hasta de los que nos causan agravio y molestia; así también, si somos indolentes y descuidados, ni por los avisos y documentos de los que bien nos quieren, nos corregimos y mejoramos. ¿No tienes ahí a Judas? ¿Qué le aprovechó la escuela y trato de Cristo? Pues ¿y a los judíos la Ley?; ¿ y Adán el Paraíso?; ¿y a los del desierto Moisés?...

Por tanto, lo que a nosotros nos trae cuenta es disponer bien nuestras cosas. Si así lo hacemos, ni el mismo demonio podrá vencernos nunca jamás, sino que nos será ocasión de grandes ganancias, haciéndonos velar bien despiertos. Así levantó Pablo el espíritu de los Efesios (Ef., 6), ponderándoles su fiereza. Mas nosotros roncamos entregados al más recio y profundo sopor, teniendo que habérnoslas con tan ladino enemigo. Si tú vieras una venenosa sierpe bajo tu cama ¿perdonarías medio de acabar con ella?– Pues no al lado, sino dentro de tu alma tienes, en acecho, al diablo, y ¿creerás que no te amenaza peligro alguno?; ¿y te entregarás a la indolencia y pereza? Y ¿cuál es la causa de esto? ¿Que no lo vemos con los ojos del cuerpo?– Razón de más para que fuera mayor nuestra vigilancia y cuidado. Pues de enemigo visible fácil es precaverse; mas del invisible, si no estás armado de todas armas, no escaparás sano. Especialmente que éste es enemigo artero y solapado, que no acomete de frente, pues de ese modo pronto sería conocido y vendido; sino con trabajos de zapa y con engaño; y muchas veces con cara de amigo, te propina el más activo veneno. ¿Qué hizo con Job?– A su mujer misma le echó para, con capa de amistad, largarle tan pernicioso consejo (Job., 2, 9). ¿Y en el paraíso?; ¿qué hizo con Adán y Eva?– Dándoselas de amigo y protector, como si hiciese el negocio de ellos, les dice: *El día que comiéreis del árbol se abrirán vuestros ojos, y seréis como Dios, sabedores del bien y del mal* (14). (Gen., 3, 5). Asimismo, simulando religión y piedad, persuadió a Jefté (Jud., 11, 30, ss), para que, inmolando a su hija, ofreciese un sacrificio inicuo. ¿Estás viendo sus ardides y asechanzas? ¿No ves sus mil retas y variadísimos ataques? Sé, pues, cauto y ármate de alto a bajo de espirituales armas; aprende bien

su táctica y sus mil máquinas guerreras, a fin de que no pueda cogerte, sino que le cojas y venzas tú a él.

Así lo venció Pablo, entendiendo sus tretas; por eso decía: *No se nos ocultan sus ardiles* (15). (2, Cor., 2, 11).

Procuremos, pues, también nosotros conocer sus ataques y emboscadas y burlarlas; para que, alcanzando victoria de él, seamos proclamados vencedores en este y en el futuro siglo, y consigamos los inmortales bienes, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, al cual, con el Padre y el Espíritu Santo, sea la gloria, el honor y el imperio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XI (6, 5-18)

Análisis

Dice San Juan Crisóstomo que en aquellas palabras: *si hemos sido injertados en Cristo por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección;* nos predica el Apóstol dos muertes: de la primera es autor Cristo, que, en el bautismo, nos hizo morir al pecado; de la segunda, lo hemos de ser, con su gracia, nosotros, perseverando en una vida santa; porque a sola su gracia es debido el que nuestros pecados hayan sido sepultados en las saludables ondas del bautismo; mas nosotros hemos de cooperar luego, permaneciendo, mediante su gracia, muertos perpetuamente al pecado.

La palabra *injertar*, de que usa el Apóstol, nos está ya significando el fruto de la justicia y santificación que hemos de dar en esta vida, en espera del fruto póstumo de la resurrección futura. Es, pues, deber nuestro el trabajar, sin decaer un punto, como llenos de vida que estamos, por dignación de Aquel que nos libró de la muerte del pecado en que antes estábamos, y entregarnos por completo a su servicio, consagrándole los miembros de nuestro cuerpo para que sirvan de armas a la piedad y a la justicia; porque vivimos en tiempo de guerra, en que necesitamos no solamente armas, sino también grande esfuerzo para manejarlas, y gran vigilancia contra nuestros enemigos.

¿De qué nos serviría vivir, si nuestra vida no fuera como un perpetuo ejercicio y encadenamiento de buenas obras? ¿Qué ventaja nos habría traído la preciosísima gracia del bautismo, si después nos dejáramos arrastrar a todo género de malos deseos? Yo os sometí por el bautismo todas las pasiones, nos diría Dios. ¿Por qué habéis sido tan ingratos a este don? ¿Por qué habéis deslustrado y deshonrado esta gracia? ¿Por qué habéis venido a pasar a un estado tan contrario a ella? Yo maté vuestros pecados pasados como otros tantos gusanos que manaban de vuestra original corrupción. ¿Por qué habéis dejado que se reproduzcan? Temamos al pecado que produce aquel gusano, que no muere jamás, y enciende el fuego que nunca se paga. Cortémosle de raíz. Inútil sería no cortar más que las ramas de un mal árbol; si dejas la raíz, brotarán de seguro otras semejantes.

Declara luego el santo Doctor contra las violencias y la dureza de los ricos, contra el excesivo amor a los perros, a los caballos, a los coches y al lujo de las casas y palacios. ¿Pues qué?–dice–, ¿es justo que los hombres, firmados a imagen y semejanza de Dios, no tengan con qué cubrir sus carnes, y vuestros mulos y caballos llevan jaeces de oro y pedrería? ¿Brilla tu casa toda como una taza de plata, hasta en los más bajos enseres, y al mismo tiempo, devora tu avaricia al pobre, por quien Dios descendió de los cielos y derramó su sangre? ¡Adornados tus lechos de sedas, oro y plata, y los miembros de los Santos sin un harapo con qué cubrirse! ¡Que hayas de hacer tú menos cuenta de Jesucristo que de tus criados, de la librea de tus aurigas, de tus mulos y del ajar de tu casa! ¿Te horroriza lo que digo? Cesa, pues, de hacerlo, y pon ya fin a tamaña locura.

Refiere luego el Santo Doctor a este propósito el caso de un filósofo pagano que, viendo la riquísima tapicería de un palacio, comenzó a escupir en el rostro a su dueño; y, al reprenderle éste, respondió que no había cosa menos preciosa y vistosa en la casa. Así es razón que nosotros cuidemos más de nuestra alma que de nuestro cuerpo y de toda la hacienda, pues es tanto más preciosa que todo lo demás.

Porque si hemos sido injertados en él por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección (6, 5).

1. Lo que ya dije antes, lo diré también ahora: San Pablo pasa aquí al discurso moral, no como en otras cartas, que las divide en dos partes, de tal manera que en las primera trata del dogma, en la segunda de moral. Aquí en toda la carta habla indistintamente de ambas cosas, para hacer más agradable el discurso.

Trata aquí de dos mortificaciones o muertes: la una la obró Cristo en el bautismo; la otra tenemos que tenerla nosotros por una aplicación después de él. El que nuestros pecados quedasen sepultados, fue por gracia suya; el que después del bautismo sigamos muertos al pecado, debe ser obra de nuestros deseos, aunque veamos que Dios nos ayuda mucho también.

El bautismo no sólo puede borrar los pecados anteriores, sino también fortalecernos contra los venideros. Como tuviste fe allí y se borraron entonces en el bautismo, ahora después muestra gran deseo de no volverte a manchar.

Mirando a esto, dice: Si hemos sido injertados en él por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección.

¿No ves cómo levanta al oyente, llevándolo hacia su Señor y queriéndole mostrar una gran semejanza? Advierte que no dijo: *a la muerte*, sino a la semejanza de la muerte; así no podías contradecir.

No ha muerto la sustancia, sino el hombre pecador, el hombre nacido de la maldad. Tampoco dijo: si hemos sido partícipes de la semejanza de la muertes, sino: porque si hemos sido injertados, dándonos a entender con el nombre de injerto sus frutos en nosotros.

Como su cuerpo, sepultado en la tierra, dio el fruto de la salvación del mundo, así también nuestro cuerpo, sepultado en el bautismo, nos trajo la justicia, la santificación, la adopción e innumerables bienes, y traerá al fin el don de la resurrección.

Nosotros fuimos sepultados en el agua, él en la tierra. Nosotros por razón del pecado, él por razón del cuerpo. Por eso no dijo: injertados a la muerte, sino a la semejanza de la muerte. La muerte se cumple en ambos casos, pero no en el mismo sujeto.

Si en la muerte hemos sido injertados, también lo seremos en su resurrección. Se refiere a la resurrección final. Antes, disertando sobre la muerte, dijo: ¿Ignoráis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados para participar en su muerte? Nada dijo claramente de la resurrección, sino de la clase de vida posterior al bautismo, mandándonos caminar con vida nueva. Ahora, volviendo a tomar la misma cuestión, nos anuncia la resurrección final. Y para que veas que no habla de la que sigue al bautismo, sino de la otra, donde dijo: si hemos sido injertados en él por la semejanza de su muerte, no añadió: seremos partícipes de semejante resurrección, sino de su misma resurrección.

Para que no digas: ¿cómo resucitaremos como él resucitó?, si no morimos como él murió, cuando hizo mención de la muerte, no dijo: injertados a la muerte, sino a la semejanza de la muerte. Y cuando habla de la resurrección, no dice, a la semejanza de la resurrección, sino: seremos partícipes de su misma resurrección. Tampoco dijo: fuimos hechos sino: seremos partícipes. Por tanto, se refiere a la resurrección que ha de venir, no a la que ya ha tenido lugar.

Después para hacer más creíble lo que dice, habla de la resurrección que ha tenido aquí lugar. Así, por la presente, se prueba la que ha de venir. Después de haber dicho: que nosotros debíamos ser injertados en la resurrección, añade: *Sabemos que nuestro hombre viejo ha sido crucificado para que fuera destruido el cuerpo del pecado* (6). Así señala al mismo tiempo la causa y la razón de la futura resurrección.

No dijo: fue crucificado, sino, al mismo tiempo fue crucificado. El bautismo está muy cerca de la cruz. Por eso antes decía: hemos sido injertados a la semejanza de su muerte, para que sea destruido el cuerpo del pecado. Y se refiere a la maldad en general, no al cuerpo material. Como llama hombre viejo a la maldad en general (col., 3, 9), así al mismo lo llama maldad, pues consta de muchos grados de mal.

Y esto no es conjetura mía. Oigamos a Pablo mismo, que después de explicar a sí mismo. Habiendo dicho: para que se destruya el cuerpo del pecado, añade: para que no sirvamos más al pecado.

Al pecado es al que quiere que esté muerto el hombre, no de modo que desaparezca él y muera, sino de tal manera que no peque ya más.

Continuando el Apóstol sigue en su declaración: *El que ha muerto está limpio de pecado* (7). Esto lo dice de todos los hombres; como el que ha muerto deja ciertamente de pecar, porque ha dejado de obrar, así el que sube del bautismo, que es un muerto.

Si en el bautismo ha muerto una vez, debe seguir muerto enteramente al pecado.

2. Si has muerto en el bautismo, sigue muerto. El que ha muerto no puede ya pecar. Si pecas, inutilizas el don de Dios.

Después de proponernos tan gran filosofía, propone en seguida el premio: *si hemos muerto con Cristo* (8). Esta es ya una gran corona, anterior a la gran corona de la gloria, el comunicar con el señor. Mas hay otro premio. ¿Cuál? La vida eterna: Creemos que conviviremos con él.

¿De dónde consta esto?– *De que sabemos que Cristo, que resucitó de entre los muertos, ya no muere* (9).

Mira en segundo lugar su empeño en probar esto, y cómo lo prueba por lo contrario. Era muy natural que algunos se turbasen con la cruz y la muerte; por eso mostró que era necesaria la confianza. No pienses, dice, que porque ha muerto una vez, ya es mortal siempre. De ninguna manera. El permanece ahora inmortal. Su muerte se ha hecho muerte de la muerte. Porque ha muerto, por eso ya no morirá. Con su muerte primera *murió el pecado* (10).– ¿Qué es esto, al pecado?– No estaba sujeto al pecado, sino por nuestro pecado. Pues para matarlo y quitarle todos sus nervios y toda su fuerza, por eso murió.

¿No ves cómo se impuso? Si no se muere segunda vez, no hay segundo bautismo; y si no hay segundo bautismo, guárdate muy bien de volver a pecar. Todo esto lo dijo para combatir aquel principio: Háganos el mal para que venga el bien y también aquel otro: Perseveremos en el pecado para que abunde la gracia.

Para arrancar de raíz estas ideas, pone todas estas cosas.

Lo que vive, vive para Dios. Indisolublemente, de tal manera que no le domine más la muerte.

Si padeció la primera muerte inocentemente, por el pecado de los otros, es obvio que ahora no puede morir, después de haber redimido el pecado.

Esto es lo que dijo también en la *carta a los Hebreos*: Una sola vez en la plenitud de los tiempos se manifestó para destruir los pecados por el sacrificio de sí mismo (Hbr., 9, 26).

Así muestra la fuerza de la vida vivida según Dios y al mismo tiempo el poder del pecado. De la vida vivida según Dios, porque ya no morirá más y del pecado, pues si al que no podía pecar lo hizo morir, ¿qué no hará con los que le están sujetos?

Al hablar de su vida, para que nadie diga, ¿qué nos va a nosotros con esta frase? añade: *Vosotros también pensad que habéis muerto al pecado, pero que vivís a Dios* (11).

Bien dijo: pensad, porque esto no se puede expresar. Dirás: ¿qué es lo que tenemos que pensar?– Que nosotros hemos muerto al pecado, pero que vivimos a Dios en Jesucristo Nuestro Señor.

El que así vive, practicará todas las virtudes, pues tiene compañero de guerra al mismo Jesús. Esto significa aquel *en Cristo*. Si no resucitó, cuando estábamos muertos, con mucha más razón nos conservará ahora, que estamos vivos.

No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a las concupiscencias (12). No dijo: no viva la carne, ni obre, sino: no reine el pecado. No vino a destruir la naturaleza, sino para dirigir los actos y resoluciones de la voluntad.

Después, para mostrar que nosotros no nos abstenemos del pecado por fuerza y necesidad, sino voluntariamente, no dijo: para que no ejerza su tiranía, lo cual indicaría necesidad, sino que no reine.

Sería absurdo que los que han entrado en el reino de los cielos tengan por rey al pecado, y que los llamados por Cristo a reinar prefiriesen ser cautivos del pecado. Como si uno, arrojando la corona de su cabeza, quisiera servir a una mujer endemoniada, mendiga, harapienta.

Mas como es difícil vencer al pecado, mira cómo prueba que es fácil y cómo te suaviza el trabajo, diciendo: en nuestro cuerpo mortal.

Con esto declara que las luchas son temporales y que pasarán pronto y al mismo tiempo nos trae a la memoria los antiguos males y la razón de la misma muerte. Por esto y desde el mismo principio fue mortal.

Puede suceder que el que vive en cuerpo mortal no peque. ¿No veis el poder de la gracia de Cristo? Adán, cuando todavía no tenía cuerpo mortal, cayó. Mas tú, habiéndolo recibido mortal, podrás ser coronado.

Y ¿cómo, dirás, reina el pecado? No por su propia virtud, sino por tu cobardía. Por tanto, habiendo dicho: no reine, demuestra el modo de este reino al añadir esto: Para que le obedezcáis en sus concupiscencias.

No es honra poder conceder al cuerpo todo, sino más bien extrema esclavitud y gran deshonra. Cuando hace lo que quiere, entonces carece de toda libertad y al revés, cuando se domina, entonces conserva su plena dignidad.

Ni deis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado, sino como instrumentos de justicia (13).

3. El cuerpo es un medio entre el pecado y la virtud, y también sus armas. El que se sirve de ellas hace una clase y otra de obras, a la manera que el soldado, peleando por la patria, y el ladrón, armado contra los habitantes de una casa, usan las mismas armas. No es culpa de la armadura, sino de aquellos que la usan para el mal.

Y esto también se puede ver en la carne, en la cual se hace esto o aquello, según la voluntad del alma, no según su propia naturaleza. Si mira con demasiada curiosidad alguna hermosura ajena, el ojo se ha hecho instrumento de maldad, no por su propia operación, pues lo propio del ojo es ver, no mal ver, sino de la maldad del pensamiento que le manda. Si el alma lo hubiera refrenado, se habría hecho arma de justicia. Lo mismo se debe decir de la lengua, de las manos y de todos los demás miembros.

Con toda rectitud llamó al pecado maldad, porque el pecador es malo o para sí o para el prójimo, o por mejor decir, más bien para sí que para el prójimo.

Después que Pablo nos aleja del pecado, ahora nos encamina hacia la virtud con estas palabras: Ofreceos a Dios, como quien muerto ha resucitado.

Con estas palabras da a entender no sólo la maldad del pecado, sino la grandeza del don de Dios. Pensad, dice, no sólo lo que fuisteis, sino lo que os hicisteis. ¿Quiénes erais? Estabais muertos y perdidos con una maldad irremediable. Nadie os podía remediar. ¿Qué habéis sido hechos después de la muerte? Vivos con una vida inmortal. Y ¿por obra de quién? Por aquel que, como Dios, todo lo puede. Luego es justo que militéis bajo sus órdenes con aquella alegría del alma con que militan aquellos que han resucitado de muerta a vida, y convertido sus miembros en armas de santidad para Dios.

El cuerpo no es malo de por sí, pues se puede convertir en arma de santidad. Dice arma, dando a entender que se avecina una guerra terrible, para la cual necesitamos una armadura fuerte y un ánimo generoso y entendido en el arte militar. Sobre todo necesitamos un capitán, que tenemos siempre presente, preparado a luchar con nosotros, invencible. También nos tiene preparadas armas poderosas. Es necesario finalmente una firme voluntad, con la que nos manejemos como conviene, de modo que obedezcamos al capitán y tomemos las armas por la patria.

Después de exhortar a esta gran gesta de armas, menciona las batallas y la guerra y por segunda vez alienta el ánimo del soldado, diciendo: *El pecado jamás os dominará, porque no estáis bajo la Ley, sino bajo la gracia* (14).

Si el pecado no nos ha de dominar más, ¿por qué manda tantas y tan grandes cosas? No reine, dice, el pecado en vuestro cuerpo mortal. Y no deis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado. ¿Qué quiere decir esto que ha dicho? Aquí esparce su palabra como la semilla que después ha de explicar y probar abundantemente. ¿Qué quiere decir este lenguaje? Nuestro cuerpo, antes de la venida de Cristo, era propenso y fácil al pecado. Desde que entró la muerte, irrumpió una multitud de afectos, que nos dificultaban el camino de la virtud. Ni estaba presente el Espíritu Santo para ayudarnos, ni el bautismo, que podía dar la muerte a las malas inclinaciones. Corríamos como caballos desbocados que salen muchas veces de camino. Conocíamos la Ley, lo que teníamos que hacer o dejar de hacer; pero en la lucha no recibíamos nada más que los avisos de las palabras. Desde que vino Cristo, las batallas se hicieron más fáciles. Si se nos han propuesto mayores peleas, también se nos da el apoyo de mayores socorros. Por eso decía Cristo: Porque os digo, que si vuestra justicia no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos (Mt., 5, 20).

Más claramente se explica esto en lo que sigue, aunque ahora lo apunte ya brevemente, al decirnos que si nosotros no nos abandonamos, no nos vencerá el pecado.

Ahora no sólo hay ley que manda, sino también gracia que perdona lo pasado y nos fortalece para lo que ha de venir. La Ley después de los trabajos prometía coronas, pero la gracia presenta primero la corona y con ella alienta para la pelea.

Me parece que en esto no se declara toda la vida del hombre fiel, sino que se trata de una comparación entre el bautismo y la Ley, que es lo que dice también en otra parte: que la letra mata, pero el espíritu da vida (2 Cor., 3, 6). La Ley arguye prevaricación; la gracia, la previene. La Ley arguyendo es ocasión de pecado; la gracia, dando impide que se cometa.

De dos maneras pues nos libra de la tiranía del pecado: eximiéndonos de la Ley y dándonos su gracia.

4. Después de este descanso, trata de fortificarnos sacando de la objeción una admonición con estas palabras: *Pues, ¿qué? ¿Pecaremos porque no estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia? De ningún modo* (15).

Primero dice por vía negativa cuán absurda es esa consecuencia. Después convierte lo que dice en admonición, mostrando que las batallas son muy fáciles.: *¿No sabéis que, ofreciéndoos a uno para obedecerle, os hacéis esclavos de aquel a quien os sujetáis, sea del pecado para la muerte, sea de la obediencia para la justicia?* (16).

No hablo de la gehenna, de aquel gran suplicio eterno, sino de la actual deshonra, que consiste en ser siervos, siervos voluntarios y del pecado, que como sueldo os da la muerte.

Si antes del bautismo nos trajo la muerte corporal y la herida fue tan grande que necesitó tan extraordinario medicamento, que el Señor de todas las cosas tuvo que bajar hasta la muerte para remediarla, ahora, después de don tan grande, depués de adquerida la libertad, ¿qué no hará el pecado si llega a herirte otra vez de muerte? No corras a tan gran abismo ni te entregues voluntariamente. En las guerras, muchas veces los soldados se entregan contra su voluntad. Aquí no huyas voluntariamente, y nadie te vencerá.

Después que ha tocado la fibra del pundonor y te ha excitado la vergüenza, pasa a la idea del premio y toca ambas mercedes, la de la justicia y la de la muerte, no la ordinaria, sino otra mucho más grave.

Si Cristo no ha de volver a morir, ¿quién nos rescatará de aquella muerte? Nadie. Tenemos, pues, que sufrir la pena y el castigo, pues no habrá ya muerte sensible, como la de aquí, en la que descansa el cuerpo con la separación del alma.

El último enemigo que será destruido es la muerte (1. Cor., 15, 26). Por tanto, el suplicio será inmortal, pero no para los que obedecen a Dios, pues para éstos será la justicia y los bienes que de ella se originan.

Pero gracias a Dios, de que habiendo sido vosotros esclavos del pecado, obedecisteis de corazón a aquella forma de doctrina, a la cual fuisteis entregados (17).

De la idea de la esclavitud y de la vergüenza que ella acarrea pasa al premio y luego levanta el ánimo con la memoria de los beneficios. Así les muestra de cuán grandes males han sido librados y no por su propio mérito y que lo que ha de venir será mucho más fácil.

Cuando uno ha librado a un cautivo de un gran tirano, le recuerda su pasada esclavitud. Pablo describe de la misma manera con énfasis los males pasados, mientras da gracias a Dios. No habrá, dice, poder humano para librarnos de aquellos males, sino la gracia de Dios, que quiso y lo pudo hacer.

Y dijo muy bien: *obedecisteis de corazón*, pues no se os obligó ni lo hicisteis por la fuerza, sino espontáneamente lo dejasteis con alegría. Esto es lo que hace el que alaba y al mismo tiempo corrige.

Si de grado y sin ninguna necesidad os acercasteis a Cristo, ¿qué excusa tendréis si ahora os volvéis al pecado?

Para que veas que no sólo por la bondad de los hombres, sino por la gracia de Dios se ha hecho todo, después que dijo: obedecisteis de corazón, añade: en aquella forma de doctrina, a la cual fuisteis entregados.

La obediencia de corazón indica el libre albedrío; el que fueseis entregados prueba el auxilio de Dios. ¿Cuál es la forma de doctrina? Vivir con rectitud y con muy buena regla.

Y, libertados del pecado, fuisteis esclavizados a la justicia (18). Dos dones de Dios expresa aquí: que nos libró de los pecados y que nos dio la justicia, que es mucho más que toda la libertad. Dios hizo lo mismo que si uno, tomando un niño huérfano y llevado por los bárbaros a tierra extraña, no sólo lo libra del cautiverio, sino se hace su padre y su custodio y lo eleva a una gran dignidad. Esto es lo que se ha hecho con nosotros. No sólo nos libró de los antiguos males, sino que también nos llevó a una vida angélica y nos abrió el camino de una nueva institución, entregándonos a la tutela de la justicia, quitando los antiguos males, dando la muerte al hombre antiguo y conduciéndonos de la mano a una vida inmortal. Esperémosla, pues, mientras vivimos, porque muchos que parecen respirar y moverse, yacen más desgraciados que los mismos muertos.

DIVERSAS CLASES DE MUERTE

5. Hay diversas clases de muerte: la del cuerpo. Aunque ésta se dio en Abraham, sin embargo, no murió, pues se dijo: *Dios no es Dios de muertos, sino de vivos* (Mt., 22, 32).

Otra muerte es la del alma, a la cual se refiere Cristo, cuando dice: Deja que los muertos entierren a sus muertos (Mt., 8, 22). Una tercer, muy laudable, viene por la filosofía. De ella dice Pablo: Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra (Col., 3, 5). La cuarta, que fue la causa de ésta, se da en el bautismo: *Pues nuestro hombre viejo fue crucificado* (Rom., 6, 6); esto es, fue mortificado.

Con esta ciencia, huyamos de aquella muerte, con que mueren los que están vivos, pero no temamos la que es común a todos.

Las otras dos, de las cuales una es feliz, como dada por Dios, y la otra laudable, que viene de Dios y de nosotros, debemos amarlas y envidiarlas. A una de estas dos llama David dichosa, cuando dice: Bienaventurados aquellos a quienes se le han perdonado los pecados (Sal., 31, 1).

La otra la admira San Pablo en su *Carta a los de Galacia:* Los que son de Cristo, crucificaron la carne (Gal., 5, 24).

De las dos primeras, hay que despreciar la una, como dice Cristo: No temáis aquellos que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma (Mt., 10, 20). La segunda es terrible: Temed a aquel que puede perder no sólo al alma, sino al cuerpo en el infierno (ibid.). Huyámosla y amemos la que es dichosa y admirable.

De nada nos servirá ver el sol, comer, beber, si no vivimos para el bien. ¿Qué aprovecha al rey, os pregunto, vestir de púrpura, tener armas y no carecer de súbditos, de manera que cualquiera le pueda insultar? Así el cristiano no ganará nada si tiene la fe y el don del bautismo, pero está sujeto a todos sus apetitos. Así será mayor su desprecio y mayor su deshonra.

Porque como aquel que está adornado de corona y púrpura, no sólo no gana honra de semejante adorno, sino que se ve despreciado por su propia deshonra, así el que cree y lleva una vida corrompida, no sólo no será digno de veneración por su fe, sino que será digno de desprecio.

Cuantos hubieren pecado sin ley, sin ley perecerán: *y los que*

pecaron en la ley, por la ley serán juzgados (Rom., 2, 12). Y escribiendo a los hebreos decía: Si el que menosprecia la Ley de Moisés, sin misericordia es condenado a muerte, sobre la palabra de dos o tres testigos (Hbr., 10, 28), ¿con cuánto mayor suplicio será castigado el que conculcó al Hijo de Dios? Y con razón y de derecho: pues por el bautismo, dice, te sometí todos los efectos del alma. ¿Qué ha sucedido para que despreciases un don tan grande y te convirtieses en otro?

Aniquilé y sepulté tus primeros pecados como los gusanos, :por qué tú has creado otros? Los pecados son peores que los gusanos. Estos debilitan el cuerpo y aquellos el alma y producen mayor hedor. Nosotros no lo sentimos, y por eso nos descuidamos en limpiar el alma. El que está ebrio no conoce lo grande que es el hedor del vino que se corrompe; mas el que no está ebrio, bien lo conoce. Esto es lo que sucede con el pecado: el que vive sobriamente, conoce muy bien aquel cieno y aquella mácula. El que se ha entregado a la maldad, como embriagado por el vino, no lo conoce, su propia enfermedad. Y esto es lo más grande y gravísimo del pecado, que aquellos que caen en él, están ciegos para ver la grandeza de su mal. Mientras yacen en el lodo, creen gozar de ungüentos suavísimos. Así no pueden salir del pecado, sino que, mientras están comidos de gusanos, de tal manera se portan, como si estuviesen adornados de preciosa pedrería. Y por esto no quieren matar a aquellos gusanos, sino que los alimentan y favorecen su desarrollo, hasta que caigan en aquellos otros gusanos del infierno.

Los de acá son medianeros de aquellos de allá; y no sólo medianeros, sino también padres. El gusano de ellos no morirá (Ms., 9, 5). Estos son los que encienden la gehenna que nunca se ha de apagar. Para prevenir tanta desgracia, quitemos la fuente de los males, apaguemos el horno y extirpemos desde el fondo la raíz de la maldad. Si cortares el árbol desde lo más alto, no has hecho nada, si queda debajo la raíz y brota de nuevo. ¿Cuál es la raíz de los males? Apréndelo del labrador que lo sabe muy bien y cultiva la viña espiritual y es labrador de todo el mundo.

¿Cuál es la causa de todos los males, según él? el deseo del dinero. La raíz de todos los males es la avaricia (1 Tim., 6, 10). De aquí las peleas, las enemistades, las guerras; las disputas, las ofensas, las sospechas, las contumelias; las muertes, los hurtos, el cavar o abrir los sepulcros. Por la avaricia, tanto las ciudades y regiones, como los

caminos y el mundo entero, el habitado y el no habitado, los montes, los precipicios, los collados, de una palabra, todos los lugares están llenos de sangre y de matanzas. Ni el mar está libre de esta peste. Allá en sus aguas se ceba también con gran furor, con piratas que lo infestan por todas partes y con los que piensen en nuevos modos de robar.

Por la avaricia han caído bajo las leyes naturales, las de la sangre y los derechos más sustanciales del hombre.

DAÑOS DE LA AVARICIA

6. La tiranía del dinero se arma no sólo contra los vivos, sino también contra los muertos, a los cuales no aprovechan sus pactos y última voluntad. Se abren las losas de sus sepulcros y hasta allá llegan las manos de los avaros, hasta los cuerpos de los difuntos, que no se ven libres de sus asechanzas.

Todos los males que hallares en casa, en la plaza, en los tribunales, en las curias, en las cortes y en todas partes, verás que brotan y nacen de la avaricia. Ella es la que ha ensangrentado el mundo y cubierto la tierra de cadáveres: ella la que enciende el fuego de la gehenna; la que corrompe las ciudades y las hace más detestables que los desiertos.

Librarse de los que acechan en los caminos es cosa fácil, pues no acometen siempre. Los que roban en medio de las ciudades son mucho peores que los merodeadores de caminos, y es mucho más difícil librarse de ellos. Se atreven a hacer claramente lo que los otros hacen a ocultas. Se aprovechan de las mismas leyes dadas contra su maldad para llenar las ciudades de crímenes y de muertes. ¿No es muerte y aún peor que muerte dejar al pobre hambriento y meterlo en la cárcel y con el hambre y los tormentos exponerle a sufrimientos innumerables? Aunque tú no lo hagas personalmente, si das ocasión a ello, haces más que tu ministro. El homicida clava la espada, causa dolor por poco tiempo y no daña más. Tú, con tus engaños, molestias, asechanzas, convirtiendo la luz en tinieblas y haciendo que prefieran morir muchas veces, piensa cuántas veces causas la misma muerte.

Lo que es más grave, robas, adquieres las riquezas, no obligado por la pobreza, no apremiado por el hambre, sino para que se cubra de

oro el freno del caballo, el techo de tu casa, los capiteles de las columnas.

¿Qué infierno no mereces, cuando el hermano y a aquel que honrado por tu mismo Señor debe participar a una contigo de todos los bienes de la tierra, lo reduces a tanta miseria, para adornar el pavimento de tu casa, las piedras y aun los mismos cuerpos de los animales?

Tienes mucho cuidado de tu perro: mas el hombre, mejor Cristo, por un perro y por todo lo que he dicho antes, queda abandonado y en una hambre extrema. ¿Qué cosa peor que esta confusión? ¿Hay algo más grave que esta maldad? ¿Qué ríos de fuego bastarán para esta alma?

El hombre, que fue creado a imagen de Dios, vive de una manera indigna por tu crueldad, mientras las cabezas de los mulos que llevan a tu mujer, van adornadas de oro, y lo mismo las pieles y las vigas con que se cubren tu techo.

Si el sillón o la silla o la alfombra de tus pies van adornados de oro y el miembro de Cristo y aquel por cuya causa bajó del cielo y derramó su sangre preciosa, por tu avaricia no tiene ni el alimento necesario. Los lechos están adornados de plata y los cuerpos de los santos no tienen para vestirse lo necesario. Estimas cualquier cosa más que a Cristo, a los criados, al lecho, al sillón y la alfombra de tus pies. Callo los demás muebles inferiores y os lo dejo a vuestra consideración. Si te horrorizas oyendo esto, deja de hacerlo. Entonces todo lo que he dicho no será para ti. Apártate de eso y pon fin a tu locura. Es de verdad locura semejante proceder. Dejemos, pues, aunque tarde, estas cosas y miremos por fin al cielo. Recordemos el día eterno que ha de venir; pensemos en aquel tremendo tribunal y en la cuenta que hemos de dar en el juicio justo. Consideremos que Dios todo lo ve y que no arroja rayos del cielo, aunque los merezcamos por nuestros pecados. No nos manda fuego del cielo, no echa el mar sobre nosotros ni hace que tiemble la tierra ni se oscurezca el sol o caigan las estrellas. No nos quita lo que necesitamos, sino que todo ordena para que todas las criaturas nos sirvan. Admiremos con estos pensamientos la grandeza de su benignidad y volvamos a nuestra grandeza.

No nos hemos portado mejor que los brutos, sino peor. Los brutos aman a los que son de su clase, y su natural les basta para el mutuo amor. Tú, que además de la común naturaleza, tienes otros muchos

lazos de unión con tus semejantes: un mismo entendimiento, una misma religión; participas de tantos bienes, has sido creado menos fiero que las bestias y sin embargo pones tanto cuidado en cosas inútiles, desprecias a tus hermanos, templo de Dios, que perecen de hambre y de desnudez. Hasta llegas a abrumarlos muchas veces con muchos males.

Si miras el fin eterno para que hemos sido criados, verás cómo conviene cuidar mucho más del hermano que del caballo. Cuanto mayor es el que goza del beneficio, tanto más honrosa corona se te prepara con la obra de misericordia.

Cuando pecas, ¿no ves cuántos acusadores te preparas? ¿Quién no te maldecirá? ¿Quién no te acusará de cruel e inhumano, viendo que desprecias al linaje humano y que antepones los brutos a los hombres y que a los brutos les proporciona de casa y mueblaje? ¿No oíste decir a los apóstoles que los primeros que recibieron el Evangelio vendieron las casas y los campos para alimentar a los hermanos? Tú ahora vendes las casas y las compras para adornar el caballo, las maderas, las pieles, los mulos y el pavimento. Y todavía es más grave, no sólo los hombres, sino también las mujeres son víctimas de esta locura. Ellas incitan a sus maridos a trabajo tan vano, obligándolos a mayores gastos. Si alguno les arguye de estas cosas, en seguida se defienden con una defensa insostenible. Dicen que es costumbre, que es lo que se usa. ¿Qué dices? ¿No temes, hablando así, poner al mismo nivel a Cristo hambriento con tus caballos, mulos, lechos y demás objetos? ¿Qué digo? Das la preferencia en tu distribución a todo, y a Cristo apenas le das algo. ¿No sabes que todas las cosas son de El, tú y lo tuyo? ¿No sabes que el tomó tu cuerpo y te dio el alma y que distribuyó todo el mundo? Y ahora le devuelves tan poco. Si alquilas una pequeña casa, exiges la suma convenida. Pues mira, goza de todas las criaturas y habita en un mundo tan grande y ahora no quieres ni darle una pequeña merced, sino que lo gastas en gloria vana, en ti y en tus cosas. De la gloria vana dependen todas tus cosas.

El caballo no es mejor ni más fuerte por el ornato que lleva, ni tampoco más elegante su caballero, sino que a veces es más despreciado por ello. Muchos, dejando a un lado al caballero, se fijan en el ornato del caballo y en los criados que van delante y detrás y a los que van apartando a la gente, mientras que al que va montando lo odian y lo miran como a un vulgar enemigo.

No es esto lo que pasa cuando adornas tu alma. Tanto los hombres como los ángeles, todos, te ofrecen la corona. Si amas, pues, la verdadera gloria, déjate de estas cosas vanas; no adornes la casa, sino el alma, para que resplandezca y seas grande y noble. Hasta ahora no ha habido nada más vil que tú por tener el alma vacía y ostentar sólo la hermosura de la casa. Si mis palabras no las sufres, oye lo que dice un extraño y avergüénzate de su filosofía.

Se cuenta de uno de ellos que vino a una magnífica casa, que resplandecía por el mármol, la hermosura de sus columnas. Vio también que el suelo estaba cubierto de tapices y escupió en el rostro del dueño de la casa. El dueño le afeó tanta descortesía y él entonces respondió que se había visto obligado a escupirle a la cara, porque no podía hacerlo en ninguna otra parte de la casa.

¿No ves qué ridículo es el que adorna lo exterior y en qué desprecio le tienen todos los que discurren con la razón? Y con razón. Si alguno, dejando a su mujer vestida con un vestido roto y pobre, vistiese a las criadas con un vestido lujoso, ¿te parecía sensato? Sin duda que te enfadarías y lo despreciarías. Piensa ahora y aplícalo a tu alma. Cuando adornas, las paredes, el pavimento, las alhajas y las demás cosas y no das una abundante limosna ni practicas otra filosofía sino la terrena de que he hablado, eres como él y aún peor. Entre la señora de la casa y la criada no hay gran diferencia; entre el cuerpo y el alma la hay muy grande. Y mucha más entre el alma y el lecho, y la tarima, y aun la casa. ¿Cómo te podrás defender, pues, si cubres todas estas cosas con plata y el alma la descuidas, cubriéndola con telas rotas, escuálidas, hambrientas, llenas de llagas, destrozada por mil penas y encima crees que está muy bien por el adorno que te has puesto en el cuerpo? Todo esto es suma locura: a saber, que cuando eres burlado y de hecho eres digno de desprecio y estás sentenciado a la deshonra eterna, entonces te creas tan honrado y te sientas tan satisfecho.

Te ruego, pues y te pido, que pienses todo esto, y aunque tarde, al fin entres dentro de ti y traspasemos el ornato del exterior al interior, al alma. Esta será la manera de que se conserve intacto y nos igualemos con los ángeles, enriqueciéndonos con bienes eternos. Que todo esto lo alcancemos por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea dada la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XII (6, 19-7, 13)

Análisis.

Para que la conversión del cristiano sea realmente verdadera, debe volverse totalmente a Dios y darse por entero a él, como se dio antes al mundo; amar la pureza tanto cuanto amó antes la impureza, la justicia como antes la injusticia. Aunque Dios nos haya perdonado todos los pecados pasados, debemos llevarlos delante y enrojecernos de vergüenza. El bautismo, no solamente nos ha librado del pecado y del desorden, sino que nos ha consagrado a la santidad. La gracia que ha derramado en nosotros es una prenda anticipada de la vida y de la gloria eterna que esperamos. Libres de la servidumbre del pecado, hemos de seguir sirviendo en la novedad del espíritu y no en la vejez de la letra.

Jesucristo no se contenta con exigirnos, lo que ya estaba antes mandado. No solamente prohíbe el adulterio, sino aún la simple mirada deshonesta. No solamente prohíbe el perjurio, sino toda clase de juramento; que amemos al amigo y al enemigo.

Nuestra ley no es como la de los judíos que condena; tenemos el espíritu que obra y ayuda. Bajo la ley se hubiera mirado como un prodigio que el hombre hubiera huído del matrimonio, y hoy no hay nada más ordinario que esto en toda la tierra. Antes apenas se podía encontrar uno que despreciase la muerte; hoy se ven pueblos enteros de mártires, no solamente entre los hombres, sino aun entre las mujeres.

Mas no se debe achacar solamente a la ley de Moisés todas las faltas que ocasionó, sino también a la ingratitud y a la dureza de los judíos. No es la Ley, dice San Pablo, la que produjo los malos deseos; fue el pecado, quien con ocasión de la ley, se enfureció más. Cuando se nos prohíbe una cosa que nosotros deseamos, esta prohibición nos la hace mucho más apetecible; pero este nuevo ardor de nuestro deseo irritado, no proviene propiamente de la prohibición, que no prohíbe sino lo malo, sino de nuestra corrupción, que abusa de la prohibición y que saca el fruto contrario. Cuando Pablo dice, pues, que sin la Ley el pecado estaba muerto, solamente quiere decir que no

se le conocía en su maldad y fuerza tanto como después. Los que vivieron antes del Cristianismo conocían el mal, pero no tanto como nosotros, y por eso no eran tampoco tan responsables como nosotros. No es la Ley, por tanto, la causa de nuestros males, sino la concupiscencia y la corrupción interior.

El Crisóstomo muestra la necesidad que tenemos de combatir contra la concupiscencia. Si la práctica de la virtud tiene sus trabajos y asperezas, también tiene sus dulzuras y mayores ventajas. Nada hay comparable a la paz de una buena conciencia, como nada hay tan amargo como el remordimiento y trabajo de un pecador. El medio para vivir en gracia de Dios y lejos del pecado, es no despreciar las cosas pequeñas, porque es mucho más fácil abstenerse del mal al principio, que cortarlo después que ha nacido. Por eso Jesucristo prohíbe aun la mirada deshonesta, para librarnos de otros daños mayores, que luego vienen irremisiblemente.

Os hablo a la llana, en atención a la flaqueza de vuestra carne. Pues bien, como pusisteis vuestros miembros al servicio de la impureza y de la maldad, para la iniquidad, así ahora entregad vuestros miembros al servicio de la justicia para la santidad (6, 19).

1. Después que trató del gran cuidado de la vida, mandando estar muertos al mundo y a la maldad, y a permanecer inmóviles, contra la obra de los pecados, le pareció cosa algo grande y de importancia hablar de lo que supera la humana naturaleza; para mostrar que él no pide nada oneroso, ni cuánto convenía se aventajase aquél, que goza de tan grande don, sino que pide cosa moderada y ligera. Por lo contrario, prueba eso mismo y dice: *Os hablo en atención a la flaqueza de vuestra carne*, como si dijese, de los pensamientos humanos, de aquello que es como costumbre en el hombre; porque declara el modo con la palabra de humano, pues también dice en otro lugar: *No os ha sobrevenido tentación que no fuera humana* (1 Cor., 10, 13); esto es, moderada y pequeña. Porque como pusisteis vuestros miembros al servicio de la impureza y de la iniquidad para la iniquidad, así ahora entregad vuestros miembros al servicio de la justicia para la santidad. Pero hay mucha diferencia entre los señores; sin embargo, pide igual clase de servidumbre. Convenía ciertamente pedir mucho más, y tanto más, cuando que este dominio es mayor y mejor que aquel; sin embargo, no pidió más por la debilidad; ni dijo vuestros propósitos al menos de gozo, sino de vuestra carne, haciendo la palabra menos trabajosa. Mas sin embargo, aquello ciertamente inmundicia, pero esto mortificación; aquello maldad, mas esto justicia. ¿Hay alguno tan desgraciado e infeliz que no ponga tan gran cuidado en el servicio de Jesucristo, como en el servicio del pecado y del diablo? Y así, oye lo siguiente que aprenderás claramente, que nosotros ni siquiera añadimos un poco. Pues porque aquello, dicho así tan sencillamente, no

parecía que era creíble ni aceptable, ni nadie hubiese podido aguantarlo, que él no sólo servía a Cristo, como sirvió al diablo; de lo que sigue prueba esto mismo y lo hace creíble, poniendo delante aquella servidumbre y como sirvieron, diciendo: *Pues como fuisteis, dice, siervos del pecado, erais libre de la justicia* (20); eso, cuando vivisteis en la maldad, en la impiedad y en los males externos, vivíais con una obediencia tan grande, que nada bueno absolutamente hicisteis; pues esto quiere decir aquel estabais libres de la justicia: esto es, no estabais sujetos a ella, sino muy separados de ella, pues ni vivíais parte a la justicia, parte al pecado, sino os entregabais del todo a la maldad. Así ahora también, porque os pasasteis a la justicia, entregaos vosotros todo a la virtud, no haciendo de ningún modo nada malo, para que al menos uséis la misma medida. Pero no sólo hay mucha diferencia de dominio, sino también de la misma servidumbre hay muy grande diferencia. Lo mismo lo explica muy claro, y muestra en qué cosas obedecían entonces y en qué cosas obedecen ahora. Sin embargo, no dice el daño que de ahí se siguió, sino al mismo tiempo declara la torpeza. *Y ¿qué frutos obtuvisteis entonces de aquello de que ahora os avergonzáis?* (21). Porque era tal esclavitud, que su mismo recuerdo os avergüenza. Pues si su recuerdo avergüenza, mucho más la obra misma. Y así, de doble modo habéis ganado ahora, cuando os librasteis de la vergüenza y cuando aprendisteis en qué cosas os hallabais; como también entonces recibisteis un doble daño, el que hicisteis cosas dignas de avergonzaros y el que no supieseis avergonzaros; lo que es más grave es lo primero; sin embargo, permanecíais sirviendo. Habiéndoos mostrado el daño grande de las cosas hechas, por el pudor vino a la misma cosa. ¿Qué cosa era ésta? Pues el fin de ellos es la muerte. Pues porque el pudor no pareciese ser demasiado grosero, se acerca a lo que es bastante terrible, digo la muerte; aunque era bastante lo que antes había dicho. Piensa, pues, cuál sería el culmen de la malicia, cuando, librados del suplicio, no podían librarse del pudor. ¿Qué paga, dices, esperas de la obra, cuando de sola la memoria de la cosa, librados, sin embargo, del suplicio, te ruborizas y te avergüenzas, aun puesto en una gracia tan elevada? Pero las cosas que son de Dios no son así. *Pero ahora*, dice, *libres del pecado y siervos de Dios, tenéis por fruto la santificación y por fin la vida eterna* (22). El fruto de aquellas cosas es también la vergüenza, después de la liberación; mas el fruto de éstas es la santificación; mas

donde hay santificación, allí hay mucha confianza. El fin de aquellas cosas es la muerte; el de éstas, la vida eterna.

2. ¿No ves cómo habla de algunas cosas que ya se han dado y otras que están en la esperanza? Pues de aquellas que se les han dado se confirma la fe; de la santificación se confirma la vida. Pues no sea que dijese que todo estaba en la esperanza, ya te muestra que has llevado fruto; primero, porque has sido librado de la maldad y de tales males, cuya memoria trae vergüenza, en segundo lugar, porque eres siervo de la justicia; en tercer lugar, porque gozas de la santificación; en cuarto lugar, que conseguirás la vida, y no temporal, sino eterna. Sin embargo, aunque esto sea así, al menos por equidad, dice servid. Porque, aunque el Señor sobresalga sobre manera y haya una gran diferencia entre la servidumbre y entre los premios, por los cuales servís, nada sin embargo entre tanto pido. Después, porque nombró las armas y el Rey, insiste en la metáfora diciendo: *Pues la soldada del pecado es la muerte, pero el don de Dios es la vida eterna en Nuestro Señor Jesucristo* (23). Habiendo nombrado el estipendio del pecado, tratando de los bienes no guardó el mismo orden. Porque no dijo: la soldada de vuestras buenas obras, sino: la gracia de Dios, demostrando que ellos no se vieron libres por sí mismos, ni que recibieron la deuda, ni paga o retribución de los trabajos, sino que todo esto se les hizo por gracia. Y la excelencia está en que no sólo los libró y trasladó a sitios mejores, sino que lo hizo sin que trabajasen o se cansasen, dándoles cosas mucho mejores y dándoselas por el Hijo. Todo esto lo entretejió, porque habló de la gracia y ya debía de dejar la Ley. Pues no fuese que estas dos cosas los emperezasen, entretejió aquellos medios, que pertenecen a la vida arreglada, moviendo siempre al oyente al cuidado y deseo de la virtud.

Mas cuando llama a la muerte estipendio del pecado, otra vez aterra, y confirma en contra de lo venidero. Pues por aquellas cosas, que antes recuerda, les mueve el agradecimiento y los vuelve más confirmados contra todo lo que puede suceder. Mas cuando aquí puso fin a las cosas morales, pasa de nuevo al dogma con estas palabras: *¿O ignoráis, hermanos, hablo a los que saben de leyes?* (7, 1). Después que dijo que nosotros estamos muertos al pecado, muestra aquí que no sólo no los domina el pecado, pero ni la ley. Pues si la ley no domina, mucho menos el pecado. Pero suavizando el lenguaje, declara esto con este ejemplo humano. Parece que dice una cosa, y dice dos

con dos ejemplos. Muerto el marido, la mujer no queda sujeta a la ley del marido, ni se le puede prohibir que se case con otro. Lo segundo, que aquí no sólo ha muerto el varón sino también la mujer; de modo que goza de doble libertad, pues si, muerto el marido, se ha librado de su poder, cuando ella misma también se haya muerto quedará mucho más libre. Porque si, sucediendo una de las dos cosas, queda ella libre del poder, mucho más cuando concurren esas dos cosas. Al comenzar la demostración alaba a los oyentes, y dice: *¿Acaso ignoráis, hermanos, hablo a los que saben de leyes?* Esto es, hablo de una cosa que todos, confesáis y la digo clara, y todo esto lo conocen ellos perfectamente: *que la ley domina al hombre todo el tiempo que éste vive.* No dijo al hombre ni a la mujer, sino al hombre, porque es común de los dos vivientes. Porque el que ha muerto, dice, está libre de pecar. Luego la ley se ha dado para los vivos; mas no así para los muertos. ¿No veis cómo declaró la doble libertad? Luego, después que indicó esto en los premios, se dirige a la mujer, diciendo: *Porque la mujer que está bajo del hombre, viviendo el hombre, está sujeta por la ley; mas si hubiese muerto su hombre, queda libre de la ley del hombre. Luego viviendo el hombre, se la llamará adúltera si se hubiese juntado con otro hombre, pero si hubiese muerto su marido, está libre de la ley, no la tienen por adúltera si se hubiera juntado con otro hombre* (2, 3). Frecuentemente trata sobre esto mismo y con mucho cuidado, porque confía bastante en su argumentación. Y establece la ley en orden del hombre, y en el orden de la mujer a todos los que creyeron. Después saca la conclusión, no según la proposición, pues se había de decir en seguida; así que, hermanos míos, no os obliga a vosotros la ley porque ha muerto. Pero no dijo así, y eso lo dio a entender en la proposición. En la inducción para no hacer pesado su discurso, saca a la esposa muerta, diciendo: *Así que, hermanos míos, vosotros habéis muerto también a la ley por el cuerpo de Cristo, para ser de otro que resucitó de entre los muertos.* Pues como tanto este como aquel hecho trajesen la misma libertad ¿qué prohibía, para que no gratificase a la ley, cuando la misma cosa en nada se perjudicaba? *Porque la mujer que está bajo el varón, viviendo el varón, está ligada por la ley.* ¿Dónde están ahora aquellos que calumnian la ley? Oigan aquellos cómo san Pablo obligado por la necesidad no le quita su dignidad, sino que habla de su gran poder: si viviendo ella, quedado sujeto el judío, y se llaman adúlteros aquellos que la quebrantan y abandonan;

mas si la dejó ya muerta nada tiene que extrañar: pues entre los hombres no se condena al que hace esto. *Mas si hubiese muerto el varón, quedó libre de la ley del marido.*

3. ¿No ves cómo en el ejemplo muestra la ley muerta? Pero eso no lo hace en este argumento. *Luego viviendo el varón, la mujer se llama adúltera.* Mira cómo se detiene en la acusación de aquellos que quebrantan la ley viva. Mas cuando se abrogó, con toda seguridad abona a la fe, no poniendo en eso ninguna lesión. *Porque viviendo el varón,* dice, *llamarán adúltera a la mujer que vaya con otro hombre* (4). *Y así, hermanos míos, también vosotros.* Era lógico decir que, muerta la ley, no seréis condenados de adulterio, si vais con otro varón; pero no dijo así. ¿Cómo entonces? *Estáis muertos a la ley.* Si estáis muertos, no estáis bajo la ley. Porque, si muerto el marido, no es adúltera la mujer, mucho menos habiendo muerto ella también. ¿No veis la sabiduría de Pablo, cómo demostró, que esto lo quería la misma ley, que ella faltase y quedase la facultad de juntarse con otro hombre? Porque no prohíbe, dice, unirse con otro hombre, muerto el primero. Porque ¿cómo prohibiría cuando viviendo él, permite recibir el libelo de repudio? Pero no agrega esto, que más bien era entonces un crimen de las mujeres, porque, aunque se permitía, sin embargo, no carecía de culpa. Pues saliendo vencedor de las cosas necesarias y aprobadas, no busca cosas inútiles: pues no es tan tenaz. Es, pues, extraño que la misma ley nos libre de la culpa a los que nos separamos de ella misma; de modo que ella misma quiera que nos hagamos de Cristo. Porque ella ha muerto, y nosotros también hemos muerto, y de doble manera se le ha quitado el poder. Ni se contentó él con esto, sino que también añade la causa; porque ni puso sencillamente la muerte, sino que otra vez indujo a la cruz obradora de esto, haciéndonos libres por esta razón. No dijo sencillamente habéis sido librados, sino también de la excedencia del segundo hombre; y por eso añade: *para que seais de otro que resucitó de entre los muertos.* Después, para que no digan, y ¿qué, si no queremos juntarnos con otro hombre? La ley, a la viuda que se casa otra vez, no la tiene como adúltera, pero tampoco le obliga a casarse otra vez; pues para que no digan esto, demuestra de lo que hemos oído, que conviene que nosotros lo queramos esto; y esto lo dice en otra parte más claro: *No os pertenecéis, y habéis sido comprados a precio* (1 Cor., 6, 19, 20); *y no os hagáis siervos de los hombres*; y otra vez: *Uno murió por todos, para que los*

que viven, no vivan ya para sí, sino para aquel que por ellos murió y resucitó (2 Cor., 5, 15). Pues eso también insinuó aquí diciendo. *Por el cuerpo.* Y después alienta a una esperanza mejor: *Fructifiquemos para Dios. Antes fructificabais para la muerte, mas ahora para Dios. Porque, como estuviésemos en la carne, las pasiones de los pecados, que estaban por la ley, obraban en nuestros miembros para dar frutos de muerte* (5). ¿No veis la ganancia del primer hombre? No dijo, cuando estábamos en la ley, guardándose siempre de dar pie a los herejes; sino cuando estábamos en la carne; esto es, en las malas obras, en la vida carnal. No dice que anteriormente estuvieron en la carne y que ahora están sin cuerpo; ni dice que la ley de los pecados es la carne. Con todo, no le quita toda odiosidad al atribuirle el papel de duro acusador, que revela los pecados. Si uno, al que en nada quiere obedecer, le manda muchas cosas, es ocasión de que aumenten los delitos. Por eso no dijo, las pasiones de los pecados, que se han cometido bajo la ley sino: *las cosas que se hicieron por la ley.* Tampoco dijo: *se han hecho,* sino sencillamente por la ley; esto es, por la ley aparecieron o se declararon. Después, para no acusar a la carne, no dijo: que hacían los miembros, sino, *que se obraban en nuestros miembros*, declarando que vino de otra parte el principio de la maldad, de los pensamientos que obran, no de los miembros agitados. Puesto que el alma conservaba el orden que le dio el artífice; mas la carne a modo de una cítara que suena según lo quiere el artista. Si da, pues, un sonido discorde, no se le ha de achacar a ella, sino al artista que la obliga a sonar. *Mas ahora,* dice, *estamos libres de la ley* (6). ¿Quién no ve cómo aquí también perdona a la carne y a la ley? Porque no dijo: se dispensó la ley o se dispensó la carne, sino *nos vimos libres.* Y ¿cómo nos vimos libres? Muerto y sepultado el hombre viejo, que estaba detenido por el pecado; porque esto significa con estas palabras: *muertos a aquel en el que estábamos detenidos*, o que nos detenía. Como si dijese: el vínculo con que nos veíamos detenidos, se ha roto y deshecho, de modo que nada detiene ni el pecado. No decaigas de ánimo ni te emperezcas, porque ha sido desatado para que otra vez sirvas, aunque no del mismo modo: sino *para que sirvamos en espíritu nuevo, no en la letra vieja.* Mas ¿qué quiere decir? Es necesario declararlo, para que, cuando pensemos en esto, no nos turbemos. Cuando pecó Adán, dice, y su cuerpo se convirtió en mortal y pasible, y recibió muchos daños materiales, se hizo un caballo más

molesto y sin freno; pero viniendo Cristo por el bautismo, nos lo volvió más suave, moviéndolo con el ala del espíritu.

4. Perfección de la vida cristiana.– No tenemos nosotros el mismo estadio que aquellos antiguos, puesto que no era entonces tan fácil la carrera. Cristo no sólo quiso que nosotros nos abstuviésemos de matanzas, como se les mandaba a los antiguos, sino también de la ira; y no sólo del adulterio, sino también de la mirada impúdica; ni sólo del juramento falso, sino también del juramento; y nos manda amar a los enemigos lo mismo que a los amigos; y en las demás cosas señaló más largo estadio. Si no obedecemos, nos amenaza con el infierno, como enseñando que esto no se requiere por vía de supererogación fervorosa, como la virginidad y voluntaria pobreza, sino que es absolutamente necesario; de modo que el que no lo practique, tendrá que sufrir las penas eternas. Por eso decía: *Si vuestra justicia no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos* (Mt., 5, 20). El que no llegue a aquel reino, caerá sin remedio en el infierno. Por eso decía San Pablo: *Porque el pecado no os domina, pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia*; y aquí otra vez: *De manera que sirvamos en espíritu nuevo, no en la letra vieja.* Porque no es la letra que condena, esto es, la ley vieja, sino el espíritu que ayuda. Por eso, entre aquellos antiguos, si alguno practicaba, la virginidad, era cosa del todo admirable mas ahora se ha extendido eso por toda la tierra; entonces pocos hombres despreciaban la muerte; ahora en los pueblos y en las ciudades hay grandes bandas de mártires, no sólo de hombres, sino también de mujeres.

Más adelante después, suelta otra vez una objeción que se presenta, probando en la solución lo que desea. No pone en seguida la solución, sino, al contario, hace que se desee la solución y tome así ocasión para hablar y poner una acusación menos gravosa. Porque dijo: *En espíritu nuevo, no en la letra, añade: ¿Qué diremos entonces? ¿Qué la ley es pecado? No, ¡por Dios!* Antes había dicho: *Las pasiones de los pecados vigorizadas por la ley obraban en nuestros miembros, y el pecado no tiene ya dominio sobre vosotros, pues que no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia; y aquel para quien no hay ley, ni hay tampoco transgresión; y, si introdujo la ley para que abundase el pecado y porque la ley trae consigo la ira* (Rom., 4, 15).

Porque todo esto parecía que calumniaba la ley, como corrigiendo esta sospecha, pone una objección, y dice: *¿Qué? ¿La ley es pecado?*

No, ¡Por Dios! Antes de llegar a la prueba, mira a esto, para conciliarse al oyente y evitar la ofensa. Lo oye primero y se asegura de su impresión; luego busca con él la duda que puede haber, y evita la sospecha que pudo nacer de la objeción que puso. No dijo: ¿Qué diré?, sino: *¿Qué diremos?*, como si tratase la cosa en consejo y en la reunión de la iglesia, y como si aquella objeción saliese, no de sí, sino de la serie de lo dicho y de la verdad de las cosas. Porque la letra mata y el espíritu vivifica, eso nadie lo niegue, dice: claro es, y nadie lo contradice. Si esto todos lo confiesan, ¿qué diremos de la ley? ¿Acaso que es pecado? No ¡por Dios! Suelta, pues, la dificultad. ¿No ves cómo pone delante de sí al adversario, y tomando la autoridad de doctor, viene a la solución? ¿Cuál era la solución? Pecado ciertamente no es, dice. *Mas el pecado no lo he conocido sino por la ley.* Mira la gran sabiduría. Esto que no es ley, puso como objeción, para que, quitado esto, y esto en gracia a los judíos, les persuadiese lo que es más fácil admitir. Mas ¿qué es esto menos? *Que no hubiera conocido el pecado sino por la ley. Y no hubiese conocido, dice, la concupiscencia si la ley no hubiese dicho, no desearás.* ¿Ves cómo, poco a poco, no sólo dice que la ley acusa el pecado, sino también que lo introduce sensiblemente? No por su culpa, sino prueba que viene del mal ánimo de los judíos. También se procuró tapar la boca de los maniqueos, que culpaban a la ley. Porque habiendo dicho: *no hubiese conocido el pecado sino por la ley, y hubiese desconocido la concupiscencia, si la ley no dijera, no desearás*, añadió: mas con ocasión del precepto, obró en mí el pecado toda la concupiscencia.,

5. ¿No ves cómo libra la ley de recriminaciones? *Puesta la ocasión*, el pecado, dice, no la ley, obró toda la concupiscencia, y así sucedió lo contrario que la ley deseaba, lo que era propio de la debilidad, no de la malicia. Pues cuando deseamos algo que se nos prohíbe, más bien se quita la llama de la concupiscencia; pero no por la ley, porque ella prohibió, para llevarte consigo; pero el pecado, esto es, tu pereza y mala voluntad, usaron de ese bien para lo contrario. Pero esto, no por culpa del médico, sino del enfermo, que usó mal de la medicina. Porque no dio la ley, para que se encendiese la concupiscencia, sino para extinguirla; pero sucedió lo contrario, no por culpa de ella, sino por culpa nuestra. Si alguno, a un calenturiento y que desea intempestivamente agua fría, no le diese facilidad para beber, y así aumentase su pernicioso deseo; no por eso podría ser reprendido

justamente: porque era propio del médico prohibir, y del enfermo abstenerse. ¿Qué diremos ahora, si el pecado tomó ocasión de la misma ley? Porque la mayor parte de los malos aumentan su culpa con los buenos preceptos. También el diablo así perdió a Judas, inyectando el amor al dinero, y aconsejándole que robase las cosas destinadas a los pobres: porque no lo hizo esto la misma bolsa, sino la maldad de su alma. Y a Eva y Adán les impulsó a comer del árbol y los echó del Paraíso: y no fue la causa del árbol, aunque de él vino la ocasión. Mas si habla con más energía de la ley, no te admires: porque en aquello que urge se detiene, no permitiendo que estas palabras den ocasión aun a aquellos que piensan de otro modo, aunque procurando con gran deseo corregir la cosa presente. No examines, pues, estas palabras sueltas, sino añade la causa por qué así habla, y considera la locura judaica y su perpetua disputa, que trataba de echar por tierra. Si parece que respira mucho contra la ley, no es para calumniarlo, sino para resolver su disputa. Porque si es crimen de la ley el que por ella se tome ocasión del pecado, se hallará también esto en el Nuevo Testamento. Puesto que en él hay innumerables leyes de muchas y mayores cosas; y esto sucede no sólo con la concupiscencia, sino también con toda clase de maldad. *Si no hubiese venido, dice, y les hubiese hablado, no tendrían pecado* (15, 22). Pues de aquí tomó ocasión el pecado y el mayor castigo. Y otra vez, disertando Pablo sobre la gracia, dice: *¿De cuánto mayor castigo pensáis que será digno el que pisotea al Hijo de Dios y considera como inmunda la sangre de su Testamento, en la cual El fue santificado, e insulta al espíritu de su gracia?* (Hebr., 10, 29). Luego de aquí toma ocasión un suplicio mayor, a saber, de un mayor beneficio. Y por eso dice que los gentiles son inexcusables, porque, dotados de razón, y habiendo conocido la hermosura de la criatura, pudiendo por medio de ella ser conducidos al Criador, por medio de la sabiduría de Dios, no se valieron de ello. Mira cómo en todas partes, cómo por razón de las cosas buenas, los malos reciben ocasión de mayor suplicio. Pero no por eso tendremos como malos los beneficios de Dios, sino que después los admiraremos más y recriminaremos más los consejos de los que usaron de los bienes para la parte contraria. hagamos esto también acerca de la ley. Más aquello es fácil, en nuestro caso se puede dudar. ¿Cómo dice San Pablo: *no hubiera conocido la concupiscencia si la ley no dijese: no desearás*? Porque si el hombre no hubiese

conocido la concupiscencia antes de recibir la ley, ¿por qué sucedió el diluvio? ¿por qué fue abrasada Sodoma¿ ¿qué quiere decir eso? que se aumentó la concupiscencia y fue mayor. Por eso no dice, hizo en mí la concupiscencia, sino toda la concupiscencia, indicando aquí la vehemencia. Y ¿cuál es, dice, la utilidad de la ley, si aumentó la pasión? Ninguna, sino mucho daño: pero no es la culpa de la ley, sino la pereza o descuido de los que recibieron la ley. Porque el pecado hizo aquello por la ley, mas no lo hizo procurándolo la ley, lo contrario. Así es que el pecado fue mucho más fuerte; y la culpa no fue debida a la ley, sino a la ingratitud de ánimo de ellos. *Porque fuera de la ley el pecado había muerto*; esto es, no era conocido. Sabían que habían pecado, mas lo conocieron mejor después de dada la ley; y por tanto eran reos de mayor crimen. Pues no era lo mismo tener por acusadora a la naturaleza sola, que a la naturaleza y a la ley; que habla más claramente en todo.

Mas yo vivía sin la ley en algún tiempo (9). Mas ¿cuánto, te ruego? Antes de Moisés. Mira cómo se esfuerza en probar que la ley, tanto a aquellos para quienes se hizo como para aquellos para quienes no se hizo, agravó la naturaleza. Porque cuando vivía sin la ley, dice, no me condenaba como ahora. *Mas cuando vino el mandamiento revivió el pecado. Pero yo estoy muerto* (10). Esto parece que es acusar a la ley; pero si uno lo examina con cuidado, resulta alabanza. No es que hiciera el pecado que no existía, sino que manifestó el que estaba oculto. Y esto es una alabanza de la ley, puesto que antes pecaban sin ningún conocimiento; mas cuando vino ella, si no ganaron otra cosa, al menos ganaron ésta, que aprendieron muy bien que ellos habían pecado; lo que no fue poco, para librarse del pecado. Y, si no se han librado de él, esto no va contra la ley, que hizo cuanto pudo; sino que toda la acusación cae en la voluntad de ellos, que se corrompió sin esperanza de remedio.

6. Porque no era conforme a razón, que perjudicase lo que les podía ser útil. Por eso decía: *Y hallé que el mandamiento que era para la vida, se halló para la muerte.* No dijo: se hizo muerto, ni dio a luz a la muerte, sino: *se halló* o se encontró para la muerte, explicando así el nuevo e inopinado absurdo y echándolo todo sobre sus cabezas. Porque, si hubiera querido ver su fin, dice, este fin conducía a la vida, y por eso se había dado; mas si la muerte vino de ahí, la culpa es del que recibió el mandamiento, no del mandamiento que

conducía a la vida. Con más claridad explicó esto mismo con las siguientes palabras: *Porque el pecado, tomada la ocasión del mandato, me sedujo, y por él me mató* (11). ¿No veis cómo acomete en todas partes al pecado, librando a la ley de toda culpa? Por eso añade: *Y así la ley es santa, y el mandato santo, justo y bueno* (12). Pero si agrada, traigamos aquí lo que dicen los que adulteran estas explicaciones, porque así se harán más claras las cosas que dijimos. Algunos dicen que él no habla aquí de la ley de Moisés; otros, que de la natural o del mandamiento dado en el Paraíso. Pero en todas partes, el fin de San Pablo es abrogar esta ley, mientras que de las otras no se cuida, y con razón. Porque, temiendo y horrorizándose los judíos de esta ley, disputaban contra la gracia. El mandamiento dado en el Paraíso, en ninguna parte se ve que lo llamase ley, ni él ni ningún otro jamás. Pero para que esto aparezca más claro, recordemos algunas ideas dichas más arriba.

Habiendo hablado cuidadosamente sobre el plan de vida, añadió: *¿Acaso ignoráis, hermanos, que la ley manda en el hombre todo el tiempo que éste vive? Así que vosotros habéis muerto también a la ley* (7, 4). Si esto se refiere a la ley natural, resultará que carecemos de ella y que somos más irracionales que los brutos. Pero no es así ciertamente. De la ley dada en el Paraíso no hay que disputar, hablando de lo que es claro. *¿Cómo dice, no hubiese conocido el pecado sino por la ley?* No habla de una ignorancia absoluta, sino de un conocimiento más profundo. Si esto se refiriese a la ley natural, ¿cómo explicar lo siguiente razonablemente? *Porque yo*, dice, *vivía en algún tiempo sin la ley*. Ni Adán ni hombre alguno vivió jamás sin la ley natural; al formarlo Dios, le dio una ley, que hizo extensiva a todo el género humano. Además, en ninguna parte se halla que la ley natural se llame mandamiento. La ley de Moisés sí se llama mandamiento justo, santo y espiritual. La natural no nos ha sido dada por el Espíritu, y la tienen los bárbaros y los griegos y todos los hombres. De donde se saca en claro que Pablo se refiere siempre a la ley de Moisés. Y por eso la llama santa: *Y así la ley es ciertamente santa, mandamiento santo, justo y bueno.* Aunque los judíos, después de la ley fueron impuros, injustos y avaros, esto sin embargo no hizo vano el poder de la ley, como su incredulidad no perjudicó a la fe en Dios. Es claro pues, que trata de la ley de Moisés. *¿Lo que era bueno*, dice, *se me convirtió a mí en muerte? Lejos de eso, sino para que aparezca*

como pecado el pecado (13). Esto es, para que se vea qué malo es el pecado, la cobarde voluntad y el ímpetu a lo peor, y la misma acción y mente corrompida, porque ésta es la causa de todos los males. Y aumenta nuestra maldad para nosotros la grandeza de la gracia de Cristo y enseñar de cuán grande mal libró al género humano, que iba empeorando con los remedios de los médicos y por los que trataban de mejorarlo. Por eso añade: *para que al que peca le resulte sobre manera grande el pecado por el mandamiento.* ¿No ves cómo siempre apunta a lo mismo? Ponderando el pecado, muestra cada vez más la virtud de la ley. No dice poco al mostrar la gravedad del pecado y cuánta ruina hay en él. Todo ello fue fruto de la ley. Con esto también muestra la excelencia de la gracia sobre la ley, y no la oposición. No mires en que los que recibieron la ley se hicieron peores; sino considera que la ley no sólo no quiso aumentar la maldad, sino que trató de destruir la que antes había. Y si no pudo, trató de alejarla de la voluntad. Adora siempre el poder de Cristo, que borró y arrancó de raíz un mal tan variado y tan difícil de combatir. Cuando oyes hablar de pecado, no pienses que es alguna fuerza real, sino una mala acción, que se acerca y se retira, que no existía antes de que se hiciese, y que después se puede borrar. Y para eso también se dio la ley; nunca para que mueran las cosas naturales, sino para la enmienda del mal, del acto de la voluntad.

7. Esto lo saben también los legisladores paganos, todos los hombres. Sólo reprimen los males que se hacen por pereza o apatía, no los que lleva consigo la naturaleza, que no tienen remedio. Porque lo que es natural, permanece inmutable, como muchas veces os lo he dicho en otras instrucciones. Por lo cual, dejadas estas controversias, insistamos de nuevo en el tema moral, que es la parte más principal. Si arrojamos el mal, introduzcamos la virtud; y así demostraremos claramente que el vicio no es necesario por naturaleza, y callaremos, más que con las palabras, con las obras, a aquellos que buscan el origen del mal, pues si nosotros, que tenemos su misma naturaleza, podemos practicar la virtud, es prueba de que se puede evitar el mal. No nos fijemos en la dificultad de la virtud, sino más bien en que su práctica es posible. El deseo la hace del todo fácil. Si me opones el deleite de la maldad, piensa también en su resultado: el placer acaba en la muerte, como la virtud lleva de la mano a la vida. Y si te parece, examinemos el proceso de los dos: verás que la maldad lleva consigo mucho

dolor, mas la virtud mucho deleite. Porque pregunto: ¿Qué cosa más miserable que la mala conciencia? ¿Qué cosa más dulce que la buena esperanza? Porque no hay nada ciertamente que nos punce y nos apremie como una mala esperanza; nada que así nos levante y nos empuje hacia arriba, casi como si fuéramos volátiles, como la buena conciencia; esto es lo que se puede aprender de lo mismo que nos sucede. Pues los que están encerrados en la cárcel, y esperan la sentencia que les condene, aunque coman con abundancia, viven más miserablemente que los que se ven forzados a mendigar por la calle, con conciencia tranquila. La esperanza del daño no les deja fijarse en el gusto que tienen entre manos. Y ¿qué digo de los encarcelados? Aquellos que son libres y ricos, y tienen conciencia de pecado, están en peor condición que los trabajadores que viven del jornal del día. También los gladiadores, que vemos embriagarse en las tabernas y que se entregan al deleite y a la comida, decimos que son desgraciadísimos, porque sobre el deleite que gozan está la desgracia de la muerte que les espera. Y si a ellos les parece esto vida agradable, acordaos de la máxima que tantas veces os repito, que nada tiene de extraño, si el que vive en la maldad, no huye de la tristeza y el dolor. Una cosa digna de ser detestada les parece amable a los que en ella se encuentran. Pero no los llama dichosos, sino por eso mismo decimos que son desgraciados, porque no saben a qué grado de males han llegado. Y ¿qué dirías de los fornicadores, que por un ligero deleite se entregan a una indecorosa esclavitud, a un gasto de dinero, y se entregan a un perpetuo temor, y pasan la vida de Caín, aún más pesada, temen por el presente y tiemblan por el futuro, y a los amigos, enemigos, sabedores y no sabedores los tiene por sospechosos? Y ni cuando duermen, están libres de este remordimiento; mientras la mala conciencia les atormenta con los mismos remordimientos con que, temblando, se ven atormentados. Pero no sucede esto al templado y al casto, que pasan la vida en tranquilidad y libertad. Compara, pues, con el corto deleite aquellas muchas oleadas de terrores, con el breve trabajo de la continencia, la tranquilidad de la vida perpetua, y verás que ésta es más suave que aquélla. El que quiere coger y apoderarse del dinero ajeno, ¿acaso, pregunto, no sobrelleva innumerables trabajos, vigilando a los criados, a los no criados, adulando a los porteros, atemorizándolos, amenazando, obrando imprudentemente, velando, temblando, ansioso, teniendo en todo sospecha? No vive así el que desprecia el dinero: goza de gran placer, pasando la vida tranquila y segura.

Si recorres las demás partes de la maldad, verás grandes perturbaciones y muchos escollos. En la virtud ciertamente los principios son trabajosos, mas el resto suave, disminuyendo constantemente el trabajo; mas en la maldad, todo lo contrario: después del deleite sobrevienen los dolores y los suplicios, que desvanecen todo el goce primero. El que espera la corona, ni siente siquiera lo presente trabajoso; así el que después del deleite espera los dolores, no puede percibir pura alegría, perturbándolo todo el miedo; mas aún, si se analiza con cuidado la realidad, aun antes del temor de la pena, ya en el mismo hacer el mal se siente el dolor.

8. El mal de la concupiscencia. Y, si te agrada, veamos esto en los que roban lo ajeno, o también en aquellos que son ricos de cualquiera manera; y dejando a un lado los temores, peligros, el temblor, el remordimiento, el cuidado y cosas semejantes, supongamos que hay algún rico sin ninguna preocupación; aunque supongamos eso, ¿qué deleite percibirá? ¿Que se ve rodeado de muchos bienes? Pero esto no le deja alegrarse, porque cuanto más desea, más se le aumenta el tormento. Porque la concupiscencia, cuando se detiene y no pasa adelante, entonces no produce el deleite. Porque cuando sentimos sed, entonces nos recreamos, si bebemos lo que nos agrada; mas, mientras tenemos sed, aunque agotemos todas las fuentes, sentimos mayor tormento; aunque agotemos mil ríos, es mayor nuestro tormento. Y tú también, si recibieses todo lo que hay en el mundo; si aún deseases más, cuanto más recibieses, mayor sería el tormento. No pienses, pues, que tú, si abundas de muchos bienes, has de percibir de ahí algún deleite; esto sólo lo conseguirás si no quieres enriquecerte; pero si deseas riquezas, nunca se te acabará el tormento. Porque este amor no se puede llenar, sino que, cuanto más camines, tanto más lejos estás del término. ¿No es esto un enigma, una demencia y extrema locura? Cortemos la primera raíz de los males; más aún: ni siquiera toquemos tal concupiscencia; y si la tocamos, apartémonos al principio de ella, que es lo que nos amonesta el autor de los *Proverbios* (5, 8): *Tente siempre lejos de su camino, y no te acerques a la puerta de su casa.* Esto también te digo a ti del amor del dinero. Porque, si poco a poco caes en el mar de esa locura, apenas te podrás salir. Pues como en los torbellinos de agua, aunque lo intentes mil veces, no lo conseguirás fácilmente, así, y aún mucho peor, si te has sumergido en el

profundo de la avaricia, te perderás a ti mismo con todas tus cosas. Por eso os ruego que desde el principio nos guardemos y huyamos de los males pequeños, porque los grandes provienen de éstos. El que a cada uno de los pecados aprendió a decir: De aquí nada se seguirá, poco a poco lo perdió todo. Esto introdujo la maldad, esto abrió las puertas al ladrón, esto derribó las murallas de la ciudad, cuando a cada cosa decimos: De aquí nada ocurrirá. Así se aumenta en los cuerpos las grandes enfermedades, despreciando las pequeñas. Esaú, si no hubiese vendido sus primogenituras, no hubiese sido tenido como indigno de las bendiciones; si no se hubiese vuelto indigno de las bendiciones, no hubiera deseado pasar a la muerte de su hermano. Si Caín no hubiese ofrecido a Dios aquel sacrificio mezquino, no hubiera merecido la reprensión; si hubiese hecho caso de la reprensión, no hubiera muerto a su hermano; si, hecha la muerte, hace penitencia, y no responde a Dios imprudentemente, no se le siguen los males que se siguieron.

Cómo se han de corregir los vicios. Si aquellos que estaban antes de la ley, por su pereza, paso a paso, llegaron al mismo profundo de la malicia, piensa ¿qué padeceremos nosotros, que hemos sido llamados a mayores carreras, si no atendemos a nosotros con diligencia y no extinguimos las chispas de los males, antes de que se encienda la hoguera? Verbigracia: ¿juras a menudo en falso? No procures sólo evitar eso, sino evita el jurar; y no necesitarás de más trabajo en adelante, porque es mucho más difícil que uno que jura no perjure, que dejar de jurar del todo. ¿Eres injuriador?, ¿ofensivo?, ¿pegón? Ponte como ley, no enfadarte nunca, no gritar, y arrancaste el fruto de raíz. ¿Eres lascivo y dado a la lujuria? Ponte como ley, no mirar nunca a mujer, ni de ir al teatro, ni busques con curiosidad en la plaza formas ajenas. Porque es más fácil no mirar ni aun la mujer hermosa, que mirar a ésta, y mirada con gusto, apagar el alboroto nacido de ahí. Puesto que son más fáciles las batallas, en el mismo comienzo, más aún, ni hay que dar la batalla si no abrimos las puertas al enemigo, ni recibimos la semilla del mal. Por lo cual, Cristo castiga con pena a aquel que miró la mujer con ojos lascivos, para librarnos de mayor trabajo, mandando al adversario echarlo de la casa, antes que se haga fuerte, cuando se le puede echar fuera fácilmente. Porque ¿qué necesidad hay de emprender negocios superfluos, y de pelear con el ene-

migo, cuando se puede sin pelea salir victorioso y recoger el premio antes de pelear? Porque no es tan gran trabajo no mirarlas pero después de mirada, se suda y se trabaja por desecharlo.

2. Pues siendo menos el trabajo, más aún, no habiendo trabajo ninguno, y siendo mayor la ganancia, ¿por qué deseamos caer en un piélago de innumerables males? Porque no sólo es más fácil no mirar a la mujer, sino que también deja más puro y libre de la concupiscencia. Al contrario, el que mira, sale con mayor trabajo y con mancha, si es que de veras sale. Porque el que no ve una cosa hermosa queda libre de tal concupiscencia y queda puro; mas el que deseó verla, cuando al principio admitió este pensamiento y se manchó mil veces, entonces arroja la mancha de aquella concupiscencia, si es que la echa. Por eso Cristo, para que no suframos esto, no sólo prohíbe la muerte, sino también la ira; no sólo la fornicación, sino la mirada lasciva; no sólo el perjurio, sino cualquier juramento. Ni se detiene en esta clase de virtud, sino que después que puso la ley, pasa a otra mayor. Porque después que aparta de la muerte, y prohíbe la ira, manda estar preparados para sobrellevar los males, y no sólo a sobrellevarlos, cuan grandes los quiera el que nos persigue, sino también a proceder más adelante, poniendo muy alto el ideal de tu filosofía para que venzas tu loca pequeñez. No dijo Cristo: Si alguno te hiriese en la mejilla derecha, llévalo con generosidad y no pierdas la paz, sino añadió: Ofrécele la otra mejilla. *Vuélvete*, dice, *y dale la otra* (Mt., 5, 39). Esta es una espléndida victoria: darle más de lo que él quiere y superar con largueza los límites de su depravada voluntad. Así suavizarás su locura y le pagarás después la paga del hecho anterior y mitigarás su ira.

En nosotros está que no suframos los males. ¿No ves que está siempre en nosotros el no sufrir los males, y no en aquellos que nos los causan? Más aún: no sólo que no suframos los males, sino también que recibamos beneficios, que es lo más admirable; que no sólo no seamos perjudicados, si velamos, sino que también nos acarreen bienes los que nos perjudican. Considéralo bien. ¿Te ha injuriado alguno? En tu poder está el convertir esa injuria en bien. Si rechazas la injuria con otra injuria, aumentaste tu vileza; mas si bendijeres a aquel que te afrentó, verás que todos los presentes te coronan y te celebran. ¿Ves cómo de los mismos que nos injurian recibimos bene-

ficios, si queremos? Esto mismo en el dinero, esto en los castigos, esto en todo lo demás. Si procedemos siempre al revés de como nos trata el enemigo, tendremos doble corona: una de los males que sufrimos y otra de los beneficios que hacemos. Cuando alguno te diga: Aquél dijo de ti tal injuria, y no deja de hablar mal de ti delante de todos, alaba delante de ti al que te ofende; así, si te quieres vengar, puedes vengarte. Porque los que oyen, aunque carezcan de sentimientos, te alabarán; al otro le aborrecerán y lo considerarán más cruel que una fiera, porque sin causa te dañó; y tú, aunque fuiste maltratado, le pagaste con bien. Todos los insultos los podrás tener como cosas vanas. Porque el que se ve mordido, herido, si le duele, se declara conocedor del crimen que le hacen; mas el que lo desprecia, en esto mismo se muestra libre de sospecha. Pondera, pues, cuántos y cuán grandes bienes recoges de ahí: primeramente te libras a ti mismo de la turbación y conmoción; después, pues a esto se debe mirar, si estás en pecado, lo borras, como aquel publicano que llevó con paciencia la acusación del fariseo. Además, por medio de este ejercicio, te muestras filósofo, y gozas de muchas alabanzas delante de todos y apartas aun las sospechas de lo que te digan. Si deseas vengarte, te perjudicas a ti mismo, al adelantarte con tu mal deseo a la justicia de Dios, que da siempre a cada uno lo suyo. Nada les suele doler a los que nos hacen una injuria como el que nosotros, que la hemos recibido, nos burlemos de ella.

Esto es obrar como filósofos, esto nos hace ricos y nobles; si nos dejamos llevar de odios y enemistades, nos sucederá lo contrario. Nosotros mismos nos sentimos deshonrados, y con lo que hemos dicho, nos consideramos sospechosos a los presentes; se llena el alma de inquietud y damos gusto al enemigo; disgustamos a Dios y añadimos éste a los anteriores pecados. Pensando, pues, todo esto, evitemos el odio oculto, parecido al infierno, y acojámonos al puerto de la paciencia, para que aquí hallemos el descanso para nuestras almas, como Cristo lo dijo, y consigamos los bienes venideros por la gracia y bondad de Nuestro Señor Jesucristo, al que, con el Padre y el Espíritu Santo, sea gloria, imperio y honor, ahora y siempre y en los siglos de los siglos. Amén.

INDICE